

Georges Bernard

DELICIOSAMENTE LIBERTINAS



SELECCIONES ERÓTICAS



Lectulandia

Las relaciones de Harold, su hija Elaine y su sobrina Arabella están impregnadas de una excitante morbosidad. En este cuadro de depravación familiar hace su entrada, como maestra de ceremonias, Pearl. Pearl no conoce el significado de la palabra tabú. Cuanto más prohibido, más tentador, y así es como ella y sus pupilas se introducen en los círculos licenciosos de Londres y París para apurar hasta las heces el embriagante licor de la corrupción total.

Lectulandia

Georges Bernard

Deliciosamente libertinas

Selecciones eróticas Sileno - 0

ePub r1.0

Titivillus 30.12.17

Título original: *Arabella*
Georges Bernard, 1990

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NO soy, como seguro que dejaré claro, una mujer dada a las conversaciones obscenas o los simples comportamientos lascivos e infieles. Nunca he permitido las frases soeces e inmorales que hoy en día son habituales en tantas novelas. Tales obras me parecen ordinarias y de mal gusto, faltas por completo de delicadeza y proclives a las desagradables descripciones de las asimismo despreciables conductas de personajes que no son más que gente de papel.

Aun así, no soy una mojigata. La mojigatería es para quienes temen las consecuencias de sus propios deseos, aunque éstos puedan ser erróneos. Tampoco apruebo la hipocresía. Siempre hay algunos camanduleros y pagados de sí mismos dispuestos a suprimir cualquier referencia a los placeres carnales más satisfactorios. No tengo intención de hacerlo aquí, pero tampoco voy a empeñarme en afirmar que deberían ser imitados, a menos que llevasen a experimentar el arte y la sofisticación que yo he tenido la gran suerte de poder engendrar.

Pero no debo andarme con rodeos, así que admitiré de entrada que el bienestar de la salud me ha proporcionado a menudo los recursos para muchos de mis lujos amorosos. Los llamo así porque atañen tanto a ciertos aspectos voluptuosos del buen vivir como del buen hacer.

Algunos sostienen que este criterio es erróneo, pero todo criterio tiene sus detractores y una no puede sino defender su postura. He conocido a algunas muchachas de la clase obrera bonitas y adorables. También he conocido a algunos varones jóvenes y valerosos capaces de prescindir de las usuales tosquedades de su comportamiento cuando se hallan en presencia de señoras. Apartados temporalmente de las calles y de la monotonía de sus vidas y llevados a un ambiente de lujo, sus habilidades amorosas mejoraban sensiblemente, a pesar de requerir en ocasiones cierta educación.

Pero no debo extenderme más con filosofías, así que empezaré mi relato, con todas las anotaciones de mi diario secreto que he ido añadiendo a lo largo de mi vida, a partir de los diecisiete años. Estamos en 1882, el mismo año en que nuestra querida reina entregó *Epping Forest* a la nación y la flota inglesa bombardeó Alejandría. Yo me sentía orgullosa de anotar estos acontecimientos durante mi juventud, pero a medida que maduraba en sensatez y el mundo progresaba con mayor velocidad, cambié esos recuerdos inmediatos por acontecimientos más personales.

A mediados de aquel verano, fui a pasar un largo fin de semana en la casa de campo de uno de mis tíos. Por tanto, no precisaba de los servicios de ninguna carabina, puesto que ése era el papel de mi tía, o lo habría sido si hubiera tenido más cuidado con lo que se tramaba entorno a ella. Sin embargo, la querida señora vivía en un mundo de sueños y quizás fuese mejor así, al menos en lo que respecta a mi inmediata educación. El mundo ha sido creado para una mayoría de granujas y tontos,

como solía remarcar el segundo duque de Buckingham. Fue éste un escritor nato sobre cuyas bromas tendría ocasión de reflexionar durante los siguientes días, pues sería el primero en acuñar otra frase que consideraban vulgar aquellos que ni sabían ni les importaba dónde aparecía: «Ay, la trama se complica mucho más entorno a nosotros». Para quienes quieran ampliar sus conocimientos, como es mi caso, dicha frase aparece en el tercer acto de su obra *El ensayo*.

Elaine era una de mis primas, y tenía seis años más que yo, aunque de igual altura. Sus tobillos y pantorrillas eran esbeltos, y sus muslos rosados como corresponde a una mujer. Por lo demás, su constitución tendía a ser «pronunciada», como solíamos decir, puesto que escogía sus vestidos en función de sus pechos y su trasero. Sus ojos eran grandes y soñolientos; sus labios, de tamaño mediano, formaban el delicioso bombón de una boca que besar, como yo descubriría más tarde. Con mucha más experiencia que yo, me enseñó varias cosas.

He de decir que en las mansiones de aquella época se daban dos clases diferentes de fiestas de fin de semana. En la más habitual participaban entre sesenta y setenta invitados y tenía lugar invariablemente durante la temporada de caza. Todas se me antojaban aburridas. Una se encontraba a demasiada gente a cualquier hora y en cualquier lugar de la casa; a veces resultaba embarazoso.

La otra clase de fiestas se organizaba sólo para los círculos de amistades más íntimas, con menos invitados y más escogidos. La discreción era absoluta, pues nadie ignoraba que el menor rumor de escándalo más allá de los pórticos de la mansión pondría fin a sucesivos encuentros. Conscientes de ello, se permitían ciertas licencias exquisitas y alguna que otra orgía. Por supuesto, estoy hablando de reuniones de una veintena de invitados a lo sumo, incluyendo a los anfitriones.

Tal vez debería señalar también que se trataba de gente de clase acomodada cuya moral no se diferenciaba en nada de la de sus antepasados inmediatos. Conservaban sus tradiciones. Si una joven iba a ser «ensartada» todos estaban de acuerdo en que así fuera. De ella se esperaba que devolviera el viril saludo del pene robusto con la misma pasión. He visto muchos traseros preciosos aceptar por primera vez un pistón varonil mientras los murmullos de ánimo estimulaban a su congestionado poseedor.

Si una muchacha era tímida, varias señoras acostumbraban a mimarla y persuadirla con halagos para que recibiera su correspondiente inyección. A la vista quedaban las rosadas nalgas y los pechos albos; sus ojos traslucían una aparente angustia cuando le quitaban las faldas. Las jóvenes demasiado exuberantes proporcionaban un poco de distracción a la asamblea expectante. Se les daban suficientes indicaciones en privado para que lucharan y sollozaran con realismo mientras estaban con las piernas abiertas sobre una mesa de comedor o un diván, dispuestas a recibir su primera dosis de ardiente esperma.

Pero me estoy desviando; es una costumbre que debo evitar en los preliminares de mis memorias. Era tarde y no tendría que haber salido de mi habitación aquel sábado, entrada ya la medianoche. Pero tuve que hacerlo porque el criado se olvidó de llenar

la jarra de agua que estaba junto a mi cama.

El vino me había dado sed y, creyendo a todos dormidos, abrí con sigilo la puerta, recorrí en camión los corredores y empecé a bajar por la ancha escalera curva. No obstante, a medio camino me detuve. Abajo había una luz procedente del comedor. La puerta estaba entreabierta. Oí voces y una risa casi imperceptible.

—No, Harold. ¡Aquí no! —escuché, y reconocí la voz de inmediato.

Era la de la señora Witherington-Carey cuyo marido había sido llamado a reincorporarse a su regimiento. Sin llegar a la plena madurez, aparentaba unos treinta y cinco años. Era una morena muy atractiva.

Entonces, me agaché tras los barrotes de la barandilla y la vi. Parecía que iba a tener lugar una persecución juguetona. Una mano asió su brazo cuando, al parecer, trataba de huir. Su largo cabello negro era ya una maraña. Entonces pude ver de quién era la mano. Se trataba de mi tío. Se había quitado la chaqueta, la corbata y el cuello de la camisa; los tirantes le colgaban de la cintura. En un momento había apresado a su víctima y la había hecho retroceder hasta subirla sobre la mesa.

—¡Harold, no, por favor! —le suplicó, aunque advertí que al mismo tiempo que le rogaba se aferraba con las manos a sus brazos de tal modo que parecía no querer rechazarlo.

—Dulce diablesa, esto ya ha durado demasiado —replicó.

Se inclinó sobre ella para que sus pies rozaran la alfombra y los hombros la lisa superficie de la mesa, la besó con tal pasión que, en mi ingenuidad, me pregunté cuánto tardarían en tomar aliento, pues parecía como si hubieran fundido sus labios. Entonces la atrajo hacia sí.

—Tienes que hacerlo como antes, Helen.

En mi inocencia, no había advertido que se había desabrochado los pantalones.

—¡Me haces daño! —exclamó ella, aunque en sus palabras adiviné una invitación más que un rechazo.

Al parecer, fue lo mismo que pensó mi tío, puesto que la encaró y empezó a meterle la mano bajo las faldas.

No podía dar crédito a mis ojos. Por un momento temí ser descubierta por algún invitado que saliera de su habitación o, peor aún, que apareciera mi tía o alguna de mis primas. Sin embargo, la suerte quiso que nadie interrumpiera aquella situación. A pesar de sus protestas apenas susurradas, le levantó las faldas.

¡Ah, qué espectáculo más voluptuoso *tuvo* lugar ante mis ojos! Sus medias tenían un estampado exquisito de un azul oscuro, según la moda de entonces. Cubrían sus piernas bien torneadas hasta medio muslo, donde unas ligas anchas las sujetaban. Desde arriba, la vista era aún más increíble. La postura de la víctima mostraba en toda su sensual desnudez las turgentes nalgas de su grupa.

Helen hizo un último intento desesperado por zafarse. Naturalmente, ahora sé que no fue más que un movimiento simbólico. En todo momento la mano de mi tío tenía asido su cuello por detrás, mientras que con la otra se bajaba los pantalones.

¡Cielo santo! Confieso que no era la primera vez que veía el miembro viril, aunque los pocos que había visto hasta entonces habían sido flácidos. Las dimensiones de éste escapaban a cualquier experiencia anterior. Su venosa majestuosidad se me antojó de unos veintitrés centímetros de longitud y unos doce de circunferencia. La cabeza enrojecida estaba hinchada, y brillaba bajo la luz reluciente de los candelabros. Erecto, amenazaba con invadir la profunda y lasciva grieta que se le presentaba.

De la garganta de Helen surgió un grito ahogado, sofocado rápidamente por la costumbre de la discreción, cuando la cresta de mi tío se introdujo en el valle incitador.

Por un momento, las uñas de la señora se clavaron con fuerza inusitada sobre la superficie de la mesa y luego giró el rostro a ambos lados. Afortunadamente lo hizo de tal manera que no pudo verme, aunque sí podría haber discernido mi figura tras la oscura escalera.

—¡Es demasiado..., demasiado grande, Harold!

Su amante gimíó. Se sucedieron las caricias y los pantalones le fueron resbalando hasta los robustos muslos, descubriendo ante mi mirada la visión del contorno de sus grandes testículos bajo el miembro viril, cuya cabeza se apoyaba ahora entre las nalgas de ella.

—Tonterías, Helen. Ya la has recibido en otras ocasiones anteriores.

Presionó ligeramente las rodillas y la asió por las caderas, aflojando finalmente la presión sobre el cuello. Ella volvió a jadear. Aunque era pesada, la mesa tembló visiblemente. Su superficie brillaba bajo la luz.

—¡Ah! —exclamó ella.

Su respiración era entrecortada, aunque más que un gemido pareció haber emitido una petulante expresión de alegre complacencia.

Introdujo su pene unos seis centímetros en aquel pliegue rosado, forzándola a entrecerrar los ojos y mordéndole el labio inferior. Por supuesto, en aquella época yo desconocía aún si sufría una agonía o estaba en los brazos del dulce placer. Intentó contonear su hermoso trasero.

—Ah, querida, ¡qué grupa más hermosa tienes! ¡Qué cálida! ¡Qué turgente! Eres tan atractiva como hace diez años —gruñó mi tío.

Sus facciones se tensaron hasta enrojecer. Era un hombre alto y corpulento; el poder de sus músculos se hizo evidente para mí, por no hablar de la señora Witherington-Carey, que recibía centímetro a centímetro aquel poderoso agujón.

Por un momento me pareció como si estuviera rechinando los dientes. Sus ojos expresaban un dolor que bien podían encubrir un verdadero arrebató de pasión. Ambos jadearon y él la penetró totalmente.

Acariciándole las caderas y los muslos, mi tío la tomó, saboreando la firme *rondeur* de las nalgas contra su vientre ansioso. Helen encorvó un poco los hombros para relajarse y lanzó un gemido.

—Separa las piernas, cariño. Así, ábrelas. ¿No te parece delicioso?

Helen abrió los ojos y los labios al mismo tiempo. Se sentía realmente extasiada. Un leve movimiento de sus caderas fue suficiente para demostrarme el placer que debía de estar experimentando. De su garganta surgía un débil jadeo, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo.

—¡Estate quieto un momento, Harold! ¡Anda, salvaje mío, bésame!

Ella se volvió y sacó la lengua. Él se inclinó del todo sobre ella; sus labios se encontraron. Ya no pude distinguir las palabras que surgieron por entre sus besos apasionados, pero no me cabía la menor duda acerca de la obscenidad de la situación, puesto que su grupa empezó a moverse con pequeños balanceos de atrás hacia adelante.

Naturalmente, entonces me parecía imposible que ella pudiera ser penetrada e incluso conservar el pene en aquel lugar, aunque yo experimentaría más tarde el placer especial de esta variedad de sexo. Ambos lanzaron pequeños resoplidos cuando mi tío volvió a introducir su pene, ahora rítmicamente, en aquel secreto orificio. Me llegó de nuevo aquel inconfundible sonido del azote de las nalgas contra el vientre. Sacó el miembro tres cuartas partes y lo volvió a meter; ese movimiento se repitió una y otra vez al compás del contoneo cada vez más frenético de las caderas de Helen.

Su respiración se hizo mucho más acelerada, y sus testículos se balancearon rítmicamente bajo el bulto de aquel trasero. Se intensificaron los jadeos anhelantes. Él pasó una mano por debajo de su vientre y la palpó y frotó con los dedos. Al instante, ella tensó al máximo los hombros y la cabeza. Tenía la expresión del éxtasis.

—¡Vamos! ¡Ah! ¡Me corro. Harold! ¡Más rápido!

La mesa crujió. Mi instinto me dijo que también mi tío llegaría al clímax de su deseo. Las piernas le temblaron. Sus manos relajaron la presión sobre las caderas. Se incorporó y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Harold! ¡Oh, inúdame, lléname toda! ¡Sí, así! ¡Oh, qué torrente tienes!

Oprimió el trasero contra él con agresividad y se abandonó para recibir el néctar de sus testículos. Su miembro expelió el semen como si se tratara de un surtidor metido en el conducto de su grupa. Con un gemido, hizo un último esfuerzo para expeler el postrer chorro y luego se detuvo un momento sobre la espalda de ella, descansando.

Así permanecieron a salvo de las ligeras contracciones de sus costados, mientras se desvanecían los últimos escalofríos de placer agridulce que ambos habían experimentado. Luego, por fin, como si de una reunión social se tratara, mi tío se incorporó y sacó el empapado instrumento del amor, produciendo al hacerlo un succulento sonido, lo que hizo que su víctima apretara las nalgas y se acurrucara sobre la mesa, a la espera de que él la incorporara.

La tomó entre sus brazos y ella le dio un tierno beso de despedida.

—Qué malvado eres por haberme hecho esto, Harold. No lo había esperado de ti.

—En ese caso, debo añadir que tú también has sido bastante malvada por dejar que lo hiciera —respondió él con una leve sonrisa.

Helen continuaba con la falda levantada y pude ver el espeso follaje de su monte y, en él, la recobrada flojedad de su herramienta.

No podía permanecer allí por más tiempo, ya que me parecía muy peligroso. Temía que en cualquier momento se volvieran hacia la puerta. No podía permitir que me descubrieran. Eso sería algo realmente espantoso.

Me recogí apresuradamente el faldón del camisón para no pisarlo y subí la escalera a toda velocidad. De mi mente ya había desaparecido cualquier recuerdo de la sed que, en un principio, me había obligado a bajar al comedor. Al acercarme a la puerta de mi habitación, nerviosa por lo que había visto, sentí una curiosa y cálida humedad entre los muslos y me percaté de que mis pezones se habían endurecido debido al roce con el algodón del camisón.

Yo había dejado cerrada la puerta, pero ahora, incluso en la penumbra, observé que sólo estaba entornada. Pensé que la habría abierto alguna corriente de aire, pero estaba demasiado distraída como para reflexionar y todavía tenía el pulso acelerado.

Empujé la puerta y di un respingo que intenté reprimir lo mejor que pude.

Tumbada en mi cama, que aparecía revuelta, distinguí con claridad una figura vestida de blanco, que se incorporó en cuanto me vio entrar.

Era mi prima, Elaine.

—¡QUÉ susto me has dado! —dije con voz entrecortada.

En un abrir y cerrar de ojos, Elaine se había levantado de la rama y había cerrado la puerta mientras yo aún vacilaba en la entrada.

—¡Sssh! No hagas ruido. ¿Por qué tiemblas? ¿Tanto te he asustado? No podía dormir, Arabella. De veras que lo siento, pero estoy muy intranquila.

Todo esto me lo dijo con agitación. Apenas me había recobrado de mi doble sobresalto cuando me condujo hasta la cama, me tumbó sobre ella y me abrazó para consolarme de mis infundados temores, según creía. En efecto, yo temblaba febrilmente, no tanto por el susto que me había dado como por las repercusiones de lo que acababa de ver. Debido a su intuición femenina, yo no iba a tardar mucho en compartir mi secreto.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Dónde has estado?

De momento, no supe cómo contestar esa avalancha de preguntas. Sentí el calor de su cuerpo junto al mío, muslo contra muslo. Sin duda, ella podía sentir el creciente despertar de mis pezones contra sus firmes pechos.

—Yo tampoco podía dormir. Fui a buscar un poco de agua murmuré.

Entonces, Elaine sonrió y me besó en la punta de la nariz.

—Oh, tú has visto algo, estoy segura. ¿Qué está pasando allí abajo? —preguntó.

Estaba preocupada, así que intenté zafarme de su abrazo, pero había despertado su curiosidad y me asió con más fuerza. Yo me estaba apercibiendo del sedoso contacto de nuestros vientres a través del algodón de los camisones y de que mis pezones rozaban sus pechos.

—Nada. No he visto nada, porque no había nada que ver —le espeté.

—Pues yo estoy segura de que sí. Por eso estás temblando. Además, puedo sentir tu excitación.

Elaine sonrió. Entonces puso una mano entre nuestros cuerpos, tocó mis pechos y sintió mis pezones duros. Mis jadeos y contoneos buscaban las caricias más enervantes y mis ardorosos senos se hincharon con su contacto.

—No... Oh, no he visto nada —vociferé con furia y habría seguido haciéndolo si ella no hubiese acercado mis temblorosos labios a los suyos.

¡Qué dulce era su boca! Yo nunca había besado antes a nadie en la boca, ni se me había ocurrido hacerlo con otra muchacha. Si mis pasiones no se hubiesen encendido por el obscuro espectáculo que acababa de ver, no sé cómo habría reaccionado.

—Ya verás cómo me lo cuentas, Arabella.

Húmedos y llenos, sus labios se fundieron con los míos. La sensación, unida a las descaradas caricias de su mano sobre mis pequeños senos, me hicieron sucumbir incondicionalmente. Reaccioné. Nuestras lenguas se encontraron. En aquel primer momento del verdadero descubrimiento de mis deseos, Elaine sin duda sabía, como

después me daría a entender, que mi cabeza guardaba secretos que ella iba a intentar descubrir. Consciente de su capacidad de seducción, empezó a levantarme los faldones del camisón mientras yo intentaba con poca convicción ponerle impedimentos.

—Vamos, cariño, vamos. Sé que lo estás deseando. ¿Fue así como los viste?

—¡No! ¡Oh, Elaine, eso es indecente! ¡Deja... de hacerme sentir..., ah!

De repente, me vi desnuda hasta la cintura. La punta de su dedo índice acarició los labios de mi vulva hasta encontrar el clítoris; me retorció. Succioné su lengua. Mis protestas fueron en vano. Al primer roce de su dedo me perdí, o mejor debería decir que me encontré.

Con alguna frecuencia, hemos vuelto a hablar de aquel momento y de cómo las redes del destino nos atrapan con los acontecimientos más casuales. Naturalmente, me refiero al hecho de que Elaine me sorprendiera en aquel momento. Separé los muslos tanto como había visto hacer a la señora Witherington-Carey y le permití que se estirara sobre mí cuan larga era. Dejó de jugar con el índice y aproximó su poblado sexo al mío. Sentí el roce de los labios de su vulva y el estremecimiento del vello púbico. Pasó los brazos por debajo de mis rodillas y empezó a separarme las piernas con la intención de restregarnos mutuamente. No pude evitar un jadeo placentero al mismo tiempo que me aferraba a sus hombros. Nuestros traseros se contoneaban al compás del goce mutuo. De improviso, fui presa de un violento escalofrío y sentí como si las entrañas me quemaran. Me lamió con frenesí todo el cuerpo para luego rociar mi sexo con el jugo de sus labios. Finalmente, me cubrió la cara de besos, una cara que ardía de deseo.

Es una lástima que no se pueda explicar con palabras una experiencia así. Lo he intentado cientos de veces en mis diarios, incluso a veces me he desesperado al tratar de describir una caricia en los labios de manera que el lector, incluso yo misma, pueda sentirlo. Aún conservo el querido recuerdo de mil momentos de inexorable placer más fáciles de imaginar que de referir con simples palabras, pues éstas sólo nos aportan bosquejos, débiles pinceladas de la realidad. Tal vez, me obsesione demasiado. Elaine me atribuye tal facilidad para la prosa que cree que nunca podrá llegar a parecerseme. Han pasado muchos años después de aquella primera noche de descubrimientos voluptuosos y desde entonces me pregunta una y otra vez «¿Has escrito algo sobre eso?», refiriéndose, naturalmente, al último acontecimiento importante. Ella siempre ha tenido algo que ver con lo que he escrito. Los ojos se le iluminan cuando lee mis diarios a pesar de confesarle abiertamente que no he sabido captar el deseo carnal.

En varias ocasiones me ha comentado:

—Si supiera escribir como tú, redactaría muchos libros indecentes.

En cualquier caso, nunca me ha alabado como mujer. Conozco mis fallos, mis deficiencias, las noches de insomnio buscando palabras que no acaban de ser las apropiadas. De todas formas estoy divagando de nuevo, así que volvamos a aquella

cama deshecha en la que nos descubrimos estremeciéndonos.

Mi sexo empezó a palpitar cuando se fundieron nuestros cuerpos. Luego, se separó entre suspiros sin dejar de acariciarme juguetonamente. La dejé hacer; incluso le devolví sus lascivas atenciones como confirmación de que al fin había saboreado ese inmenso placer prohibido. Nos levantamos los camisones hasta las axilas y empezamos a restregarnos las tetas con ardor.

—Ahora, dime lo que viste. ¿Quién había allá abajo?

En mi ingenuidad, no pude evitar una sonrisa nerviosa. Aquel prolongado goce contribuyó a tranquilizar mi estado de ánimo. No recuerdo qué respondí, sólo sé que no me atreví a confesarle que su padre estaba involucrado. En realidad, pensé que no me creería. Sin embargo, no tardé en ceder ante su persistente interés y, sin dejar de frotar la cara interior de mis muslos, consiguió sonsacarme por el método de eliminación la identidad de la señora Witherington-Carey. Al nombrarla, me mordí la lengua y me tapé la cara con las manos, avergonzada. No obstante, me quedé boquiabierta cuando me preguntó entre risas maliciosas:

—Es muy bonita, ¿verdad? ¿Se quitó las bragas?

—No llevaba —respondí.

Lo cierto es que antes no había reparado en ello. Hablaba con la respiración entrecortada, pues sus incisivos dedos no cesaban de hurgar en mi vulva. Estaba a punto de correrme de nuevo.

—Lo hicieron sobre la mesa del comedor —comenté.

Elaine quiso saber el nombre de él.

—No me obligues a decírtelo —le rogué.

Entonces, me cogió por los hombros y me miró sonriente.

—Ya sé, era papá. ¡La tiene muy grande! —Ese comentario me dejó atónita—. ¡Ajá! Así que tengo razón, era papá. ¿Verdad que la tiene enorme?

Ya me tenía exactamente donde quería, así que me abandoné a sus caprichos por completo. Levanté las piernas y las enrosqué en su delicada cintura. Sus palabras eran una dulce melodía; sus besos me hacían gozar. Así llegamos poco a poco al clímax de nuestro deseo.

—¿Cómo..., cómo lo sabes? —le pregunté perpleja.

Toda clase de pensamientos cruzaron por mi mente.

—Te sorprende, ¿verdad? ¡Oh, no puedo más, me voy a correr otra vez! ¿No te parece hermoso?

No pude sino asentir. Fui presa de un torbellino de sensaciones: se me endurecieron los pezones, nuestros labios se fundieron en los besos más lascivos.

—Lo haremos todo juntas, ¿verdad, Arabella?

—Sí —respondí, ignorando el alcance de sus palabras así como los libertinos deleites que éstas nos iban a proporcionar.

Por fin, nos tranquilizamos y yacimos relajadas. En la penumbra de la habitación, Elaine se volvió hacia mí y me miró fijamente. Entonces se incorporó, se quitó el

camisón y me invitó a hacer otro tanto. Sacó una botella de licor de un cajón de la mesita de noche y empezamos a beber. Perdí la noción del tiempo pero no me importó lo más mínimo.

—¿Vamos a ser indecentes juntas? —preguntó Elaine.

Las dos nos sentamos con las piernas entrelazadas y nos cogimos por las caderas.

—¿Qué podemos hacer? —inquirí con inocencia.

—Lo que queramos, Arabella. He pensado mucho en ello. ¿Nunca te has preguntado por qué no me he casado todavía? Ha sido una elección personal. Es probable que lo haga dentro de algunos años, pero, entretanto, eso no significa que me quiera encadenar a un hombre y a una cama. ¿Te imaginas lo aburrido que sería? He aprendido demasiadas cosas para acabar así y si te confío todo esto es porque estoy segura de que compartes mis sentimientos, o al menos pronto lo harás. ¿Sabes cuántas maneras diferentes hay de recibir placer?

Me encogí de hombros. Estaba muy intrigada y no dejaba de pensar en las experiencias que aún nos depararía aquella noche.

—He leído muchos libros obscenos que cogí del estudio de papá sin que él lo supiera. Todos estaban llenos de secretos y exquisitos placeres que compartir. En primer lugar, las mujeres pueden gozar entre ellas, como acabamos de hacer nosotras y esos juegos tienes muchas variantes. Ha sido muy fácil seducirte, cariño, porque estabas ansiosa de ello. Sin embargo, imagínate si quisiera tentar a una muchacha indiferente. ¡Qué divertido!

—Pero ella podría no querer y armar un escándalo, Elaine.

—Claro que podría resistirse, pero no por mucho tiempo. Las mujeres somos muy comprensivas entre nosotras y si para ella fuera la primera vez, su deleite sería mucho mayor y le podríamos enseñar muchas cosas. Luego está lo de ser cabalgada por un hombre. ¡Es tan excitante verlo! Suponiendo que ellos no se apercibieran de nuestra presencia.

Me quedé boquiabierta. No podía creer lo que estaba oyendo, pues Elaine no hablaba de lo que había leído sino por experiencia. En realidad, no pude articular palabra alguna y ella interpretó mi silencio como un asentimiento a sus palabras.

—Por lo que he oído decir, es posible que lo hagan en las fiestas de cacería. Estoy convencida de que muchas señoritas han sido iniciadas en el sexo durante el jolgorio. Mi madre es muy puritana, ya lo sabes, y nunca nos ha permitido a sus hijas asistir a una de ellas. He insistido mucho a mi padre para que me dejara acompañarle con el pretexto de ir a algún sitio, pero también se ha negado. Como es natural, no le dije que sabía en qué consistían esas reuniones, sólo le comenté que me encantaría poder ir, pero pretextó que se requería una previa invitación y que resultaría embarazoso explicar el porqué de nuestra presencia allí sin la misma.

—Pero, en cualquier caso, no verías nada porque seguro que no lo harían delante de todo el mundo y tu padre se sentiría violento estando tú.

—Querida, ¿te das cuenta de por qué tengo que educarte? ¿Te molestó acaso que

mi padre no estuviese con su esposa abajo? ¡Claro que no! ¿Les importó a papá o a Helen? ¡Ni por un momento, Arabella! El placer lo es todo para mí y quiero que también lo sea para ti.

—Dijiste que la tenía... —empecé a decir, pero no pude acabar la frase.

—Enorme, sí. ¿No es cierto? ¿Fue eso lo que dije? Por el momento, no te voy a decir cómo lo sé, pues tengo la impresión de que eso te molestaría. Ahora tienes que prestarme toda tu atención. Cabalgar un pene es más fácil de lo que tú puedas suponer, aunque el momento y el ambiente deben ser lo más idóneos posible. Yo lo vi hacer una vez, igual que tú lo has visto, y sentí un creciente placer al contemplar la íntima conjunción de sus partes, al escuchar sus jadeos, sus suspiros, y al advertir sus apasionados besos.

—Sí, es verdad —aseveré, pues cuanto más pensaba en ello, más deseaba volver a verlo.

—No hay palabras que puedan describir una sensación igual. Sería una verdadera lástima que nos perdiéramos algo así, Arabella. ¡Qué fastidio verse casada demasiado pronto y con las puertas totalmente cerradas para la aventura! Y ahora, escúchame con atención porque lo que te he contado sólo es una parte; hay mucho más. Por ejemplo, azotar a una muchacha resulta bastante agradable, ¿lo sabías?

—¡Pero podría lastimarse!

—Le dolería, sí, pero según he leído si los azotes se le propinan adecuadamente, los placeres que le sobrevendrían no serían nada desdeñables. La fusta le calienta la grupa hasta que arde en deseos y el coñito se le empieza a humedecer, inmediatamente antes del asalto amoroso.

—¿Lo dices en serio? Sí, creo que puedo imaginármelo un poco, aunque papá nunca me ha azotado a mí. ¿Te ha azotado a ti el tuyo?

—No, querida. Siempre ha estado demasiado ocupado con otras mujeres para pensar en calentarme el trasero. Pero espera, que no hemos hecho más que empezar la lista. Un hombre puede copular, por ejemplo, igual que un caballo a la yegua elegida y se la mete con suavidad cuando ésta le ofrece el trasero. Me excité muchísimo al leerlo y estoy segura de que a ti también te habría gustado. Por otro lado, también está lo de atarlas con correas cuando van a ser penetradas. He oído decir que algunas jóvenes tienen que ser sujetadas por otras mujeres con el mismo fin, aunque es un poco distinto porque el sistema es más elaborado y precisa más tiempo para alcanzar sus objetivos, pero lo cierto es que, en ese caso, el placer es también mucho más prolongado. Pero me da la impresión de que nada de lo que te estoy diciendo parece convencerte del todo, ¿verdad? —me preguntó con una sonrisa maliciosa.

Le dio otro sorbo a la petaca, con actitud reflexiva y luego me la pasó.

No sé si fue a causa del licor o de sus palabras, de verdad que no lo sé, pero el caso es que negué con la cabeza. Tras un momento de silencio, le dije, sin gran entusiasmo, que todo aquello me parecía demasiado cruel.

—Eso es porque no has pensado en ello tanto como lo he hecho yo, cariño. Se

podría preparar a la muchacha con caricias, besos, y susurros, igual que yo he hecho contigo esta misma noche. ¿Verdad que te has rendido por tu propia voluntad? Estoy convencida de que cualquier jovencita normal que fuera preparada de ese modo experimentaría más placer con ello del que tú has sentido. Sin embargo, piensa ahora en cómo podrías entretener a dos caballeros a la vez y disfrutar lo tuyo. —El desconcierto que experimenté al escuchar estas palabras fue de tal calibre, que Elaine no pudo evitar el soltar una carcajada—. Me había olvidado de que aún eres virgen y de que sólo conoces los placeres reales por lo que te han contado. Sin embargo, te advierto que no siempre ocurre lo que has visto y, de hecho, aquel asalto duró poco por lo que me has dicho. Eso, sin embargo, no quiere decir que una no pueda gozar brevemente en ocasiones, dejando de latió que sea una tontería o no. Debemos experimentar todo lo que hemos hablado o siempre seremos novatas. ¿Qué me dices, prima?

¿Qué podía decir? Sería absurdo negarme a secundarla. Al pensar en todas las obscenidades de las que me había hablado sentí un hormigueo en el coñito que sólo podía significar que estaba excitada. Eso no fue todo, pues Elaine me dijo que había tomado muchas ideas de los libros de su padre y que las había memorizado casi todas.

Sin prestar atención a mi silencio, me empezó a acariciar con exquisita suavidad al darse cuenta de que yo estaba deseosa por sentir su lengua y sus dedos.

Antes del amanecer, Elaine había saboreado en su boca mi melosa vulva y yo la suya. Derramamos el mutuo jugo en nuestros labios y luego entrelazamos las lenguas para saborear mejor todo cuanto habíamos compartido.

—¿No te parece más delicioso que el más exquisito de los licores? Vamos, entremos juntas en el divino mundo del libertinaje. ¡Dime que sí!

—¡Sí! —asentí.

La suerte estaba echada. Ya nunca retrocedería.

—LO primero que debes hacer es ser desvirgada y que te inunden el coñito — murmuró Elaine antes de irse a su habitación.

Tras retozar, las sábanas estaban completamente arrugadas, pero no me incomodaban. Aún sentía la sensualidad que había despertado en mí nuestra charla. Entre mis meditaciones vi una y otra vez el robusto agujijón que penetró en Helen, quien, con el tiempo, se convertiría en una experimentada y querida amiga. La visión de aquella escena en el comedor aún me excitaba. Jugueteeé con mi cuerpo y me adentré en un vívido sueño donde las preocupaciones terrenales naufragan. A la mañana siguiente, cuando entró en mi habitación el ama de llaves con el desayuno, todas aquellas sensaciones se desvanecieron y apenas pude creer lo que me había ocurrido. Los ardores de la noche anterior se me antojaron caprichos de una osada imaginación. En realidad, creo que habría sido presa de una cierta morbosidad si Elaine no hubiera vuelto a entrar en escena.

Estaba encantadora con aquel salto de cama rosa pálido adornado con lazos. Su textura de seda insinuaba sus elegantes piernas de mujer. Su mirada era cálida. Al ver mi expresión, me dedicó una adorable sonrisa, se sentó junto a mí y me tomó la mano.

—Anoche dije lo que sentía, no lo dudes. He esperado mucho tiempo para tener un cómplice como tú —me dijo—. Ese aire luyo de inocencia angelical y tu belleza nos serán muy útiles para encubrir nuestras aventuras. Tu pasión no conocerá más límites que la mía. ¡Dime que no has cambiado de opinión, Arabella!

Su tono de voz suplicante suscitó en mí una sonrisa que disipó toda sombra de duda y tomó mi expresión como confirmación de lo que me había pedido; me besó con dulzura.

—Ahora repite la última lección que te enseñé —me pidió.

Como vacilaba, me tapó la boca con los dedos y me dijo que si no lo recordaba me haría muchas cosquillas.

—La polla debe entrar... ¡Vamos, Arabella!

Me tapé la cara, pero no pude reprimir una risita nerviosa.

Entonces, hizo un ademán de hacerme cosquillas en las axilas y di un respingo.

—La po..., la polla debe entrar en el coñito —balbuceé.

—¡Muy bien, sigue!

Su voz evidenciaba una impaciente excitación.

—La polla debe entrar en el trasero, la polla debe entrar en la boca, el coño debe entrar en el coño, la lengua debe entrar en el coño... ¡Oh, Elaine, no me acuerdo!

—Sí que lo recuerdas, pero de momento basta con eso. Aunque te has olvidado de algo: no importa de quién sean las pollas porque todas son hermosas. Ya lo ves, parece una canción. Tengo una magnífica idea. ¿Recuerdas que te dije que quise

asistir a una de esas fiestas privadas y que papá no me llevó consigo? Pues bien, nos vamos a aprovechar de nuestro poder de seducción femenino. En mi opinión, papá siente debilidad por ti y por eso siempre te invita a nuestra casa. Sí, ruborízate, pero es la verdad. Mi plan es muy sencillo. Le voy a decir que tú también estás ilusionada con la idea de ir a una velada de éstas. Naturalmente, creerá que no sabemos lo que ocurre allí en realidad, pero no importa. Tú le dirás que la idea es tuya y estoy segura de que no se podrá resistir.

Debo confesar que al principio no me gustó ese plan; me parecía demasiado irreflexivo.

—Elaine, no lo hagamos. Tanto tu padre como nosotras veremos lo que pasa allí y no podría enfrentarme a eso. Ve tú sola.

—*Tonta*, ¿crees que no lo he pensado? Como es lógico, todo el mundo sabrá que papá y yo somos familia, por eso se asegurarán de separarnos con discreción. Yo me emborracharé, no te quepa duda y, por lo tanto, me divertiré y quién sabe si con la ayuda de uno u otro podré echar un vistazo a alguna pareja. En cuanto a ti, seguro que papá será lo suficientemente discreto como para llevarte a algún sitio apartado.

—¡Oh, Elaine, qué locura! Yo no podría.

—Verás cómo te escapabas hacia tu madriguera en cuanto empezamos.

Mi prima hizo un ademán de levantarse pero la cogí por la muñeca, pues ya entonces, y ahora también, no soportaba que me trataran de cobarde, a pesar de lo absurdo que me pudiera parecer todo aquello.

—No lo haré, ya lo verás —espeté.

Ella me miró satisfecha, me abrazó y me confesó que estaba segura de mi reacción.

—No tienes que preocuparte por papá más que yo, Arabella. Él sabe muy bien lo que sucede en esas reuniones y estará informado de cuándo empezará la orgía. Entonces no podrá mirarte más de lo que tú a él y se llevará a alguna dama a las habitaciones. Ya verás como la ocasión le proporcionará la justa oportunidad de hacerlo.

—Sí —contesté—, pero entonces se percatará de que nosotras lo sabremos.

—No te inquietes tanto, querida. Papá nos verá como sus cómplices. No me vendrá nada mal porque así me comprará el collar de perlas que me prometió hace tiempo.

—¡Qué malvada eres! —sentencié, aunque no pude sino descubrirme ante su astucia y su firme decisión.

Muchas veces he pensado que Elaine debía esconder en algún rincón un ápice de inocencia. Su desarrollado sentido de la picardía y de la osadía me acabó de convencer. Éramos inseparables y en cierto modo nos complementábamos.

Pensando en la aventura en la que nos habíamos embarcado, para conocer mis verdaderos motivos, me apercibí de que cualquiera de estas dos cualidades podrían ayudarme: por un lado la ingenuidad y por otro la sabiduría que da la experiencia.

Una de ellas sería la guía en el camino a tomar. Yo solía debatirme entre ambas, como hacen varias mujeres. O bien intentaba conciliar las dos ideas, o bien me dejaba llevar por la inercia. Así, la ingenuidad se caracterizaba por los buenos propósitos y la experiencia encontraba los suyos propios. Elaine había adivinado por instinto esta dualidad en todas sus lecturas y sus fantasías oníricas. Los machos que se consideran invariablemente los señores del universo nunca podrían haber hecho lo que nosotras. Ni siquiera las mujeres más decididas conseguían lo que nosotras habíamos consumado.

Tenía muy claro que estaba destinada a sentir placer, como lo había hecho ya. Nadie sufría con los procedimientos y muchos conseguían deleites duraderos. El hedonismo lo era todo. Al principio, lo compartíamos todo, ya fuera nuestras mutuas presencias o nuestras confidencias. En cierto sentido, cada una era la más ferviente discípula de la otra.

Lo primero que hicimos, y confieso que mi corazón palpité aceleradamente, fue forzar un poco la suerte.

—Vamos a dar un paseo por el jardín, papá. ¿Quieres acompañarnos? —Le preguntó Elaine después del desayuno.

Hasta entonces, no se me había ocurrido que mi tío me admirara, pero ahora percibía con qué interés me desnudaban sus ojos. Él había pensado en hacer otra cosa, pero la invitación de su hija se reveló como una magnífica oportunidad, la primera, para conversar conmigo sin que mi tía estuviera presente.

Así pues, accedió y los tres nos dirigimos al jardín; la hierba era esponjosa bajo mis pies. Elaine estaba demasiado callada, hasta el punto que creí que se arrepentía de su plan. No obstante, una vez perdimos de vista la casa, se apresuró a ir al grano y dijo que yo estaba muy ilusionada con la idea de celebrar mi primera velada bailando y charlando.

Entonces, una sombra de duda cruzó la mirada de mi tío y vaciló antes de responder.

—Me temo, querida, que a tu madre no le parecería apropiado que os llevara a una fiesta. No, no creo que sea posible. Además, deberíamos consultar a los papás de Arabella.

Bastó un ademán de Elaine para saber que ahora me tocaba hablar a mí. Me quedé sorprendida al oír a mi propia voz afirmar que mamá y papá no se opondrían al asunto y que en realidad querían que yo me divirtiera.

—Ah, ¿sí? —replicó mi tío.

Resultaba obvio que se hallaba ante un dilema. Elaine se adelantó y le tomó de la mano juguetonamente.

—¿Nos dejarás, papá? Ya sé que es una terrible mentira pero podríamos decirle a mamá que íbamos a cualquier otro sitio. Después de todo, no nos puede pasar nada porque tú estarás allí para cuidar de nosotras. Venga, papá. ¡Di que sí!

Su aparente inocencia, al igual que la mía, no le dejó más opción. Mi tío me miró

mientras paseábamos en silencio y se ruborizó. Era evidente que no sabía qué responder, pues debía preveniros de las consecuencias o simplemente rehusar. La sonrisa que le dediqué pareció, por fin, inclinar la balanza.

—He oído —dijo— que los Eastwood darán una pequeña recepción el sábado por la tarde. Sin embargo, es mi deber advertiros que..., esto..., será muy animada.

Su voz sonó ronca y su semblante se estiró.

—Yo también lo he oído, papá, pero eso es lo que buscamos; queremos divertirnos —respondió Elaine mostrando una amplia sonrisa de victoria.

—Sí, cariño, pero...

—Entonces, estamos de acuerdo, papá. Además, tengo una magnífica idea. Le diremos a mamá que vamos a una sesión de espiritismo. Ya sabes el miedo que le dan esas cosas y no querrá acompañarnos. ¡Oh, qué sol hace! Voy a buscar un pañuelo para la cabeza. Disculpádmeme.

Elaine se fue dejándome a solas con mi tío. Naturalmente, había sido una excusa para que pudiera ganarme mejor su favor. Sin embargo, no se me ocurría qué decirle y sentí que la lengua se me trababa. Por su parte, él parecía meditativo y estuvo varias veces a punto a decirme algo, pero no se atrevía. Claro está que yo intuía lo que pasaba por su cabeza y, al llegar a un banco de piedra rustica donde quisimos sentarnos a descansar, recobró el habla.

—En cuanto a la recepción, querida sobrina, me temo que ni Elaine ni tú sepáis en qué consiste —me comentó vacilante.

—Sí que lo sabemos, tío. Hay música, la gente baila y el ambiente es más distendido que el de las reuniones más formales. No dudes que estamos preparadas para adentrarnos en el espíritu de las cosas.

¿Había hablado precipitadamente? Nuestras miradas se encontraron. Me tomó la mano y la llevó a mi regazo. Me sorprendí al sentir rozar sus nudillos contra mi vientre. Sin reparar en ello, yo había separado un poco los muslos. Bajo el claro vestido de verano no llevaba más que una camiseta y las medias; el calor de aquella íntima región de mi cuerpo se comunicó con su mano de inmediato.

—Sí, bonita, pero hay unas determinadas libertades que...

Al parecer, tenía dificultades para encontrar las palabras, de modo que le interrumpí con dulzura.

—La sociedad nos impone reprimir, ¿no es eso? —acabé la frase.

Separé los labios. Le miré con tal inocencia que no supo qué contestar y tampoco intentó hacerlo con palabras porque, de improviso, acercó su boca a la mía y me obligó a contener la respiración.

—¡Qué joven eres! No sabes aún dónde te has metido —murmuró, aunque quiso demostrármelo metiendo la mano por el escote y acariciándome el pecho izquierdo.

Mis pezones siempre se han mostrado receptivos y en cuestión de segundos su elasticidad se hizo latente a través del vestido. Me dejé llevar. No traté de zafarme ni de su boca ni de su mano, que pasaba de un seno al otro oprimiendo con cariño sus

formas llenas.

—Dime qué quieres de mí, por favor —le supliqué cuando separamos los labios.

Al apercibirse de la ubicación de su mano, la bajó lentamente hacia la parte superior de mis muslos donde sus dedos se deleitaron con el tacto de mis medias a través del fino algodón de mi atuendo.

—No quería besarte, aunque debo admitir que tienes una boca deliciosa —contestó.

Su deseo era creciente.

—Querido tío, si quieres besarme, hazlo. No hay nada de malo en ello, ¿verdad?

—¿Ni en esto?

Con una sonrisa de deseo puso la palma de la mano sobre el otro pecho, proporcionándole idéntico placer que al primero. Eché un rápido vistazo a sus pantalones y descubrí que mi tío se hallaba en conflicto amoroso pero estaba segura de que no intentaría nada esta vez.

—No puedo llamarlo malo, porque es placentero. ¿Acaso las cosas malas son plácidas? No pasará nada desagradable en la recepción, ¿verdad?

—Uno puede creer que sí o creer que no, Arabella. Las cosas más perversas son también las más placenteras; por eso mismo no estoy seguro de querer llevarte conmigo, pues tu inocencia se podría ver comprometida.

—¡Oh! —exclamé y apreté los labios con fuerza para que no pudiera prodigarse con besos.

Me pregunté si al dejarnos solos Elaine esperaba que ocurriese esto. Quise hacerle una pregunta pero temí que me tomara por una ingenua, así que representé el papel de mujer petulante y malhumorada y le aparté la mano.

—Entonces, no debo dejar que me beses, porque si no vamos a esa fiesta no nos divertiremos —sentencié, dejándole aún más perplejo de lo que estaba.

Sin embargo, parecía satisfecho, pues ahora que ya había intentado disuadirnos varias veces, sólo podríamos culparnos nosotras mismas de lo que sucediera. En ese momento apareció Elaine; habíamos ganado la partida.

—¡Te has ruborizado, Arabella! ¿Ha sido papá? —me preguntó, dándole cierta ambigüedad a la frase.

El bulto de la estaca de mi tío se hizo tan claramente visible bajo los pantalones que no pudimos hacer otra cosa que mirarla sorprendidas. La observación de su hija le había obligado a sonrojarse. Él le pidió que no dijera tonterías ya que no tenía necesidad de regañarme.

Entonces quise salir en su defensa y le aseguré que su padre y yo habíamos tenido una agradable conversación y que, finalmente, había dado su consentimiento para que asistiéramos a la recepción de los Eastwood.

—¡Magnífico! Nos divertiremos mucho —aseguró ella con una cándida sonrisa—. Le he dicho a mamá que no hay ningún problema. Incluso podemos llegar tarde, si queremos; le he hecho creer que los espíritus no se muestran hasta pasada la

medianoche.

Todos nos reímos y el ambiente se relajó, pero mi tío evidencio cierta agitación y con un pretexto cualquiera, se alejó con un andar bastante curioso. Sin duda, le hubiera gustado llevarme a mi sola a la fiesta privada de los Eastwood y le preocupaba la presencia de su hija en la misma. De hecho, esa idea cruzó por su mente aquel mismo día y en cuanto me vio en el rellano de la escalera, junto a mi dormitorio, me pidió que conversáramos. Me escoltó hasta un cercano cuarto ropero y cerró la puerta tras nosotros. A nuestro alrededor había estanterías con sábanas, toallas y varias prendas almacenadas. Apenas teníamos espacio, de modo que nos vimos obligados a mantenernos muy juntos. No me resistí cuando me tomó por la cintura y me atrajo hacia sí.

—Querida Arabella, mi dulce criatura, hay algo importante de lo que hemos de hablar. Tiene que ver con la recepción a la que iremos.

—Sí, tío, claro. ¿Qué te preocupa?

Me besó en los labios con dulzura.

—¿Me has traído aquí sólo para esto?

—No, bonita, pero eres tan irresistible..., y ése es el quid de la cuestión: al igual que tú, Elaine es sumamente excitable y despreocupada, pero ella no se da cuenta de las consecuencias que se derivan de su fogosidad.

—Por favor, dime entonces qué puede pasar allí y no te preocupes, no se lo diré a nadie —le rogué con serenidad mientras me Huleaba la cintura y palpaba la *rondeur* de mi trasero.

—Hay algunos placeres que desconoces, Arabella. En esos acontecimientos sociales los invitados se dejan llevar por la frivolidad, aunque no sé si decirte hasta qué punto. Basta con que sepas confidencialmente, y esto no debe llegar nunca a oídos de mi querida esposa, que las señoras suelen desvestirse y los caballeros también. Por supuesto, luego sigue un juego amoroso para escoger a la pareja de la noche, lo cual se considera un pasatiempo placentero. No hay nada de malo en ello. ¿Comprendes ahora cuál es mi dilema?

Al principio no supe qué responder, no por timidez sino porque mientras me hablaba me levantó la falda por detrás y después de acariciarme los muslos desnudos y la seda de las medias, se abrió camino hasta las nalgas, que se estremecieron con el contacto de su mano. Confusa, me separé un poco de él para protegerme, supongo, y le volví el rostro. Las bragas de fino encaje exudaron el ardor de mi grupa al sentir su mano ávida sobre mis turgentes carnes. Era una situación excitante, pues me imaginaba que aquel pobre hombre se debatía entre el deseo y la necesidad de advertirme acerca de mi destino, así como del de Elaine.

—¿Quieres decir que tendremos que quitarnos las bragas? —inquirí sin dejarle ver la expresión de mi cara.

Al parecer, esa pregunta le excitó tanto que se le endureció la verga contra mi vientre a través de nuestras ropas. Su orgullosa herramienta se estremeció y me hizo

sentir su fuerza.

—Eso y todo lo demás —contestó jadeante al tiempo que sus febriles dedos desataban los lazos de mis bragas y las hacían deslizarse sin prisa piernas abajo.

—Así, como ahora.

Me alzó con la otra mano la barbilla y me mordisqueó los labios. Sentí escalofríos porque al frotarme las nalgas me obligó a ponerme de puntillas. Me invadió una dulce y malsana sensación. Pasando el índice por debajo de mi trasero llegó a los suaves y cálidos labios de mi sexo, que se humedecieron al instante. La presión de su boca contra la mía se hizo creciente. Separé los labios para recibir su lengua. Me rodeó la cintura para dejar una mano entre nuestros cuerpos y metió un dedo en mi palpitante vulva.

—Igual que ahora, amor mío; mientras tú coges la polla de tu compañero y la agitas. ¡Mira cómo se ha hinchado la mía para ti!

Se desabrochó de improviso la bragueta del pantalón y guió mi mano hasta su enorme miembro. Era tan grande que mis dedos no lo pudieron abarcar del todo. Palpitaba. Sentí sus venas hinchadas contra mi carne. Mi vientre se estremeció. Separé los muslos tanto como me permitió la elasticidad de las bragas para dejar que su travieso dedo se moviera a placer entre los labios de mi sexo. No recuerdo qué nos dijimos en esos breves momentos, salvo que sus palabras incitaban a la lascivia y que las mías lo excitaban sobremanera. Mi mano recorrió su pene de arriba a abajo, sin prisas. Todo me daba vueltas. Mi coñito se humedecía más a cada segundo. Entrelazamos nuestras lenguas con tal pasión que ya no pudimos esperar más.

—Tienes que saber cómo será, Arabella. ¿Quieres?

—¡Sí! —asentí, aunque no pude reconocer mi propia voz.

Me dejé caer hacia atrás. Yacíamos cuerpo contra cuerpo sobre el suelo; sus manos bajo mi trasero para evitar que me lastimara. Sin más dilación, me quitó las bragas. Con una brutalidad que me asustó, me separó las piernas, se puso sobre mí apoyándose con una mano al tiempo que acercaba con la otra su desmesurado pene hasta la abertura de mi sexo.

—Te echarán en el suelo o quizá sobre un sofá y te follarán, Arabella.

—¡Ah! —gemí.

Sentí aquel colosal músculo presionar en mis entrañas. Durante unos segundos nuestras ansiosas miradas se cruzaron y entonces, con un indescriptible gruñido, me clavó su duro mango unos siete centímetros. Nos besamos con ardor. Estaba tan sumamente excitada que balanceé el trasero para sentir con más fuerza su verga, aunque me pareció que mi tío hacía constantes movimientos evasivos. Intentó asirme por las caderas y clavarme hasta el fondo su inmenso agujijón. Como por arte de magia, mi vulva respondió dilatándose para recibirlo.

—Te penetrarán hasta la saciedad, Arabella. ¿Es eso lo que quieres?

No pude responder; estaba saturada. Sus grandes bolas colgaban entre mis piernas. Sus labios atacaron con violencia los míos. Con un impresionante esfuerzo

de sus caderas, me ensartó hasta el fondo. Casi lancé un grito cuando volvió a repetirlo. Le sudaba el rostro, ahora enrojecido. Vi el libertinaje del hombre y el deseo que se convierte en pasión desatada cuando ambos traseros se mueven al unísono.

—¡Lo desearás; querrás que te follen! —exultó.

—¡Oh, tío!

Algo en mi interior me advirtió que no dijese nada directamente aunque lo que yo quería era gritar que se moviera con más fuerza. Sin embargo, siempre debemos mantener una cierta pasividad en los primeros momentos del juego erótico pues eso le permite al varón excitarnos más.

—Sí, sí. Confiésalo. ¡Qué conejito tan provocador tienes! ¡Qué bien se adhiere y succiona mi polla! Siéntela dentro de ti. ¡Oh, Dios mío! ¡Así, mueve las nalgas!

Sin darme cuenta, era precisamente eso lo que estaba haciendo. Nos perdimos en ese mundo en el que lo único que importa es gozar. La verga que yo había visto entrar y salir de la grupa de Helen, era la misma que me estaba poseyendo. Me sentía transportada con cada balanceo. Sus genitales golpeaban mi trasero.

Quería su lengua dentro de mi boca. Era prisionera de la pasión y no quería escapar. Sus manos me acariciaron la piel, mis nalgas se contonearon con violencia felina y entonces empezó a galopar sobre mí con ímpetu.

Por primera vez, descubrí que un hombre profería palabras y frases obscenas al montar a una mujer hasta llegar al clímax del deseo. Le respondí con gemidos y suspiros. Mi instinto me advirtió que podría pensar de mí que sólo era una mojígata, así que empecé a repetir sus mismas palabras lascivas. No tiene nada de malo el hacerlo si se conoce al semental que la está cabalgando a una, aunque deben decirse entre vacilaciones y sin demasiado entusiasmo, de modo que el varón las interprete como sumisión de la mujer. Nunca se debe expresar lo que se siente porque eso es lo que busca el amante. Si se le deja con la incógnita, no se convencerá de su éxito hasta que le hayamos confesado que ha satisfecho plenamente nuestros más recónditos deseos. Con todo, una no debe ser tan tonta como para manifestar sus verdaderos sentimientos frente a frente a su amante o, mejor dicho, de abajo a arriba.

Tenía las piernas separadas y las rodillas un poco dobladas. Él estaba llegando al orgasmo, pues su respiración era cada vez más agitada. Continué gimiendo de placer. Me zafé de su boca para recobrar el aliento. Me colmó de besos las mejillas y el cuello. Sentí aumentar el ritmo de sus movimientos.

—Esto es lo que te pasará, si vas allí —gruñó.

Sentí que me iba a correr, pero no se lo dije. Mis jadeos se tornaron más insistentes y fuertes. Todo lo que me había contado Elaine era cierto. Con una última convulsión eyaculó. Su efusión irrumpió en mis entrañas; recibí con júbilo un chorro de espeso y cálido semen. Fundimos una vez más nuestras bocas ya que en aquel momento no pude rehusarla. Su esperma me salpicaba con cada espasmo de placer. Su polla empezó a menguar. Entonces me la metió hasta el fondo y se relajó sobre mí

cuan largo era durante un momento. Luego, se incorporó. Sentí cómo retiraba su arma de mi nido y me entristecí. Si hubiese vuelto a montarme, la habría recibido con gusto. Al incorporarme con él, sus ojos buscaron los míos. Escondí el rostro para que no viera mi confusión. Todavía dura, su grande y enrojecida verga arremetió contra mis muslos.

—No se lo dirás a tu prima, ¿verdad que no? —me preguntó al mismo tiempo que me acariciaba con ternura la larga cabellera de color castaño.

Me hizo estremecer. Aún llevaba levantadas las faldas y sentí la calidez de mi vientre contra su hinchada herramienta.

—No —le contesté con voz queda—. ¿Tampoco lo de la recepción? Por favor, dime que sólo tú me quitarás las bragas.

La ingenuidad de mis palabras, aunque no exentas de cierto erotismo, tuvieron la entonación exacta que yo buscaba. Sonrió y me atusó el cabello. Luego sus labios me regalaron un prolongado beso.

—Te lo prometo, bonita, pero tienes que advertírselo a Elaine. ¡Ojalá pudiéramos ir solos a la fiesta!

—Tal vez no me crea, tío, pero lo intentaré. ¿Cómo le voy a decir que yo sé lo que va a pasar allí?

Frunció el ceño.

—Es cierto, no había pensado en ello. No habrá muchos invitados que no lo sepan. No sé qué decir.

Esperaba que me diera el nombre de la señora Witherington-Carey, de quien sospechaba que sí lo sabía, pero sólo obtuve discreción. Al menos eso me hizo sentir segura de que no era el tipo de hombre que se vanagloria de sus conquistas en público. Una debe evitar a toda costa las posibles indiscreciones de los deseos sexuales.

—Pierde cuidado, tío. Lo que deba suceder, sucederá. Además, ya es demasiado tarde para disuadir a Elaine o me echará a mí la culpa. Podríamos escondernos en la recepción, o tal vez no. Esperemos que no ocurra nada ante nuestros ojos.

—Sí, ésa es la única solución. ¡Qué encantadora y astuta eres! ¿Te ha gustado lo que hemos hecho? —inquirió con aparente ansiedad.

Le sonreí y acerqué mi mejilla a la suya.

—Eso creo. Si lo vuelves a repetir en la recepción, estaré más segura de la respuesta. Pero ahora salgamos de aquí o correremos el riesgo de ser descubiertos por un criado. Sal tú primero y yo te seguiré.

—¡Picarona! Eres una caja de sorpresas.

Se levantó, se abrochó los pantalones con evidente rubor y salió. Apenas le hube seguido cuando Elaine hizo su aparición en la puerta de mi dormitorio.

—Te he estado buscando. ¿Dónde te habías metido? —me preguntó con curiosidad.

—Estuve buscando un libro para leer —respondí.

Naturalmente, no le dije nada acerca del encuentro amoroso que acababa de tener lugar en el suelo del cuarto ropero. Más tarde ya tendríamos tiempo de compartir aquellos dulces secretos. Se volvió hacia la puerta, en un intento por ocultarme sus emociones, a pesar de lo cual pude observar una expresión rara en su rostro. Se marchó sin decirme nada más. Esto ocurrió poco después de que se hubiera encontrado con su padre, que bajaba la escalera.

COMO era de suponer, esa noche soñé con lo que había pasado y me inquieté un poco. Aquella experiencia había sido muy satisfactoria, pero ansiaba nuevas dosis de placer. Ni a mí ni a Elaine nos faltarían oportunidades para ello. Nos íbamos a embarcar en una aventura en extremo libertina. Estaba totalmente segura de que yo había sido demasiado comedida en el cuarto ropero porque mi tío buscaba ahora cualquier pretexto para no llevarnos a la recepción; al parecer veía en su hija a una muchacha descarada pero ingenua que sabía tanto o menos que yo de las cosas de la vida.

Sin embargo, el tiempo pasó y llegó la hora. Yo llevaba un vestido rojo oscuro y Elaine uno azul celeste, ambas con las medias a juego. Quizás nos desvistieran y así se lo hice saber a mi pi una.

—Entonces, ¿qué harás si te ve tu padre sin las bragas? —inquirí.

Sentía curiosidad porque yo no había olvidado que eso era lo que me aseguró que quería.

—Bueno, no se dará cuenta porque tú estarás allí para distraerle —contestó, y estoy convencida de que así lo creía—. Además, Arabella, seguro que habrá tanta gente, tanto bullicio y animación que nadie sabrá qué hacen los demás. Si papá me ve el trasero, cuidaré de esconder el rostro y así no sabrá que soy yo. Pero no pienso bailar desnuda..., y tú tampoco deberías hacerlo —añadió con especial énfasis.

—Si lo hacemos así, seguro que nos divertiremos muchísimo aunque ¡menudo desastre si sólo son rumores y no pasa nada en la fiesta!

—No seas tonta, seguro que pasarán muchas cosas en cuanto todo el mundo haya bebido un poco y se haya ambientado. Y a verás cómo se pone papá cuando alguien me levante las faldas.

Me dio la impresión de que Elaine trataba de contener los nervios. Se me hacía difícil imaginar que los tres asistiéramos a un acontecimiento de este tipo sin que fuera a ocurrir alguna desgracia. Como había aprendido en el cuarto ropero, una imaginación febril llega rápidamente a un punto en que todo es posible, pero ésta se desvanece en cuanto se ve invadida por una paz momentánea y la dulce sensación de flotar. Sin embargo, vuelve a surgir de pronto y no puede ser frenada, pues la excitación se mete en el cerebro. Pensé que le llevaba ventaja en eso a mi prima, que había sido mi mentora hasta apenas unas horas antes. Se apoderó de mí un deseo de verla «ensartada», como solíamos llamar a la penetración. Si su padre no hubiera sido tan estricto con ella, todo habría sido diferente, pues no le faltaron oportunidades para llevar a la práctica su particular filosofía.

Tuvimos ocasión de divertirnos mientras nos preparábamos para partir a las ocho de la tarde, porque mi tía se dio cuenta de que íbamos a un acontecimiento social de gran trascendencia. Por fortuna, era una dama bastante despistada y lo más probable

es que a la mañana siguiente ni siquiera recordara el motivo de nuestra salida.

La mansión del honorable Edward Eastwood y su familia era una de las más grandes de la vecindad. A menudo se bromeaba acerca de lo bien que les iba todo, puesto que su casa estaba situada en lo alto de una colina y contaba con varias hectáreas de extensión. El traqueteo del carruaje contribuyó a excitar aún más mi ya apasionado temperamento pues mi trasero, al igual que el de Elaine, se balanceaba de arriba abajo. En medio de la creciente oscuridad de la noche vimos a su padre arrellanado en el asiento de enfrente. Yo estaba convencida de que nuestros pensamientos estaban centrados en la fiesta.

La entrada principal estaba bien iluminada cuando el carruaje se detuvo. Sólo había un joven criado en la puerta y eso me extrañó, aunque pronto intuí a qué se debía. Todos los demás tenían la noche libre y estarían cenando en sus habitaciones o habrían salido; por lo tanto no habría más testigos que los propios invitados.

Como ya habíamos imaginado, éstos no eran muchos. Conté un número igual de señoras que de caballeros y no serían más de catorce en total. Entre las primeras se encontraban algunas distinguidas bellezas locales. Por fortuna, no reconocí a ninguna de ellas. Más tarde descubriría que todos los asistentes eran personas extremadamente educadas y discretas. La señora Eastwood, que debía de rondar los cuarenta años de edad, conservaba todavía una inusual y extraña belleza. Nos recibió personalmente en la entrada de la mansión y se hizo cargo de nuestros abrigos sin la menor sombra de azoramiento.

—Has venido muy bien acompañado —le comentó con una sonrisa a mi tío, al tiempo que nos echaba una mirada de aprobación—. Supongo, Harold, que las habrás aleccionado bien para que no haya malentendidos.

Su descarado nos cogió por sorpresa a ambas e intercambiamos furtivas miradas de confusión. Mi tío se ruborizó visiblemente. Las puertas del salón se cerraron tras nosotros y nos quedamos a solas.

—Bien, quizás podríamos tener una pequeña conversación en privado —comentó él.

Parecía nervioso, de modo que mi prima y yo nos quedamos de pie, expectantes.

La señora Eastwood lanzó un lánguido suspiro.

—Como quieras —respondió y le señaló una pequeña sala contigua, aunque dejó la puerta entreabierta, supuse que a propósito.

Un continuo susurro llegó hasta nuestros oídos y nuestra anfitriona rió.

—Mi querido Harold, aquí la discreción lo es todo; tú lo debes saber mejor que nadie. No podemos objetar la presencia de Elaine en la recepción. ¿Qué dices? Casi no te oigo. Disculpa, pero no puedo hacer esperar a los demás. Tú hija también debe someterse a los caballeros igual que el resto de nosotras; son las reglas del juego. No haberla traído entonces, querido. Déjame hablar con ella porque no quisiera que nuestra conducta la sorprendiera sin estar preparada. En cuanto a la otra jovencita que te acompaña, creo que también hablaré con ella.

—Sí, pero Mavis...

Todo estaba perdido, o ganado, depende de cómo se mirara, dado que nuestra anfitriona había interrumpido a mi tío para dejar claro que no estaba dispuesta a hacer excepciones con nadie.

—Elaine, bonita, tienes que perdonarnos las licencias amorosas que nos vamos a tomar esta noche y estoy segura de que tú..., Arabella ¿verdad?, también lo harás. Dentro de una media hora, mando el ambiente se haya relajado con el vino invitaremos a las señoras a que se presenten ellas mismas y esto quiere decir que tendréis que desvestiros con todo el encanto de que seáis capaces, incluyendo, por supuesto, las bragas.

Oímos un carraspeo tras ella. Era mi tío que estaba apoyado en el quicio de la puerta de la habitación contigua con el porte de un Hamlet o un Macbeth. Entonces, la señora Eastwood se colocó entre nosotras, nos tomó del brazo y nos condujo al salón principal al tiempo que nos hablaba con dulzura; parecía que estuviéramos en una verdadera fiesta.

Nos llegaron rumores de voces y risas de las que relajan los sentidos. Si bien la entrada estaba iluminada, el salón se hallaba en semipenumbra. La única luz procedía de una lámpara colgada del techo que proyectaba sombras por doquier y confería a la sala un ambiente íntimo y agradable. Naturalmente, la habitación era espaciosa, con unos cinco sofás y divanes junto a las paredes, como requerían las circunstancias. Había una larga mesa atestada de sándwiches, canapés y un impresionante surtido de bebidas y copas.

—Tú, querida, desequilibras la paridad entre damas y caballeros pero siempre puedes añadir una nota picante a nuestra fiesta. ¿Verdad que no te importa compartir placer con un varón y una mujer al mismo tiempo? Claro que no; aquí hay muchas parejas a las que les excita jugar con una joven antes de satisfacer sus apetitos —explicó con calma nuestra anfitriona a Elaine.

Antes de que pudiera responder, y me imagino cual habría sido su respuesta, nos vimos rodeadas por admiradores de ambos sexos que nos ofrecieron bebidas.

—Como es lógico, aquí nadie utiliza su verdadero nombre, así que debéis buscar el seudónimo que os plazca —remarcó la señora Eastwood antes de desaparecer por la otra puerta del salón, justo cuando entraba mi tío con gesto vacilante.

Se detuvo para mirarme. Mi instinto hizo que fuera a su encuentro y me quedé junto a él. Elaine, lanzándome una frenética mirada, se vio en un momento aprisionada entre un caballero de unos cuarenta años y una joven algo mayor que ella. Mientras nos observábamos oí a la muchacha:

—Déjame besar esos labios tan encantadores.

Al tiempo que algunos asistentes miraban al trío tan complacidos como unos padres viendo jugar a sus pequeños, los brazos de la joven rodearon con fuerza el cuello de mi prima. Todo fue tan rápido que no le dio tiempo a zafarse y no pudo sino rendirse, de momento. En un intento por alentarlos, una elegante pareja se fundió en

los más lascivos besos como si hubieran esperado largamente ese momento; los demás les siguieron menos mi tío y yo que nos quedamos aparte, como dos que al entrar en una sala sólo ven a extraños ante sí.

Como es de suponer, su inamovilidad no duró mucho y rodeando a Elaine, el caballero cuya compañera se empeñaba en aprisionar los labios de mi prima, le levantó las faldas con tal rapidez que cuando ésta se quiso dar cuenta ya estaba mostrando sus blancas piernas y sus bragas de delicado encaje. No le dieron oportunidad de moverse, así que el caballero se bajó los pantalones y presionó su pene erecto contra los muslos de ella, justo por encima del ligero.

—¡Quitadles las bragas! —gritó una voz al tiempo que varias damas arrancaban a correr entre gritos y risas histéricas, siendo pronto alcanzadas por los hombres.

Vi a mi prima sacudir con agitación la cabeza mientras el caballero, presionando el estómago contra su trasero, la aferró por las caderas lo cual le permitió a su compañera saciar su deseo de desabrochar el corsé de Elaine. Mi tío y yo permanecíamos en un rincón de la sala. Tenía la boca seca, pues sólo podía contemplar la exposición de los firmes senos de mi prima mientras el juguetón miembro del caballero se balanceaba de atrás adelante entre la cara interior de sus muslos.

La escena parecía salida de un sueño erótico. Por doquier había medias bajadas, corsés desabrochados, prominentes traseros y los pechos llenos de las damas desvestidas. Algunas de ellas se entregaban con fruición a los miembros de sus compañeros mientras que otras pretendían una ridícula timidez sin que ello les impidiera mostrar sus cuerpos desnudos. Elaine lanzó un grito cuando le bajaron las bragas. Casi sin pensar, me senté en un sofá en compañía de mi tío, que me rodeó los hombros con su brazo. Me volví ruborizada hacia él. Nuestras bocas se encontraron en el más salvaje de los besos. Como por instinto, metí la mano bajo el tejido negro de sus pantalones y sentí su polla dura como una barra de acero.

Llegaron a nuestros oídos jadeos, gritos, risas y gemidos. Entrelazamos nuestras lenguas. Metiendo una mano en mi corselete, tanteó con pasión mis pechos, volvió la palma sobre sus suaves y turgentes superficies y presionó un poco los duros pezones. Me eché hacia atrás excitada por los descubrimientos de nuestras manos y le desabroché la bragueta. Me llevé a la mano su hinchado pene. Parecía una posea. Me olvidé por completo de que pensaba en mí como una muchacha descarada pero ingenua y le sacudí con fruición el enorme miembro. Introdujo su mano bajo mis faldas, las levantó y me quitó las bragas.

—Déjame besar a esta belleza —murmuró una voz tras nosotros.

Mi tío se echó a un lado para dejarme ver de quién se trataba. Detrás del sofá, con las piernas abiertas y mostrando un tupido monte de Venus, había una hermosa joven de unos treinta años cuyo atuendo consistía en tan sólo el ajustado corsé negro, las medias y los zapatos. Se inclinó entre mi tío y yo y un segundo después ya se había estirado sobre mí y capturado en un beso que me dejó sin aliento. Mi tío se agachó

para arrodillarse junto al sofá y, separándome las piernas, aplicó la lengua a los succulentos labios de mi vulva.

—¿Cómo te llamas? —inquirió entre fervientes besos.

—Rosa —gemí por respuesta al tiempo que su mano buceaba bajo mi vestido.

Al contacto de sus manos abiertas, empecé a contonear con suavidad el trasero y sentí un estremecimiento cuando su lengua irradió los labios de mi sexo.

—Harold, vamos a quitarle la ropa —murmuró la desconocida, haciéndome sentir como un objeto de su propiedad.

Estaba tan excitada que no protesté cuando me desvistieron entre los dos y me dejaron sólo con las medias y los zapatos puestos. Mientras acariciaban mis senos, trasero, muslos y coñito lo único que deseaba era ser follada y así se lo insinué con un nuevo abrazo. Con todo, no quise perder de vista ni a Elaine ni a mi tío, que tenía un extraño semblante. Pronto cedió aquélla a las oportunidades del momento y se puso a cuatro patas sobre el suelo para recibir un musculoso pene por detrás. A nuestro alrededor todo eran escenas de placeres libertinos. Las damas estaban totalmente desnudas y los caballeros enarbolaban sus pollas tiesas.

—Me encanta besar a las jóvenes mientras las están follando —declaró mi compañera.

Eso era exactamente lo que pasaba. Mientras nos besábamos en los labios y nos acariciábamos los pechos, mi tío preparó su hinchado y desnudo miembro. Davina, que así se hacía llamar, me apresó los labios con fiereza felina.

Me metí el puño en la boca al sentir cómo la lujuriosa herramienta penetraba en mi chochito.

—¿Es él el primero, o has sido una muchacha promiscua y lasciva?

—Es el pr..., primero —contesté entre jadeos.

Se desataron todos los sentidos. La misma verga que me había poseído una vez, gozaba ahora en busca del orgasmo. Sentí cómo se confundía su vello púbico con el mío. Unimos las tres lenguas. Él me levantó las piernas para que las enrollase alrededor de su cintura. Me cabalgó; prácticamente, me taladró. Su polla se deslizó de atrás hacia adelante haciéndome llegar al más exquisito éxtasis con la ayuda de las caricias que nos regalábamos con profusión Davina y yo. Los tres nos besamos ansiando satisfacer nuestros anhelantes apetitos.

—*Se va a correr* —suspiró Davina, cuyos anhelantes dedos mulleron los espasmos de mi vientre.

Una vez más, introdujo su lengua en mi boca. Los dedos de mi tío recorrieron su trasero y ella se vio obligada a mover con furia las caderas inclinándose para apoyar una rodilla en el extremo del sofá.

Me corrí, jadeé, me estremecí; le pedí con sensuales movimientos de mi grupa que no se detuviera aún. Nuestros gemidos se añadieron a los del resto de invitados.

Desde mi posición, sólo veía lujuria.

Las entrañas me abrasaban. Mi tío me ofreció su libación que expelía un chorro tras otro sobre mí mientras Davina anunciaba su propio delirio de placer lamiéndome la boca. Nos sacudieron espasmos febriles. Mi coñito succionaba su polla implorando hasta la última gota y, por fin, su herramienta desparramó su jugo entre mis muslos.

Me sentía flotar. El ardor y la satisfacción se extendieron como ondas a través de mis encantos. Con un débil jadeo, Davina se apartó del jugueteón dedo de mi tío, se sentó lánguida y miró en derredor.

Elaine está recibiendo su ración —declaró ante mi sorpresa al pronunciar el nombre de mi prima.

Con una especie de gruñido de satisfacción, mi tío se incorporó. Yo doblé las rodillas, giré sobre un costado y me recliné en una esquina del sofá. La gruesa polla de mi tío vertió la última perla de su rocío. Ambos volvimos un instante la mirada hacia Elaine, que ahora yacía con la cabeza y los hombros sobre una larga mesa, apoyada en un segundo semental cuyos testículos sobresalían bajo el trasero de ella. Con las piernas levantadas, los tobillos de Elaine abrazaban la cintura de él.

—Lo está cabalgando realmente muy bien —murmuró Davina, sentándose al otro lado de mi tío, de modo que él quedara en medio de nosotras.

Tomó su pene entre las manos, con una exquisita delicadeza. Los ojos de él aparecían vidriosos. Arrodillado junto a Elaine se encontraba el joven que la había besado antes y que ahora introducía un miembro rígido en su trasero. Unos metros más lejos y en medio de otras parejas alguien estaba follando a nuestra anfitriona.

La escena, un tanto difusa, se aclaraba y volvía a difuminarse ante mis ojos. Mi tío me cogió la mano derecha y la guió hacia su polla mientras Davina se entretenía chupándole los enormes genitales. Su verga se hinchó al momento, poniéndose erecta con mi contacto.

—Mira cómo menea el trasero —observó Davina refiriéndose a Elaine.

Lo más probable es que no nos hubiera oído entregada a sus sensaciones, aunque pareció que volvía su bonita cara hacia nosotros. Entonces mi tío se quedó literalmente boquiabierto pues la había creído con los ojos cerrados; sin embargo, yo estaba casi convencida de que Elaine no había visto más que un amasijo de cuerpos sin rostro.

Con el movimiento de mis dedos su miembro se volvió a poner en erección, duro como una piedra. Elaine separó las piernas para apoyar mejor los pies en el suelo. La polla del hombre entraba y salía entre los labios de su vulva, cuyos poblados contornos parecían de lo más incitadores.

—Por favor, tío —le susurré—, si miras así a Elaine la vas a confundir.

Mis palabras le devolvieron a la realidad.

—¡Sssh, Rosa! Nosotros podemos hacer lo que queramos; no nos estropees la

diversión —dijo divertida Davina, que obviamente conocía el parentesco de mi prima.

Lo único que en realidad le importaba era el contacto de los cuerpos, las lenguas entrelazadas y las pollas que entraban en todos los orificios que ofrecíamos con toda libertad a los anhelantes hombres.

—¡No..., no mires! —le imploré por temor a que Elaine pudiera pensar que había traicionado su promesa.

Me moví entre sus piernas para que la punta de su herramienta presionara contra mi sexo y me sorprendí buscando saciar mi creciente excitación.

Confieso que entonces no conocía tan bien la naturaleza humana como ahora y me asusté un poco cuando de improviso me llevaron a una sala de recepción más pequeña donde, sin mediar palabra, me poseyeron de nuevo en el suelo con tanta pasión como antes.

—¡Libertina, pequeña libertina! —gruñía con cada una de sus convulsiones.

Pasaré por alto el desenfreno del resto de aquella noche que, en muchos aspectos, no fue más que un preámbulo de lo que seguiría. Tras expulsar nuestros fluidos de placer fuimos poseídas por otros. Mi tío dedicó sus atenciones a Davina mientras que yo, cabalgada sucesivamente por otros dos caballeros, no pude sino entregarme a las más antiguas pasiones hasta que mi sexo se inundó literalmente de semen.

A medianoche todos nos sentíamos verdaderamente exhaustos. Un raro sosiego nos embargó mientras las damas se apresuraban a recoger sus prendas y vestirse aun antes que los caballeros. Hubo algunas sonrisas de complicidad, algunos besos de despedida y todo acabó. Yo no regresé al salón principal hasta que lo juzgue oportuno; allí encontré a Elaine en un rincón, completamente vestida.

—*¡Ahora no podré mirar a papá a la cara!* —se lamentó, mas sin perderla compostura.

—Qué tontería, no ha visto nada porque estábamos en la otra sala —respondí.

Era evidente que dudaba porque no cesaba de preguntarme si eso era cierto, así que con mucho tacto le insistí en ello. Al fin, azorada y un poco asustada se decidió a acompañarme a la entrada donde mi tío estaba ya despidiéndose de nuestra anfitriona. Por nuestro aspecto impecable y sin tacha, diríase que salíamos de una reunión convencional.

—¿Volveréis en otra ocasión? Seguro que sí, porque supongo que estaréis de acuerdo conmigo en que ésta ha sido muy placentera —nos dijo a los tres.

Al ver que ni Elaine ni su padre respondían, yo hice un gesto de asentimiento con la cabeza. A pesar de mi relativa juventud y del torbellino de sensaciones que acababa de experimentar, me satisfizo comprobar mi perfecto autocontrol y los exquisitos modales de la dama.

—Sin duda —contesté y saludé con la mano.

Por la expresión de su mirada intuí que su interés por mí era cada vez mayor. Hubo algunos murmullos más de cortesía y a continuación subimos al carruaje. Mi tío tuvo que despertar al cochero, pobre hombre. Nos acomodamos en el interior. En cierto modo, todo había sido más breve de lo que en un principio pensé. De no ser por la presencia de Elaine, podríamos haber disfrutado de aquel atardecer.

Sentada en una esquina, mi prima observó la oscuridad. Mi tío se arrellanó en el asiento contrario y bostezó varias veces, pero no dijo nada. La oscuridad que cubría los campos era tan penetrante que casi no nos distinguíamos. El silencio me embargó. Elaine había conseguido su propósito, como yo, pero resultaba evidente que temía sus consecuencias. Mientras me ponía los guantes la vi acurrucarse en su rincón.

Las cosas no podían quedar así.

HACE tiempo que aprendí que lo que parece increíble, estrafalario o extraño a los ojos del mundo nos parece del todo natural a quienes estamos involucrados en tales acontecimientos. A menudo, he oído decir a hombres y mujeres en un tono de aparente sorpresa: «yo nunca haría eso» sólo para descubrir que en realidad están prestos a hacerlo en cuanto tienen ocasión y los eventos sociales lo permiten.

En efecto, podría definirse como curiosa la situación en que nos encontrábamos mi tío, Elaine y yo misma a nuestro regreso a casa, pues mi prima no dejaba de preguntarme qué era lo que su padre había visto, ante lo cual tuve que tranquilizarla. Con esto no quiero decir que fuese blanda con ella, pues ella misma era quien había propiciado la ocasión y quien me había aleccionado sobre estos asuntos con su particular filosofía. Ya puede imaginar el lector que tales encuentros con su padre en los días que siguieron fueron en parte embarazosos y en parte expectantes, pues todos parecíamos querer hablar pero no nos atrevíamos.

El destino quiso que, en la tarde del segundo día, fuese sorprendida por la llegada de la misma dama que había ayudado a mi tío a follarme. Su verdadero nombre era Perla y la naturaleza de su visita me dijo mucho acerca de cómo se resolvieron las cosas, pues mi tío y Elaine la conocían bastante.

Naturalmente, la saludé con suma modestia y mientras mi tía se ocupaba en otras cosas, puesto que al parecer Perla era una amiga que no precisaba de formalidades, las tres nos dirigimos al dormitorio de Elaine. Ésta se sorprendió al apercibirse de la presencia de Perla en la orgía, pues había estado demasiado ocupada en el goce apasionado de los sucesivos asaltos amorosos de que fue objeto.

El hecho de que Perla o Lady Mathers, como la llamaban, fuese consciente de ello, en realidad no importaba pues ella trataba sagazmente de abordar el tema del sexo alabando primero mi «comportamiento» de la noche anterior aunque con la suficiente discreción como para no mencionar los nombres de mis compañeros en aquel particular campo de batalla del amor.

—¡Así que estuvo allí! —comentó Elaine con sorpresa.

—¿No me viste? Claro querida, estabas tan ocupada. No sabría decir quien de vosotras fue más ágil y apasionada. Debo felicitaros por haber entrado a formar parte de nuestro círculo ya que todos hablaron muy bien de vosotras y esperan ansiosos volver a veros. Menos mal que tu papá no se arrepintió en el último momento de llevaros.

—Por favor no le diga nada o se descubrirá todo —suplicó Elaine obligándome a reprimir una sonrisa que Perla no pudo disimular.

—No seas ingenua, él pensó que estabas realmente adorable —declaró nuestra compañera, que hablaba de semejante tema como si fuera algo natural.

Nos sentamos en la cama y Elaine se convirtió en el centro de atención debido a

su evidente azoramiento. En cualquier caso, es inútil que repita sus palabras porque fueron tan rápidas como incomprensibles. Perla rogó a Elaine que no jugara a ser hipócrita con nosotras porque no se correspondía con su comportamiento de la noche anterior.

Al ver la confusión de mi prima y sin sentir piedad por el modo en que trataba de encubrir sus verdaderos sentimientos, me lancé sobre ella y le hice cosquillas, como solía hacer mi madre conmigo cuando me sentía triste. Sus intentos por zafarse de mí fueron vanos, ya que estaba convencida de que no tardaría en sentirse peor. Perla nos observó al principio divertida, comentando que parecíamos dos gatitas retozando, aunque en cuanto conseguí arrancar a mi prima una leve risa, Perla nos dijo que el mejor lugar para esta clase de juegos era la cama.

Entonces, Elaine se convirtió, y debo decir que sin ofrecer demasiada resistencia, en nuestra víctima. La obligué a echarse boca arriba sobre la colcha y, atrapada entre ambas, la sujeté por los brazos desoyendo sus protestas al tiempo que Perla le subía las faldas y se disponía a acariciarla entre los muslos.

Por ser tan receptiva como yo a estas caricias, Elaine no tardó en sucumbir, no sin preguntarnos qué demonios pasaba con nosotras. Le desabotoné el corsé y empecé a describir lentos círculos alrededor de sus pezones con los labios y la lengua mientras Perla, le levantaba las piernas, y se dedicaba a lamerle la vulva con fruición.

—¡Mamá puede aparecer en cualquier momento! —protestó Elaine sin dejar de restregar su delicioso chochito contra la lengua de Perla.

—No te preocupes, tu padre la está entreteniéndolo —replicó la dama con voz entrecortada.

Tras estimularle el clítoris el tiempo justo, Perla se puso sobre ella, vientre contra vientre, y se subió las faldas para gozar. Me tumbé junto a ambas y nos unimos en un triple abrazo intercambiando lenguas y labios. La mano de Perla lisonjeó mi trasero desnudo. Nos invadió una ola de inmenso placer. Sus labios pasaban de una boca a la otra. El deleite del momento fue absoluto. Ñus regalamos tantas palabras eróticas como besos.

—¿Por qué no nos desnudamos? —sugerí.

—Pronto, pequeña, todo a su debido tiempo —dijo la dama, introduciendo su larga lengua entre mis labios mientras restregaba la vulva contra la de Elaine, que estaba tan excitada como yo misma.

—En ese caso, dime qué vamos a hacer ahora —le supliqué.

Entonces, Perla rodó hacia un costado de Elaine, de modo que ésta quedó entre ambas, desnuda hasta la cintura con las sedosas piernas a merced de nuestras caricias.

—Ahora que Elaine está más calmada, te diré que tu tío está entreteniéndolo a su querida esposa para permitirme aleccionaros sobre futuros encuentros, pues me temo que sea algo tímido para hacerlo él mismo. Así que, por favor Elaine, deja de lamentarte de que te haya visto o admirado y confío en que no habrá más caídas largas y situaciones embarazosas entre vosotros.

—Así que es cierto, ¡papá me vio! —exclamó ella.

—Te vio y disfrutó con ello, querida; ¿qué tiene eso de malo? No has sido ni la primera ni la última a la que han follado en presencia de algún miembro de su familia. Nuestro círculo acepta esa clase de entretenimientos; es más, nosotros fomentamos el que una joven disfrute de tantas pollas como sea posible. Sólo imponemos una condición a la satisfacción de nuestros placeres: una muchacha no debe ser ensartada hasta haber alcanzado los quince años de edad, que es cuando su coñito ya desea absorber el jugo masculino así como expeler el suyo propio. Si, como sospecho, vosotras habéis empezado algo tarde, entonces tenemos mucho que hacer todavía.

Elaine enmudeció y dejó que Perla y yo la inundáramos con tantos besos y caricias que su coñito se humedeció de nuevo, para satisfacción de todas.

—Con qué facilidad te excitas, querida. Pero dejémonos ya de recriminaciones e hipocresías y concentrémonos sólo en gozar. ¿Qué me decís? —preguntó Perla.

—Elaine, que ha sido mi ardiente profesora, me ha dicho que una nunca debe rehusar una polla, así que por mí de acuerdo —repuse alegremente, sin dejar escapatoria a mi prima.

Elaine se excitó tanto que estaba dispuesta a lo que fuera. Azorada, escondió el rostro y su silencio sólo podía indicar asentimiento.

—Así sea, pues. Ya estáis preparadas para cualquier aventura que se os presente. Sin embargo, no debemos tomarnos a la ligera ningún *affaire*. Los Eastwood y sus amigos retozarán con vosotras libremente, aunque creo que esta vez darán rienda suelta a sus instintos sin prejuicios; así que primero iremos a París, pequeñas mías. Tú, Arabella, tendrás que pedir permiso a tus padres, pero yo te ayudaré. Es importante que piensen que estarás bien protegida, por mí, naturalmente, y que aprovecharás para mejorar tus conocimientos de francés. Les diré que iremos a visitar el Louvre, las Tullerías, y otros sitios de interés cultural.

—¿Qué hay de papá y mamá? —inquirió Elaine, de quien sospechaba que pretendía una fingida ignorancia, aunque estaba segura de que no le pondrían impedimentos.

—Tu querida mamá vive en su propio mundo, cariño, y gracias a Dios es muy feliz en él; es todo corazón y tan olvidadiza que nunca se da cuenta de lo que pasa a su alrededor. Y en cuanto a tu papá, ¿tú qué crees? Ya os he dicho que la idea de aleccionaros partió de él. Está claro, pues, que nos acompañará con la excusa de algún negocio en París.

Elaine volvió a cubrirse la cara con las manos, gesto que nos obligó a reír. Perla se levantó de la cama y se alisó el vestido. Nosotras hicimos otro tanto. Apenas había pasado media hora desde que entráramos en el dormitorio, pero habíamos gozado tanto, que se nos antojó una eternidad. Elaine se arregló con más calma, y Perla me hizo advertirlo mediante un gesto con el codo.

—Haces bien, cariño, en demorarte. Es una buena idea, pues los caballeros

aprecian que les hagamos esperar y así nos poseen con frenesí —le comentó la dama pasando una mano con delicadeza entre las piernas de Elaine.

—Sí, es muy buena en eso —aseveré alegremente.

Pasando una mano por el talle de mi prima, la abracé para demostrarle lo orgullosa que estaba de su deliberada actitud.

—Recuerda lo que me dijiste —le susurré.

—No sé de qué me hablas. Me he puesto muy nerviosa con lo inesperado del viaje —dijo ella, aunque no parecía disgustada en absoluto ante la perspectiva de esta nueva aventura.

—No digas nada, Elaine. Límitate a sacar la lengua, contonear el trasero y anhelar una polla bien dura —rió Perla, que estaba tan deseosa como Elaine de llevar a la práctica sus propias palabras.

—De acuerdo, así lo haré, pero si me convierto en una mujer libertina será porque vosotras me habréis hecho así —replicó sin malicia.

Era evidente que deseaba sacar el mejor partido de la situación, y puedo decir que, a juzgar por la expresión de su mirada mientras se cepillaba el cabello, estaba tan preparada como yo para aceptar lo que nos deparara el futuro y además con redomada picardía.

—¿Quién más se unirá a nosotras? —preguntó como si nuestra aventura sólo fuera a ser un juego más.

—Gente exquisita que vosotras no conocéis, lo cual lo hará todo más interesante, ¿no crees? Arabella —añadió Perla—, ¿te parece bien quedarte aquí esperando mientras yo voy a hablar con tus padres?

Asentí con impaciencia, aunque le pregunté cómo se las iba a arreglar si ellos no la conocían.

—Conozco un poco a tu padre —explicó, para mi sorpresa.

—Tuve ocasión de verle varias veces durante la venta de algunas tierras y otros negocios que no vienen al caso. Me parece que él podría persuadir sin problemas a tu mamá, así que seguro que no habrá inconvenientes. Me arriesgaré y les visitaré. Entretanto, os dejo angelitos míos para que paséis el tiempo juntas. Yo volveré mañana.

Entonces, vino a interrumpirnos la doncella; Elaine salió a hablar con ella.

—El señor pregunta si van a bajar, señorita.

—Enseguida vamos —respondió Perla, ante lo cual la doncella se marchó y acabamos de alisar los vestidos.

—Ya lo veis, está ansioso por saber algo, así que no le hagamos esperar más —nos dijo, provocando en mí una cosquilleante excitación.

Una vez abajo, nos encontramos a mi tío aguardándonos en el salón mientras Perla se preparaba para partir, regalándonos un furtivo beso en la mejilla, como lo hubiera hecho una querida tía. Él se apresuró a seguirla, pero al ver que la acompañaba un criado, no se atrevió a preguntarle nada y regresó al salón. No cabía

duda de que deseaba saber qué nos había dicho y, en realidad, si nos había dicho algo. Con el semblante más inexpresivo que pude, le dije que Elaine y yo aguardábamos con impaciencia nuestro inminente viaje.

Una mueca de desconcierto surgió en su rostro. Sus ojos buscaron los de Elaine, que parecía ocupada en alisar un pliegue del vestido. Con la complicidad que juzgué oportuna, corrí a cerrar la puerta y regresé enseguida.

La sala daba al invernadero pero no había rastro ni de mi tía ni de nadie más. Ésta estaba enzarzada en una conversación con el jardinero por sugerencia de mi tío. Conociendo su interés por la horticultura, deseé que no nos importunara durante un buen rato.

—Si papá está de acuerdo iré, y estoy convencida de ello porque Perla sabe ser persuasiva —comenté.

Mi prima estaba pensativa, así que me acerqué a su padre, de modo que quedara entre las dos.

—¡Cómo nos halagó! ¿Verdad, Elaine? Tío, ¿por qué dijo que éramos unos angelitos y que deberíamos estar preparadas para un montón de travesuras?

La pregunta sobresaltó visiblemente a Elaine, que hizo un ademán de marcharse, pero en ese momento mi tío nos abrazó por la cintura.

—En efecto, Arabella. Eso puede ocurrir pero, ¿qué es la vida si no podemos vivirla con un poco de despreocupación? ¿Tú qué dices, Elaine? ¿Crees que podremos entretenernos y divertirnos en París?

Mi prima me miró de soslayo, como si no quisiera entenderle, y se mordió los labios.

—No lo sé, papá —respondió.

Él nos estrechó con más fuerza entre sus brazos. Se había envalentonado visiblemente. Sus ojos se encontraron con los míos y asentí sonriendo. Al cabo, su mano derecha buscó mi trasero para acariciarlo mientras la izquierda se posaba bajo la cálida grupa de Elaine.

—Es cierto que sois unos angelitos y además las dos tenéis unos cuerpos perfectos —añadió, palpándonos las nalgas, altas y llenas.

Eso obligó a mi prima a sonrojarse y tuvo que apretar los labios para reprimir una exclamación.

La había aferrado de tal modo que ésta no pudo rechazarlo de momento. Yo gemí y apoyé la cabeza en su hombro. Sus movimientos eran tan imperceptibles que diríase que sus manos no eran sino una prolongación de nuestras grupas. Me levantó un poco las faldas, con delicadeza, y se pegó a mí. Lo mismo hizo con Elaine, quien emitió un leve chillido que por suerte ahogó de inmediato.

—Y ahora, besémonos —murmuró.

Dejé que lo hiciera primero conmigo. Sin pensarlo, le abracé el ruello y fundimos nuestros labios al tiempo que me acariciaba el trasero con una mano y el de Elaine con la otra.

Luego, entre jadeos, apreté el vientre contra el suyo y me apercibí del creciente endurecimiento de aquel enorme miembro que me había inundado de semen en tres ocasiones ya. Saqué un poco la lengua para buscar la suya, acerqué mis labios a su mejilla su susurré:

—Nos vamos a divertir. Elaine, bésale tú ahora.

Elaine se habría echado atrás, estuve segura de ello, de no haber sido porque su padre se volvió hacia ella y la atrapó enseguida. Confundida, bajó la cabeza y miró, sin ver, a través de las puertas acristaladas del invernadero. Él se separó de mí para recorrer febrilmente el trasero de su hija, sobre el que pasó las dos manos.

—Vamos, cariño, no seas tímida y ofréceme tu boca —murmuró con voz ronca.

Al parecer, ese momento fue de intensa pasión para él. Elaine sintió la considerable presión de su polla contra su vientre. Temblaba visiblemente. Agachó la cabeza y la volvió hacia su hombro. Entonces, con sumo tacto, su padre empezó a describir círculos alrededor y entre sus nalgas, obligándola a apoyar las manos contra su pecho.

—¿Te comportarás de una forma tan cohibida en París? —le preguntó al tiempo que la cogía por la barbilla y la obligaba a mirarle directamente a los ojos.

—No lo sé, papá.

Elaine temblaba. Sin dar a su hija un respiro, acercó su boca a la de él. Ella habría huido de no ser porque la cogió por la nuca y el trasero. Contuve la respiración al verla inmovilizada, moviendo los labios con disgusto.

Él la tomó de nuevo y empleando toda la sutileza de un verdadero violinista, acarició sus nalgas llenas y la besó con pasión hasta que las rodillas le flaquearon. Al cabo de un rato, se separó de ella con una amplia sonrisa de satisfacción después de haberse dado cuenta de que había triunfado finalmente. Su estado de excitación se hizo palpable, así que dirigí mis juguetones dedos hacia ese punto.

—Querido tío, no tengas tanta prisa por poseernos —le dije con una sonrisa y luego cogí a Elaine por el talle, y la saqué del salón.

—¿Qué has hecho? —inquirió—. ¡Realmente, papá es un hombre demasiado obsceno!

—Anda, no seas tonta. Si sólo te ha besado y acariciado un poco. Vamos, déjate ya de remilgos porque muy pronto tendremos ocasión de disfrutar de verdad. Venga, busquemos en nuestros guardarropas algo bien elegante que ponernos porque seguro que las damas parisinas nos juzgarán en todos los aspectos, y supongo que estarás de acuerdo conmigo en que no podemos defraudarlas.

Entre bromas cariñosas y amables, conseguí que olvidara sus preocupaciones. Al ver que me tomaba el asunto a la ligera, Elaine pensó en hacer otro tanto y entonces nos acordamos divertidas de aquel comentario suyo acerca del miembro de su padre y nos echamos a reír.

—Pero yo no lo sabía —me dijo al cabo de un rato, todavía entre risas—. Sólo estaba fanfarroneando. Te lo puedo asegurar, Arabella.

—Bueno, pero no podemos negar que era cierto, lo supieras o no —declaré.

Elaine no pudo evitar el preguntarme si yo lo había hecho con él. Naturalmente, sabía que habíamos estado a punto pero con esa observación sólo pretendía insinuar que yo era más libertina ahora que ella misma. Sin embargo, no lo dijo en un tono desagradable, sino más bien para alentarme a intercambiar los papeles de mentora y alumna que en su día habíamos establecido entre las dos.

—Ya verás como todo nos va a ir muy bien en París. Allí nos sentiremos completamente libres de miradas y oídos indiscretos. Hasta es probable que no tengamos que ocultar nada y podamos actuar con toda libertad. ¿No te parece que Perla es una dama encantadora? Estoy convencida de que quiere lo mejor para nosotras —dije con ironía.

—Bueno, sí, pero hasta ahora nunca lo había sospechado de ella. ¿Tú crees que podrá seducir a tu papá y sugerirle que nos acompañe?

—¡No, eso no sería lo más apropiado! —contesté sin pensármelo dos veces.

De momento, todo parecía muy natural pero me costaba imaginar cuál sería mi reacción ante el hipotético viaje con papá. «¿Sería la misma que la de Elaine con el suyo?», me pregunté. Mi padre, que me parecía cortado por el mismo patrón que mi tío, era un intelectual de modales distinguidos, de carácter serio y dotado de un fino sentido de las convenciones, pero sin llegar a permitir que éstas le obsesionaran.

Por otro lado, mi madre era mucho más frívola y tal vez por eso se complementaban de un modo tan perfecto. Durante mi adolescencia, ella fue quien me dio mayores libertades y solía decir que una señorita debía encontrar su propio camino en la vida, a lo que mi padre sólo opuso ligeras objeciones en un par de ocasiones en que surgió el tema. Como yo era la niña de sus ojos, él no quería que nadie ni nada me hiriera.

Yo anhelaba con toda mi alma saber si el placer que una mujer experimentaba en la cama, en compañía de su marido, podía encontrarlo también al margen del matrimonio.

Reflexionaba sobre esa clase de mujeres que ven los deleites de la copulación más como un pecado que como una bendición, que solían sentirse más tristes que desdichadas. Yo, por mi parte, estaba completamente decidida a descubrir hacia dónde conducía todo eso. Otras mujeres, frías por naturaleza, siempre se cuestionaban acerca de lo que estaba bien o estaba mal y a eso lo llamaban moral. Gracias a Dios, nunca he tenido que supeditarme a ella, porque hacerlo así sería como si plantara unas hermosas semillas en tierra yerma y dejara que el sol las fuera secando hasta que se debilitaran y muriesen.

Empezaba a estar segura de que una muchacha follada con frecuencia y, por tanto, alegre y con una perfecta complexión, podría dar a algunos una impresión equivocada, pues eso no significa que ofrezca sus favores con frivolidad ni que sea provocativa. Al contrario. Yo siempre me he comportado con la misma discreción de la que nos habló Perla y he rechazado a esos varones demasiado ardientes y ansiosos.

Al hacerlo, he procurado rodearme de una cierta aura de exclusividad que afortunadamente soy capaz de manejar a voluntad.

Quienes se escandalizan por mi comportamiento con respecto a Elaine y a mi tío deberían pararse a considerar por un momento la absoluta intimidad que había reinado hasta entonces en nuestros encuentros amorosos. En realidad, nuestra aventurada intrusión en la recepción de los Eastwood había supuesto un cierto punto de indiscreción para todos nosotros, pero siempre se corría ese riesgo con los nuevos iniciados que asistían a esa clase de fiestas.

Gracias a estas reflexiones mi filosofía maduró, si bien debo admitir que es muy sencilla, sin ninguna complicación. Afortunadas fuimos Elaine y yo por haber sido sacadas del mismo molde. Nuestros chochitos, tras haber probado una polla, pidieron más. Todavía quedaban muchos placeres exquisitos por descubrir.

TODOS en París nos esperaban cuando llegamos diez días después; ya había pasado Semana Santa y la estación estaba avanzada. Era esencial dejarse ver en el Bois de Boulogne hacia el mediodía si una aspiraba a formar parte de los Diez Mil Más Distinguidos de Francia. Antes de acudir, sin embargo, Perla insistió en que debíamos ir *á la mode*, pues ninguno de los vestidos ni sombreros que habíamos traído eran adecuados ya que la moda parisina cambia tan rápido que una debe estar continuamente al día.

Como consecuencia, el bolsillo de mi tío se resintió de ello aunque el resultado final fue de su gusto y agradeció que no hubiéramos acudido a Monsieur Worth sino a un salón más pequeño donde los escotes eran considerados como lo mínimo que se exigía de elegancia, lo cual aborrecía Monsieur Worth, que lo había juzgado con una inflexibilidad que seguro procedía de sus orígenes ingleses pues, como solía decir, él vestía sólo a *señoritas*, a lo que Elaine respondió que no éramos tales y que lo único que pretendíamos era pasárnoslo bien. Ambas cosas eran ciertas, por supuesto, pero admiré su determinación de no importarle en absoluto sus modales, siempre que no fuera en público.

Por mi parte, me sentía como un pajarillo fuera de su jaula. Todos a nuestro alrededor eran unos perfectos desconocidos y en este sentido, me dio la impresión de estar asistiendo a una perpetua fiesta de disfraces. Perla hacía hecho un buen trabajo con mis padres, ya que no pusieron obstáculos a mi viaje; sólo papá me advirtió que tuviera cuidado con lo que hacía.

En cuanto a nuestros aposentos, no podían haber sido mejores. Elaine y yo disponíamos de una suite propia en un hotel cercano a los Campos Elíseos, mientras que mi tío y Perla habían tomado, por guardar las apariencias, habitaciones separadas. Nuestra «carabina» oficial ya había tomado las oportunas medidas para que no estuviéramos demasiado tiempo a solas y esa misma mañana nos llevó a la modista.

—Tenéis que estar perfectas, queridas mías; muy engalanadas y al mismo tiempo muy sencillas. Con esto quiero decir que vuestra lencería debe ser la más exquisita y seductora —declaró.

Puesto que éramos de su misma opinión, nos pusimos en sus manos.

—La ropa interior ideal —nos explicó— consiste en un ceñido corsé que constriña esa parte de vuestro cuerpo de manera que realce al máximo vuestras nalgas, caderas y pechos. Éstos últimos quedarán al descubierto, más sujetos por el borde del corsé. La parte inferior del mismo será recortada en un pequeño círculo, de modo que el vello púbico quede igualmente expuesto.

Una vez estuvimos vestidas de esa manera, con unas medias y unos zapatos por complemento, nos condujeron a una habitación contigua al salón para que pudiéramos admirarnos frente a unos enormes espejos.

—Entonces, ¿no vamos a llevar faldas? —preguntó Elaine a Perla, que junto a la propietaria del establecimiento habían escogido diferentes colores, que iban del rosa al púrpura, pasando por el azul y, finalmente, el negro.

—¿Por qué no? Piensa, Elaine, que el resultado será más sorprendente si las llevas.

En efecto, así debía ser, porque al levantar las largas faldas quedaba al descubierto la bonita zona inferior del corsé, confiriéndole una apariencia más original que atractiva. Nos probamos todos los colores hasta que Elaine y yo nos decidimos por los corseletes negros que combinados con las medias de seda tenían un efecto que nunca habría imaginado. Eso mismo pensaba Perla, a juzgar por su comportamiento; no le importó lo más mínimo ponerse entre ambas frente a los espejos y palpar nuestros llenos y desnudos traseros al tiempo que ensalzaba nuestros encantos.

Al principio, el ajustado corsé casi me dejó sin aliento pero luego me satisfizo.

—Tenéis que dejároslos puestos para que os acostumbréis a ellos, ya que las muchachas más distinguidas de París los llevan —comentó Perla, volviéndose hacia la propietaria que vestía con suma elegancia.

—¿No es verdad, Madame? —le preguntó.

La señora asintió y nos invitó a sentarnos mientras traía unas bebidas. Al ser todo mujeres, no creímos inoportuno tomar el vino que nos ofreció y nos acomodamos en unas sillas forradas de terciopelo que caldearon nuestras desnudas nalgas.

Tras saborear aquel excelente vino en el paladar, Elaine y yo bebimos tanto que se me subió demasiado pronto y me sentí soñolienta. Las lámparas de araña de la habitación parecían danzar en derredor mío y tuve la sensación de que su luz era más intensa de lo normal. Me sentí flotar y en mi semiconsciencia vi a Elaine amodorrada en su silla. A mi lado, Perla y la propietaria susurraban algo.

—*Comme elles sont jolies! Il va les sodomise maintenant?*

—*Oui. Leurs cons ont avait deja eté lubriques. Il faut qu'elles etudient leurs leçons Grecques, Madame. Il veut bien bourrer son pinec entre leurs fesses* — respondió Perla.

A pesar del embotamiento de mi cabeza, intuí el significado de sus palabras. Mis conocimientos del francés eran escasos pero bastaron para comprender que iban a «asaltar» nuestros traseros pues, como Perla había comentado divertida, nuestras vulvas ya estaban lubricadas. Intuí quién sería «él» y apreté las nalgas ante la idea de recibir por detrás el considerable mango de mi tío. Mi cabeza flotaba. Intenté despertar a Elaine, pero sólo lo conseguí a medias. Ella estaba sentada junto a mí con los ojos cerrados y la boca abierta. Incluso en esa postura se veía hermosa. Éramos presa fácil, con nuestros senos sobresaliendo del borde de los livianos corsés, el vello púbico expuesto, y las piernas todavía más atractivas con las medias de seda negras sujetas a éstos mediante unas mínimas ligas.

—*Alors, il faut preparer la route* —declaró la propietaria.

Yo había reparado en dos barras situadas a cada lado de la pared cuando entré en esa habitación. No les presté apenas atención porque creí que se utilizaban como adorno o simplemente para dejar los vestidos mientras te probabas uno. Sin embargo, de pronto intuí que con seguridad era a nosotras a quien iban a poner contra las barras con la intención, como la señora había dicho, de «preparar» nuestras *routes*. Cuando me quise dar cuenta, ya había entrado en la salita un joven no mucho mayor que yo. Resultaba evidente que había estado esperando una señal. El muchacho estaba desnudo. Era difícil no fijarse en su desafiante miembro, largo y acabado en punta como el campanario de una iglesia. Lo tenía tan pequeño que su grosor disminuía desde el nacimiento del pene que, por otro lado, era lo suficientemente robusto y firme para su propósito.

Elaine, menos consciente que yo, fue levantada por la dama mientras que Perla hacía otro tanto conmigo y nos abandonaba a nuestro destino.

—Pero, ¿qué...? —empecé a decir medio atontada.

—Vamos, querida, estás a punto de ser iniciada en algo que te será muy útil; Phillippe os enseñará. Él ha abierto al placer los traseros de muchas señoritas y ahora os toca a vosotras.

—¡Oh! —grité, o al menos eso creo, porque la voz de Elaine sonó por encima de la mía; sin embargo, nuestras protestas se hicieron sentir demasiado tarde.

Perla nos obligó a inclinarnos sobre la barra. Éstas, construidas a este efecto, tenían unas gruesas almohadillas de terciopelo para no oprimir los vientres; nuestros traseros quedaron expuestos como un ofrecimiento.

—¡No! ¿Qué sucede? —interrogó Elaine desconcertada al ver que la «Madame» la sujetaba por los hombros mientras Perla hacía otro tanto conmigo.

Mi prima y yo nos hallábamos tan cerca que nuestras caderas se rozaban y nos proporcionaban un cierto confort momentáneo. Pensando, quizás, que sería más excitante, el joven tomó primero a Elaine. Phillippe avanzó hacia ella con aire solemne y la asió por el talle para evitar que se moviera demasiado. Al cabo, la «Madame» lubricó con aceite aquel miembro en forma de espiral con una mano e introdujo el sobrante en el secreto orificio de Elaine. Al hacerlo, mi prima gimíó de placer y acercó aún más su cadera a la mía; incliné la cabeza hacia un lado para poder ver lo que hacían.

—Sostenla con fuerza —le pidió Phillippe a la Madame, dejándome atónita.

—Por supuesto, *cheri*, ¿no lo hago siempre? Métesela con suavidad para que disfrute de ella. ¡Ah, qué buen chico eres por hacerlo con tanta delicadeza!

Tras esta ridícula frase, oí un grito de Elaine al primer contacto de aquel joven miembro viril en su ano. Era evidente que Phillippe conocía muy bien este arte, a juzgar por su lustroso sexo que, debido también a su delgadez no tuvo problemas para acomodarse en tan pequeño orificio. Elaine, sin embargo, no dejaba de gritar y habría escapado de no ser porque la Madame la agarró con más fuerza.

—¿Está duro, Phillippe?

—Mucho. De todos modos no es demasiado difícil; ya le he metido casi la mitad.

En efecto, así parecía a juzgar por las salvajes contorsiones de Elaine. Su respiración era agitada y entonces traté de incorporarme, pero Perla me tenía firmemente asida. Entonces me resultó imposible levantar la cabeza para ver algo; sólo pude oír los débiles jadeos de Phillippe y los lamentos de Elaine al ser «perforada». Mi prima dio un pequeño respingo en el momento en que la polla entró del todo, de modo que el joven la tuvo que aferrar con fuerza.

—No aflojes, querido, ahora que le has abierto las nalgas y se la has clavado toda. Pronto recibirá ese magnífico alimento. Muévete un poco —sugirió la Madame.

—Sí, Madame.

Phillippe gozaba con los gemidos cada vez mayores de Elaine cuyas caderas rozaban las mías con cada vaivén. No podía imaginar qué sentía ella, pero pronto lo sabría. Con destreza, Phillippe le dio una docena de estocadas y al cabo, conteniéndose, la retiró. Su miembro debía estar literalmente humeante, aunque sospecho que tales ideas se me ocurrieron más tarde, con la experiencia, y no entonces.

—Relájate, Arabella —murmuró Perla.

Un dedo me rozó el ano e intuí que era de Phillippe. Con destreza, untó con la yema del mismo una fina película de aceite alrededor y dentro del rosado orificio, obligándome a menearme como una potra, como me solían llamar cuando jugaba. Me resistí en vano; Phillippe estaba hambriento por asaltarme o quizás pensó que mi trasero era incluso más atractivo que el de Elaine. Sentí su polla y me abandoné pensando que tal vez al resistirme sólo conseguiría prolongar el esfuerzo. ¡Ah, qué sensación! Sentí como si un largo y cálido tapón de corcho se introdujera dentro de mí. El aire salía a bocanadas de mis pulmones. Quise gritar de dolor pero no pude. Perla presionó con una mano mi espalda y la otra me acarició el cabello.

—Buena chica. Presiona tu trasero contra sus ingles —me susurró.

Aunque me repugnó hacerlo, obedecí. Al principio, cuando introdujo suavemente su miembro sentí un extraño cosquilleo que desapareció con cada persuasivo empuje. Grité. Sintiendo el contoneo de mis nalgas contra sí, Phillippe se envalentonó. De repente, me clavó los once centímetros de su verga. La sensación fue momentánea. Perla disminuyó la presión de su mano y levanté la cabeza para bajarla de nuevo. Un escalofrío recorrió mi espalda. Mis nalgas chocaron contra su vientre; ya estaba entaponada. Ahora me había tocado a mí experimentar lo que había visto a escondidas en casa de mi tío. Me turbé y traté en vano de expulsar su sexo. La presión del ano sólo sirvió para aumentar su placer.

—Ah, Madame, *je t'en prie!* —exclamó él.

—Sí, Madame, déjele, ya que ha gozado con una que inyecte a la otra —exclamó Perla quien, como luego diría, no podía contenerse ante la visión de verme sometida.

—Déjeme tocarle los testículos; sé que le gusta, ¿verdad, Phillippe? —suplicó la dama.

Elaine, que hasta entonces se había mantenido sorprendentemente fría, se dejó caer sobre unos cojines sin hacerse daño y, sin duda, tuvo un buen ángulo, pues miró hacia arriba al estar entre las piernas de Phillippe.

La escena ocurrió justo cuando recuperé del todo la consciencia. La dama se levantó las faldas y sostuvo los testículos del joven ahuecando la mano; masajé a su hijo con suavidad al tiempo que le ofrecía su grupa, sin duda con la que el muchacho había aprendido su arte. Perla, como mera espectadora, se limitó a pasar junto a mí y a capturar los labios de la señora. Yo, entre ellas, sólo sentía las leves maniobras de la polla de Phillippe que, insertándola acompasadamente de atrás adelante y ayudada por su madre me hizo sentir el conducto más dilatado.

Por debajo de mí todo eran jadeos y sonoros besos mientras mi grupa se movía con violencia de atrás adelante. Una mano se introdujo en mi coñito. Era la de la Madame. Empezó a estimularme el clítoris con el índice y me hizo gemir de placer. El suyo fue asaltado por la mano de Perla, al tiempo que su propio orificio trasero era a la vez poseído por el dedo de Phillippe. Más tarde, Elaine me describiría con todo lujo de detalles la escena. Yo seguía estando enculada. El cosquilleo inicial se convirtió en puro deleite. El suave masaje de mi clítoris me llevó al clímax. Las piernas me fallaron mientras Phillippe presionaba con ardor galopante mi trasero. Me corrí en un momento eterno hasta con los jadeos del joven que me había enculado y los libidinosos besos que oía debajo. Se corrió sobre mi espalda y su semen empezó a resbalar deliciosamente por mis nalgas y muslos.

En mi iniciación todo fue tan fácil y placentero que me pareció estar bailando una gavota. Elaine parecía tener miedo, pero no tardó mucho en unirse a nosotras. Estoy segura de que le sorprendió no verme llorando ni retorciéndome tortuosamente. En ese momento, Phillippe desapareció, con la polla goteando aún.

—Vamos, ya hemos disfrutado bastante. Debemos regresar ya —anunció Perla divertida, como si en realidad hubiéramos asistido a un torneo de tiro con arco femenino o algo así.

En efecto, yo había sido el blanco de una flecha, así que el símil no era tan descabellado. Me ardía el trasero por dentro, pero era una sensación agradable. Elaine se recreó en ello mientras volvíamos a casa en un carruaje, asegurándonos que no podría sentarse en una semana y eso que en ese momento lo estaba.

—Ha sido un buen prelude a nuevos placeres. No tardaréis en disfrutar de deleites más prolongados. Todo el mundo conoce el método griego o turco, aunque algunos lo denominan vulgarmente sodomía. Los traseros son tan elásticos como los chochitos y las lenguas y pollas introducidas de esa manera proporcionan infinitos placeres —nos explicó la dama.

—¿Las lenguas pueden hacernos gozar en ese sitio? —inquirí.

—Naturalmente, siempre que se haga de forma adecuada y la lengua sea diestra. De hecho, en París lo llaman *feuille de rose* y es un exquisito acto de amor que después experimentaremos. Consiste en que una señora se lo lama a otra justo antes

de que la penetren, con el fin de humedecérselo —aclaró Perla.

—Phillippe se corrió dentro de ella, estoy segura —comentó Elaine, que no sabía si reírse o no mientras continuaba moviéndose en su asiento más que yo misma.

Como nos dijo Perla, eso era de esperar, aunque no sucedía con frecuencia. Nuestros traseros se acostumbrarían a recibir en su interior el semen masculino y añadió que ese método también tenía sus ventajas, pues no se corría peligro de quedar encinta y por eso se podía absorber todo el esperma que una quisiera.

—Entonces, ¿gozaste con eso? —preguntó Elaine frotándose la nariz como si no estuviera segura de si le gustaría o no a ella.

—Sí, eyaculó y me inundó toda. Lo sentí incluso más que en mi coñito —repuse, al percatarme de que era cierto.

—Así pues, ya habéis aprendido algo más —rió Perla, convencida de que estábamos más avanzadas de lo que quisimos creer.

—Espero que papá no lo sepa, y me imagino que no se lo dirás suplicó Elaine.

Perla se echó a reír de buena gana, pues sabía tan bien como yo que mi prima no estaba sino dejándose llevar otra vez por la hipocresía.

—Querida Elaine, para eso estamos ahora en París y aquí no se considera pecado gozar. Los chochitos y los traseros deben dejar entrar a las pollas —repuso Perla, repitiendo las mismas normas que Elaine me dijera la primera noche.

Miré a mi prima y ésta se sonrojó. Nuestra conversación con Perla fluía con naturalidad, así que comentamos lo que había ocurrido y lo que aún nos quedaba por conocer. Había sido una aventura señalada, elegante y casi estrafalaria, dos elementos que conjugamos adecuadamente para hacer el asunto más picante. Elaine y yo pusimos cara de preocupadas, como solía hacer ella para disimular sus deseos, y nos imaginamos a Perla siendo ensartada por una polla. Estas fantasías añadían gracia al sabor de nuestras aventuras.

Ya en el hotel, nos complació encontrarnos con dos caballeros muy elegantes que se unieron a nosotras. El primero de ellos, unos años más joven que mi tío, se nos presentó como el conde d'Orcy. El otro, un joven guapísimo, se dio a conocer como su sobrino Roald, aunque nunca estuve segura de ello y, en realidad, tampoco importaba. Nos invitaron a cenar tras admirar nuestros flamantes vestidos nuevos. Debido a los extremados escotes, ambos caballeros se recrearon ante la visión de nuestros turgentes pechos realzados por los corsés, lo cual les satisfizo en gran medida, aunque a mí me hicieron sentir violenta.

Lejos de invitarnos a una orgía, como pudiera pensarse, disfrutamos de una deliciosa conversación que me iba a servir como parte del arte de las buenas maneras, como preámbulo de los combates amorosos. Escuché y aprendí muchas cosas, ya que sus intervenciones fueron en inglés como deferencia a Elaine y a mí. Allá donde fuéramos, el Bois de Boulogne o las carreras de Longchamps, habría varias jóvenes vulgares, de modo que tendríamos que aprender a diferenciarlas de las señoritas mediante una cuidadosa observación de sus vestidos.

En cualquier caso, el conde nos advirtió que también habría un reducido número de *mondaines*, las prostitutas más ricas y atractivas de París, que gastaban pequeñas fortunas en vestidos y joyas, así que sólo las podríamos distinguir por sus nombres o su reputación.

—Y a nosotras, ¿por qué nos tomarán? —pregunté preocupada, pues creí que a esas alturas ya habíamos intimado lo suficiente con ellos.

—Por lo que vosotras queráis —repuso el conde—. Yo diría que a juzgar por vuestro exquisito atuendo no os podrán tomar sino por lo que sois, verdaderas señoritas. Sin embargo, os aconsejo que cuando vayáis al tocador os comportéis como muchachas corrientes.

—Os estamos muy reconocidas, ¿verdad, Elaine? —sonreí aunque mi prima, aún incomodada por la presencia de su padre, sólo insinuó una sonrisa.

Dos horas y mucho champán después de esta agradable tertulia, nuestros invitados se despidieron, no sin antes prometernos que nos recogerían a las ocho para salir a cenar. La calma que reino luego no duró mucho. Estaba realmente harta de moverme, y supuse que Elaine también, pues ya nos habíamos sentado en la suite de mi tío. Pero Perla vino a romper nuestro dulce y soñoliento descanso porque al ver las puertas del dormitorio de mi tío abiertas nos obligó a levantarnos.

—*Vamos, queridas, ya es hora de que enseñéis vuestros corsés* —nos ordenó.

APARTE de Perla, sólo teníamos un espectador y éste, mi tío, e incorporó de la cama para ver nuestros corpiños.

—Me gustaría tomar un baño —dijo Elaine, con nerviosismo.

Sólo eran las cinco y media de la tarde. La cálida luz del sol entraba por los grandes e impresionantes ventanales franceses. Para una sociedad que suele tomar el té a las cuatro y cena mucho más tarde, ésta es una hora ideal ya sea en verano o en invierno, con la tenue luz de una lámpara de queroseno en un dormitorio en semipenumbra. Yo he jugueteado con cierta frecuencia con una polla, y a veces con los labios de una mujer, a esa hora como preludio de otros goces más tarde. Yo soy así, como otros son de otra manera.

Después de recibir la verga de Phillippe en mi trasero, estaba ansiosa por correr más aventuras y no me cabía la menor duda de que esa misma noche disfrutaría de ellas. Tal vez mi mirada así se lo expresara a Perla, porque me sonrió y me dio un suave codazo. Elaine todavía estaba arrellanada en su silla, sin saber si debía levantarse o no.

—No llevamos bragas, ¿no será indecente? —inquirí.

La frase surgió de mis labios sin pensarla. El diablo estaba dentro de mí.

Perla, quizás para darme gusto, respondió afectuosa:

—En los mejores dormitorios de París, las señoritas no llevan puestas las bragas. Siempre están prestas a lo que pueda devenir, Arabella. Al no llevarlas, estáis propiciando un placer incluso más picante. ¿Queréis que os hable con toda franqueza? Aquí no hay más caballero que tu tío, por cuya bondad hemos venido a París.

—¡Oh! No debemos hablar así delante de papá. ¡Me avergonzáis! —espetó mi prima.

Perla le tapó la boca; no estaba dispuesta a ceder.

—Cariño, tienes mucho que aprender —replicó con frialdad.

Mi tío y yo la miramos sorprendidos.

—Creéis que sois unas perfectas aventureras, ¿no es cierto? Pues bien, eso todavía está por verse.

Yo sabía que me había incluido en su reprimenda más para aplacar a mi prima que para desairarme. Y añadió:

—Esta noche habrá diversión, Elaine, pero nadie nos obliga a unirnos a ella. No te importará quitarte las bragas allí, así que ¿por qué te niegas ahora?

Entonces, Elaine comenzó a llorar, se levantó y salió. Dio un portazo. La oí abrir la puerta de nuestra suite y cerrarla. Mi tío hizo una mueca de disgusto.

—Me temo que has sido algo dura con ella —le dijo a Perla, que con gesto despreocupado cogió una botella de champán y la descorchó con una sonora

explosión, como si de este modo liberara sus sentimientos.

—Tonterías, Harold, ella es mayor que Arabella y, por tanto, no debería hacer tantos aspavientos cuando tratamos las cosas de los placeres carnales. Sabemos que estamos aquí para gozar. En realidad, me importa un comino el asunto. ¿Tú qué dices, Arabella? Ven, siéntate en el regazo de tu tío y dale un beso, o nos pondremos todos tristes.

Sonreí e hice lo que me pedía. Contoneé el trasero con suavidad sobre sus rodillas. Tras besarle con dulzura, aceptamos las copas rebosantes que nos ofreció Perla. Ésta se sentó en el brazo de nuestra silla. Al tiempo que ella introdujo sus juguetones dedos en mi corsé y me palpaba los pechos, mi tío se dedicó a acariciarme los muslos.

—Quizá fueras demasiado dura con ella —murmuré, si bien no lo dije en tono de reproche.

El champán fue sólo el preámbulo a nuestro retozar en la cama. Ese pensamiento me excitaba. Ahora, una polla en mi trasero suele hacerme desear otra en el orificio convencional, y viceversa. Mi tío no tardó mucho en hacerme sentir la suya bajo la redondez de mi *derrière*. Cuando metió con suavidad su capullo entre mis nalgas, sólo pude gemir de placer.

—¿Eso crees? Tú sabes bien que no —dijo Perla entre susurros. El conde siente un gusto especial por la fusta, ya lo sabes. Creo que a Elaine no le iría mal que la calentaran con ella en la próxima recepción.

—¡Oh! No lo dirás en serio, ¿verdad? —inquirí, si bien debo confesar que la idea no me disgustaba.

—Ten por seguro que sí, si continúa comportándose como ahora. Deberías haber visto su trasero antes de venir a París.

—Cierto —jadeó él al sentir mis sutiles movimientos sobre su miembro. Mi querida esposa, sin embargo, no lo habría entendido.

—Bueno, pero ella no está aquí —sentenció Perla—. ¡Vamos!

Deseosos de placer, entramos en el dormitorio de mi tío. La cama estaba cubierta por una colcha de raso gris. Las cortinas de terciopelo estaban medio echadas, confiriendo a la habitación una atmósfera íntima. Sus pelotas colgaban en contraste con su polla desafiante. En un momento ya estaba completamente desudo; Perla y yo sólo con nuestros corsés. De pie, sobre la gruesa alfombra contigua a la cama, dejamos caer nuestros vestidos y nos fundimos en un fervoroso triple abrazo. Ambas nos dispusimos a masajear su polla al mismo tiempo. La cálida atmósfera del momento era deliciosa.

Al tiempo que mi tío palpaba nuestros traseros, Perla jadeaba y se reía.

—Primero tengo que hacer pis —declaró la dama y sacó un orinal con dibujos dorados de debajo de la cama.

Mi tío se echó a mi lado sobre la colcha murmurando halagos acerca de mi belleza y de la exquisitez de mi corsé. Tomé su sexo rígido entre mis manos y nos

besamos. Entonces miramos a Perla que estaba de cuclillas sobre el orinal mostrando el trasero y el vello púbico. Tenía la boca abierta y los ojos entrecerrados. Una leve sonrisa asomaba por entre sus labios.

—A tu tío le gusta mirar, como a todos los hombres —susurró ella y echó una lluvia intermitente de dorada orina que cayó con fuerza salpicando el interior del orinal de porcelana china.

Sintiendo sus testículos hincharse ante el espectáculo, observé la excitación en sus ojos, que no apartaban la mirada de los labios de Perla que continuaban expeliendo su ofrenda. Unimos nuestras bocas en un beso salvaje y volvimos a mirar a Perla.

Su visión hizo que el vientre se me estremeciera. Gemí.

—Ella también quiere orinar —rió la dama.

Y eso fue lo que hice. No pude contenerme. Así que ella me sacó de la cama, alegando que tenía una magnífica idea. Pronto descubriría de qué se trataba.

—A esto lo llamamos «alimentar a la jovencita» —dijo y me ayudó a agacharme sobre el orinal salvo que, poniéndose detrás de mí y cogiéndome por la axilas, me hizo sentir más cómoda—. Espera, cariño, no orines aún. Harold, métele la polla en la boca.

No pude resistirme. Mi tío dejó la cama de un salto. Ni siquiera tuvo que inclinarse. Con la boca abierta, recibí su grueso miembro sobre mi lengua. Introdujo su pene unos once centímetros, provocándome una arcada momentánea, hasta que me adapté a su carnosa vara. Entonces, Perla me agarró los senos y apoyé la espalda contra sus rodillas.

—Hazlo ahora, querida —murmuró—. ¡Ah, tendríamos que haber obligado a Elaine a hacer esto!

Sus palabras me excitaron sobremanera. Mi tío empezó a mover la polla con suavidad pero acompasadamente adentro y afuera, entre mis labios. Hasta en estos asuntos, era todo un caballero. Se inclinó un poco hacia adelante y besó a Perla. Yo empecé a chupársela al tiempo que orinaba. Era una sensación deliciosa. De mi vientre parecían saltar chispas. Estaba empezando a comprender la verdadera naturaleza de la sensualidad. Oriné con más vigor. Su herramienta llenaba con violencia mi boca.

—Venga, cariño, vamos. Déjala que saboree bien este momento —le oí decir a Perla.

Mi tío gruñó. Yo le sostuve las bolas sin dejar de orinar. Ambos, siguiendo mis movimientos, gemían de placer. Quería chupársela más a fondo, así que introduje tres centímetros más de su divina verga en mi boca. Acudieron a mi mente toda clase de sensaciones y visiones de la lujuria. Oí sus respiraciones agitadas, los sonidos líquidos de sus bocas y lenguas. El pulso de sus venas se aceleró. La primera expulsión de esperma golpeó como un cañonazo la parte posterior de mi garganta seguida de inmediato por más chorros de semen. Momentos después, mi boca se

inundó de sus fluidos. Me gustaba aquel sabor. Me poseyó una sensación de poder. Se la habría succionado hasta dejarla seca si no la hubiera retirado antes, alegando que deseaba follarme. Pocos hombres se habrían contenido como él, y mientras me decía esas palabras me encontré sobre la cama, húmeda. Cayendo sobre mí, me ensartó. Los gritos de placer de Perla ante el espectáculo eran idénticos a los míos. Con un solo espasmo, nos corrimos. Las últimas perlas cayeron dentro de mi coñito. Le abracé con fuerza, estremeciéndonos de placer.

Nos quedamos plenamente satisfechos. Su pene comenzó a remitir aún dentro de mi vulva aterciopelada. Rodó sobre mi espalda y se quedó quieto junto a mí, lo cual le permitió a Perla asaltarme. Se puso entre mis muslos y restregó con pasión su coño contra el mío, intercambiando un torrente de frases eróticas que me hicieron excitarme de nuevo.

Con movimientos más sensuales que los de cualquier varón, se puso sobre mí, a sabiendas de que yo estaba más dispuesta que ella a saciar mi excitación una vez más. En eso tenía razón. La fricción de nuestras vulvas y del vello púbico, me hicieron ascender a los cielos. Cegadas por el deseo, fundimos nuestras bocas y lenguas. Sentí su coño húmedo. Expelimos nuestros jugos hasta lubricar y empapar las matas de nuestros sexos. Sin prestar atención a la condición en que quedó la colcha, retozamos plácidamente. Entre murmullos nos regalamos pequeños besos.

—¡Ah, qué deprisa aprendes! —exclamó Perla.

Mi tío se echó sobre su espalda, y ella lo recibió con una amplia sonrisa. Hay pocas cosas que exciten más a un hombre que la visión de dos mujeres retozando. Su polla, desafiante de nuevo, se situó en el orificio inferior de su trasero. Su vientre rozó el mío. Quedé aplastada por ambos.

—Deja que mi tío te folle —le susurré.

—¡Qué bestia, no puedo detenerlo! ¡Oh, me la está metiendo!

Aunque su pene no estaba tieso del todo, se abrió camino entre los labios de su vulva. Si bien yo no lo veía, la expresión de su mirada y su ardor al besarme, me lo dijo. Levanté las piernas para abrazarlos con ellas. Con un empujón seco se lo metió todo y entonces sí que se le puso completamente erecto en la más placentera de las sensaciones. Más tarde, yo aprendería que el miembro viril queda comprimido entre las paredes de la vagina y que con sus movimientos de vaivén lo acaban de poner erecto.

Estaba claro que Perla lo quería tener dentro de ella, a juzgar por sus gemidos y su cara completamente enrojecida. Tras forcejear con ellos conseguí zafarme. Sólo quería mirar. Levantando sus caderas y trasero, mi tío empezó a cabalgarla con ritmo; su cara hundida en la almohada. La visión de su enorme miembro entrando y saliendo de entre los labios de ella casi me hipnotizó. Sólo le acaricié el costado para alentarla. Ella se limitó a contonear la pelvis y a apoyar la palma de las manos en la colcha. He visto muchos retratos fotográficos de posturas semejantes, pero ninguno le hace justicia a la realidad. Sus pechos se balanceaban con cada presión de él. De pronto,

me levanté, me subí a su espalda y encarada a mi tío con las piernas a cada lado de su cintura, le ofrecí mis labios y mi lengua al tiempo que restregaba mi sexo contra la espalda de Perla. Tuve cuidado de apoyar todo mi peso sobre ella, así que sólo apoyé las manos en sus hombros.

Los movimientos de mi tío eran más acelerados, de modo que el trasero de la dama iba y venía contra el vientre de él. Al correrse por segunda vez, su eyaculación fue más prolongada. Perla jadeaba de placer bajo nosotros. Me sentí orgullosa de mi iniciativa, que había surgido por instinto.

—¡Fóllala, fóllala, fóllala! —susurré a sus labios.

—¡Sí! ¡Ah, qué gusto! —gruñó él.

Apretó los labios y resopló. En un último espasmo, expelió el esperma mientras recibía su lengua, sus gemidos, sus gritos.

Entonces nos sobrevino la calma. De momento habíamos saciado nuestros apetitos. Su polla, gruesa y aún dura, expelió las últimas gotas. Echada entre ambos, contoneé los muslos entre los suyos con sensualidad felina. Perla y yo extendimos el flujo vaginal de cada una. No dijimos nada. Yacíamos con la tranquilidad que sigue a la pasión amorosa y recobramos nuestra respiración normal.

La imagen de Elaine acudió a mi mente. Me sentí un poco culpable de su ausencia o, sino eso, de mi presencia. En esos momentos tenemos los pensamientos más extraños, aunque no me importaron. Me sentí saciada, pero habría podido tomar otra polla, y otra más, estaba segura de ello. Perla empujaba la colcha con los pies. Sus movimientos eran lentos y perezosos. Entonces, como una sola persona, nos tapamos con las sábanas y nos abandonamos al sueño del amor.

Nos despertamos una hora después. Me encontré aprisionada entre ambos; el miembro erecto de mi tío contra mis cálidas nalgas. Perla abrió los ojos, me sonrió y mirándole, me amonestó:

—Tiene que conservar las fuerzas. Oh, tengo la boca seca. Levantémonos y pidamos una limonada —sugirió.

Así lo hicimos, echando un vistazo a nuestros cuerpos desnudos. Los genitales de mi tío colgaban, llenos; prometían diversión para esa noche.

Después de vestirme con rapidez, pues sólo llevaba una blusa de seda y una falda sobre el corsé, quise saber cómo estaba Elaine y así se lo dije a Perla.

—Pierde cuidado, querida, vendrá pronto —repuso ella, añadiendo que después de cenar iríamos a la casa del conde y que allí no le permitiría a Elaine ninguna vacilación.

De todos modos, no podía dejarla sola y me excusé con educación. Siempre me han gustado los buenos modales. Perla estaba encantada con mi comportamiento.

La encontré hecha un ovillo en la cama, como esperaba.

—¿Dónde has estado? —me preguntó enojada.

Resultaba evidente que había estado durmiendo, ya que su cabello estaba enmarañado y tenía levantadas las faldas. Antes de que se pudiera incorporar, me

puse encima de ella y con una mano recorrí sus muslos desde abajo hasta llegar a su sexo. Estaba tan receptiva que mis sospechas tomaron forma.

—Has disfrutado, ¿verdad? —le dije.

—Seguro que no tanto como tú —me contestó con una sonrisa cariñosa.

Azorada, me apartó la mano, saltó de la cama y se dirigió a una mesa. Yo estaba decidida a terminar con sus remilgos, de modo que me acerqué por detrás y pasando los brazos por debajo de sus axilas, le cogí los pechos.

—¿Qué pensamientos obscenos tuviste? —quise saber.

—No tuve ninguno, y todavía no me has dicho dónde estuviste. Supongo que continuaste la conversación —me dijo con sarcasmo.

La obligué a mirarme sin dejar de acariciar sus turgentes senos, y la besé. Ella sintió mi fervor, mi afecto. Sus labios me devolvieron el cumplido.

—Sí, podríamos llamarlo así —murmuré.

—¿Verdad que te gustó tenerla en tu trasero? —cambié de lema.

Mis labios continuaron mordisqueando los suyos ahora que se había vuelto hacia mí.

—No —repuso en voz baja, pero yo sabía que aquella palabra 110 expresaba lo que su mirada me decía.

Le dije, entonces, lo que había oído a la Madame decirle a Perla antes de ponernos sobre las barras. Elaine me asió una mano y la apoyó contra su pecho izquierdo.

—¿De veras? —inquirió.

—Por supuesto. ¿Quieres saberlo? La polla de Phillippe tenía la forma ideal para abrir nuestros traseros de manera que otras, más grandes, pudieran hacerlo después. La verdad es que al principio me hizo cosquillas, pero estuvo bien. Seguro que tú sentiste lo mismo.

—Entonces, ¿tú has...? —empezó a preguntar, refiriéndose, claro está, a mi ausencia e imaginando que su padre había hecho eso conmigo.

—Aún no me has dicho si te gustó o no —insistí.

En ese momento, levanté la cabeza y acerqué su cara hacia mis senos sintiendo los botones de terciopelo de su vestido sobre los pezones.

—Sí, de acuerdo, me ha gustado, y mucho. Pero al principio no fue así. Habría preferido que me la hubiese metido durante mucho más rato. Tú te quedaste con la mejor parte —me confesó con una lánguida sonrisa.

Poco a poco introduje mis dedos por su corsé hasta que la conseguí excitar. Sus pezones, duros, buscaban las yemas de mis dedos. La ayudé a levantarse y nos dirigimos a la cama, donde nos dejamos caer atropelladamente. Su boca estaba húmeda y hambrienta. Levantó los brazos por encima de la cabeza y empezó a gemir al tiempo que le lamía los pezones.

Le levanté las faldas y bajé la vista hasta su monte. Su negra cabellera rizada estaba recogida en un moño. Se humedeció los labios con la lengua. La mía se dedicó

a estimularle el clítoris hasta hacerla gemir. Dobló las piernas hacia arriba, de manera que las nalgas quedaran al borde de la cama. Me puse de rodillas y, sin que ella me ofreciera ninguna resistencia, me dispuse a introducir la lengua en su coño.

Elaine no cesaba de jadear.

—Dime, ¿te folló? ¡Dímelo, dímelo! —gemía.

—Pues claro, y esta noche también.

Ladeó la cara, gozando de mi lengua, como indicaba el contoneo de su grupa. Rodando sobre su espalda y tensando los muslos, me dio oportunidad de meterle la lengua más adentro. Estaba a punto de correrse, a juzgar por los febriles movimientos de todo su cuerpo. Estiró las piernas con pasión. Yo chasquéé la lengua.

—¡Oh, no! ¡No puedo! —gimió.

Retiré la lengua y se me ocurrió frotar la barbilla contra su clítoris, cosa que resultó ser muy efectiva, pues ella tensó al máximo su cuerpo.

—No seas tonta, anda, córrete a gusto. Esta noche te azotarán en el trasero. He oído decir, que al conde le gusta hacérselo a las muchachas.

Elaine dobló las rodillas sobre mis hombros, hincándome los tacones de sus zapatos. Arqueó la espalda y al fin se corrió con frenesí. Su flujo fue como una débil lluvia de gotas diminutas que me salpicaron la barbilla. Bajó las piernas, si bien las dejó abiertas. Sus ojos miraban al techo. Me eché sobre ella vientre contra vientre.

Ignoro si escuchó sus propios jadeos. Besaba divinamente. Nuestras vulvas se tocaron con la sensibilidad de las cuerdas de un violín. Tras breves momentos de pasión expelimos nuestros flujos, que resbalaron por entre los muslos sudorosos. Después nos relajamos y retozamos tranquilas. Me separé un poco de ella para jugar con su hendidura. Mi pierna izquierda quedó aprisionada entre las suyas.

Anocheció. Le susurré lo que iba a ocurrir en la fiesta. Elaine me abrazó sin decir nada; sus pestañas rozaban mis mejillas.

LA *maison* del conde era lujosa en extremo, como cabía esperar. Por doquier había muebles antiguos, decoraciones en oro y enormes espejos. La aventura nos aguardaba al final de una impresionante escalera de caracol. Huelga decir que íbamos a pasar allí la noche. Durante la cena, el conde se acomodó a mi lado, su compañero sería la pareja de Elaine y mi tío se sentó junto a Perla. Todo resultaba de lo más aparente. Camareros silenciosos, dignos del Savoy de Londres, iban y venían con un sinfín de deliciosos platos. Los vinos eran tan numerosos que casi perdí la cuenta de ellos.

—Con permiso de las señoritas, tomaremos licores en la mesa —anunció el conde al final de la cena.

La sugerencia resultaba curiosa, pero de pronto descubrí el motivo de la misma. Las puertas se abrieron para dejar pasar a una camarera bellísima que portaba vasos y botellas en una bandeja de plata. Éstas atrajeron nuestra atención si bien no tanto como su atuendo, pues vestía como una antigua princesa griega.

Sólo llevaba una túnica blanca, traslúcida, que permitía ver sus turgentes y llenos pechos, los oscuros pezones y, más abajo, con el vuelo de la tela al caminar, el poblado triángulo de su sexo.

Sus curvas eran delicadas, sus pezones ligeramente curvos, y la *rondeur* de su marmóreo trasero se revelaba bien contorneada bajo la blanca tela. Era alta y caminaba con porte regio, sus pies calzados con unas sandalias plateadas cuyas cuerdas trepaban por sus piernas. Tranquila, sin la menor sombra de azoramiento, se nos acercó, su larga cabellera negra flotando sobre sus hombros. Nos sirvió uno tras otro. Mi tío fue lo bastante discreto como para aparentar indiferencia ante la visión de aquellos pechos que rozaban sus hombros mientras la joven le llenaba el vaso.

El licor era Benedictine, uno de mis preferidos. Su sabor es perfecto, suave como el terciopelo y no obstruye la garganta. El primer trago es insidioso pero placentero. No embriaga pero sí te hace flotar.

Como yo esperaba, la joven camarera se retiró, pero me quedé atónita al verla depositar la bandeja sobre una mesita contigua, arrodillarse con gracia felina y desaparecer bajo la nuestra. El propósito de semejante conducta era evidente. Perla dio un respingo pero luego se tranquilizó. Al mismo tiempo, mi tío se atragantó por un momento y se quedó quieto.

El conde no movió un músculo, es más, continuó conversando con nosotras, preguntándome si no me parecían hermosos los cuadros con motivos femeninos de Renoir. Según él, eran los más bellos que jamás había visto.

—No. Creo que las señoras pintadas por Renoir son demasiado gruesas —repuse.

Al parecer le divirtió mi respuesta y miró de soslayo, como yo, a Perla y a mi tío que se movían de un modo extraño en sus sillas desde que la criada, con la cara entre los muslos de la dama, atendía también la polla de mi tío con la mano. Las

expresiones de sus rostros eran divertidas, pues trataban de comportarse como si no sucediera nada. En realidad el conde encontraba la situación de lo más natural. Ambos bebían con premura, tanto es así que mi tío alcanzó una botella y volvió a llenar sus vasos, lo cual se me antojó casi una hazaña a juzgar por cómo le temblaba la mano.

Tras saciar a la pareja, la criada volvió su atención hacia Elaine, que abrió la boca en una mueca de sorpresa mientras la sangre le subía a la cabeza desde el cuello.

—¿No te encuentras bien, querida? —inquirió el conde, metiendo la mano bajo mis faldas y palpando mi muslo.

Me relajé y le guié la mano, anhelando probar la lengua de la criada, o quizás ofrecerle el sabor de mi coñito, pues pensé que su lengua ya estaba bastante ocupada.

Elaine se estremeció. Sólo puedo describirlo así. Levantó el vaso hasta la altura de su boca, lo llevó a sus dientes, que rechinaban y lo vertió sobre la mesa, salpicando el mantel con el precioso licor. Entretanto, Perla sonreía pues, como más tarde sabría, tenía en su mano la polla de mi tío aprovechando la complicidad del mantel al tiempo que él describía círculos con el índice en su coño. El compañero de Elaine, Roald, parecía encontrarse en idéntica situación que mi prima, ya que tenía la mirada perdida y no cesaba de mover el cuerpo; ambos parecían estar con el baile de San Vito.

Elaine fue de lo más indiscreta al lanzar un sonoro gemido. Yo aún esperaba mi turno, si bien no lo ambicionaba tanto ahora que los dedos del conde me dedicaban su atención. Separé los muslos y deslicé el trasero hacia adelante para que se concentrara en estimularme el clítoris.

—Debería subirse a la mesa, ya que hasta hoy apenas la hemos visto —dijo Perla, que gustaba de precipitar las cosas y, como yo sospechaba, había sido informada de ello por el conde.

—De acuerdo, no debemos esconder bajo la mesa a una jovencita tan deliciosa —afirmó nuestro anfitrión con firmeza.

Con la cabeza echada hacia atrás y sin dejar de jadear, Elaine estaba siendo atendida con mayor afán. Entonces supe lo bien programada que estaba la fiesta, pero sentí que la posterior orgía no fuera a tener lugar por accidente o por la simple fogosidad del momento. El conde dio una palmada y la puerta se abrió para dejar entrar a la que parecía una gemela de la criada griega. Atravesó la habitación como si flotara, mientras sus ropas traslucían una magnífica desnudez. Se situó detrás de la silla de Elaine y con un leve movimiento de manos de mi prima abrió la parte superior de su vestido dejando al descubierto la lechosa redondez de sus senos. Tomando a Elaine por las axilas, la levantó. La silla se tambaleó y cayó al suelo.

Entonces la vimos en todo su esplendor. Sus piernas abiertas, el recorte inferior de su corsé negro, su frondosa vulva, sus sedosos muslos cuya blancura contrastaba con el negro de sus medias. De repente, salió de debajo de la mesa la primera criada y asió por los tobillos a Elaine, que empezó a gritar y forcejear como una virgen

ofrecida a los allí reunidos.

—Vamos, gocemos ahora —sugirió el conde exhibiendo su pene erecto, al igual que Roald y mi tío.

Yo me incorporé con ellos ofreciéndoles mis cálidos muslos, al tiempo que Elaine era cargada a hombros y llevada a una sala contigua sin prestar atención a sus protestas.

—Sí, disfrutemos de las pollas y los coños —rió Perla. Cada una de nosotras tiene que ser ensartada y más os valdría tener cargadas las bolas para esta tarea.

Todo fue tan rápido y confuso que cuando nos dimos cuenta ya no llevábamos ni corsés, ni zapatos, ni medias y los hombres estaban ya desnudos para la batalla, con las pollas desafiantes. Oímos los gemidos de Elaine, ahora más débiles, de modo que entramos en la sala. Perla sostenía en su mano la verga de mi tío y yo aguantaba orgullosa las de Roald y el conde. No habíamos entrado antes en la sala, pero ésta estaba completamente amueblada y diseñada para el entretenimiento. Por doquier había divanes cubiertos de terciopelo negro o carmesí. Esparcidos, había también cojines de seda para quienes quisieran tumbarse en ellos. La única luz provenía de dos candelabros. Sobre una mesa nos esperaban varios vasos y botellas. Lo más impresionante eran los espejos que ocupaban la pared de parte a parte, de manera que cualquier cosa que sucediera, ya fuera en los divanes o en el suelo, quedaría reflejada con toda fidelidad.

Sentí como los penes de mis compañeros se estremecían e hinchaban y vi con qué delicadeza estaba siendo tratada Elaine. Las criadas le levantaron las faldas a la altura del talle y, como ya he comentado antes, le desabrocharon el corsé. Echada sobre el terciopelo negro de un diván que contrastaba con su nivea espalda y al mismo tiempo con el negro de sus medias y la oscura mata de su vulva, le separaron las piernas y mientras una de ellas le lamía el sexo la otra le chupaba los pequeños senos.

Si nos vio entrar o no, no sabría decirlo, pues mi prima abría y cerraba los ojos alternativamente, sin dejar de jadear.

—Dejadnos mirar. Es un espectáculo precioso —murmuró el conde que, acercándose a ellas, no pudo resistirse al trasero de la criada dedicada a chupar los pezones de Elaine.

Roald y yo también nos acercamos, sabiendo que alguien se podía correr antes de tiempo. Elaine, gemía, gritaba y jadeaba alternativamente. Incapaz de resistirme, la besé en la boca para tranquilizarla un poco. Sin embargo, no dejé de sostener lo que llamé las riendas de mis corceles. Yo anhelaba ambas pollas, pero no más que ver gozar a Elaine.

Adelantándose, el conde se zafó y cogiéndome por las caderas me acercó a mi prima e insertó su herramienta unos seis centímetros en mi coñito. Gemí. Sostuve la barbilla de Elaine e introduje mi lengua en su boca. Los tres estábamos unidos ahora y el creciente delirio de su placer se me hizo evidente dada la excitación que su lengua me producía.

El conde siguió presionando hasta poseerme del todo; mi trasero chocaba contra su vientre mientras que sus genitales se balanceaban entre mis muslos.

—¡Elaine! Me está... follando —conseguí decir entre jadeos.

Me flaquearon las piernas. Arqueé la espalda. Ahora ya sabía cómo controlar un asalto amoroso. Su verga se introdujo en mis entrañas una y otra vez. Yo movía las caderas en respuesta. Roald, liberado de mi hambriento apretón, se entregó a Perla, que le chupó la polla echándose hacia adelante y recibiendo la de mi tío en su coño.

La escena parecía un cuadro indecente. Sólo se oían respiraciones agitadas y el entrechocar de los cuerpos. Roald separó las piernas y colgándole los genitales, le hizo el más lascivo de los ofrecimientos a la boca de Perla, que no sabía cómo conciliar ambas ofertas. Yo había pensado hacer otro tanto, así que dejé de besar a Elaine para mirar a la pareja mientras el conde presionaba con fuerza. Sus manos aferraron mis caderas y de vez en cuando descendían para acariciarme los muslos o rozarme el clítoris, y eso me gustó.

En medio de toda esa actividad, se le ocurrió algo nuevo. No pude sino admirar el control que ejerció sobre sus emociones. Separándose de mí, apartó a las criadas y me puso sobre Elaine de manera que mi coñito quedó unos cuatro centímetros por encima de la boca de Elaine.

Mi prima no pudo rozarme. La miré a los ojos sonriendo, si bien no pude sostener su mirada mucho más porque el conde volvió a penetrarme, dándole sólo la oportunidad de chuparle los testículos.

No tengo idea de si lo hizo o no, ya que me vi obligada a inclinarme hasta que pude apoyar las manos en el extremo del diván. Sentí que debajo de mí había movimiento pero, naturalmente, no lo vi porque estaba a punto de correrme, lo mismo que los otros combatientes. Me corrí varias veces. Por fin, con un gruñido de satisfacción, pagó su deuda conmigo. Presionando mis nalgas contra sí como si estuviéramos pegados, recibí cada chorro de su esperma en el mismo momento en que Perla era inundada por detrás y por delante. Por un instante, me pareció sentir que la lengua de Elaine lamía algo, pero no sabría decirlo con seguridad. La polla del conde recorrió los labios de mi sexo con fruición varias veces, hasta que expelimos nuestros fluidos tesoros. Me volví para buscar su boca.

Nos sacudieron los últimos espasmos. Contoneé el trasero para empapararlo de su semen. Nos quedamos quietos, gozando del calor de nuestros cuerpos al rozarse hasta que su herramienta anunció el final de la batalla. Las últimas perlas cayeron sobre la barbilla de Elaine. El olor a esperma y a flujo llenó la sala, pero no importaba.

Me alejé un poco de mi prima, recogí unos cuantos cojines del suelo y me eché en ellos como si fuera una princesa oriental. Y así me sentía, a sabiendas de que aún me quedaban dos asaltos más como mínimo. Las dos criadas se mezclaron con nosotros. Llenaron los vasos de vino y nos ofrecieron. Elaine parecía decepcionada. De pronto, se levantó y se volvió hacia la pared, mostrando su ardiente trasero.

Yo la conocía muy bien. Se estaba «presentando», como solemos decir, si bien

ella lo hubiera negado. Con los miembros flácidos, los hombres mantuvieron una conversación inconexa, salpicada con comentarios obscenos. Después de todo, no éramos prostitutas, sino señoras con caballeros. Las criadas, tras cumplir con sus obligaciones, salieron y cerraron la puerta tras ellas. Quizás se lamentaran por no quedarse, pensé, pero entonces me di cuenta de que tenían la suerte de participar en muchos de estos encuentros distendidos, como Perla gustaba llamarlos.

Elaine, como digo, estaba sentada cara a la pared, y todos los demás yacíamos sobre algunos cojines o, más bien, recostados en ellos. Perla y yo teníamos las piernas abiertas en espera de recibir lo que fuera. La noche no había hecho sino empezar.

—Cuéntenos sus aventuras. Seguro que ha vivido muchas en esta misma habitación —sugirió Perla a nuestro anfitrión.

Así dio comienzo nuestra primera sesión de «Las mil y una noches parisinas» como las llamé entonces y las recuerdo con cariño en mis diarios y libros de notas. Con un extraordinario don para las narraciones, el conde no nos decepcionó. Ésta fue la primera de muchas noches que pasamos allí durante nuestra estancia en París. Nos habló de vírgenes y *cocottes*, de señoras maduras y de jovencitas. Los deleites de la fusta acudieron raudos a sus labios, pues sostenía que azotar con varas verdes un recalcitrante trasero era el mejor sistema para prepararlo a recibir el miembro viril.

Las bromas se sucedieron durante su discurso, y debido a mis incesantes preguntas, se complació en hacer cumplidos a mi ingenuidad.

La fusta me parecía un instrumento temible, dije para que Elaine lo oyera. Ella apenas prestaba atención a nuestra charla, aunque su redondo trasero y la insinuante abertura de su sexo parecían de lo más apetitosos, desde nuestro ángulo.

—Ah, pero los ingleses desconocen este arte —repuso el conde—. Ellos azotan a las chicas para que se sometan, en tanto que nosotros utilizamos ese arte para conseguir que sus traseros se preparen para la ocasión con las varas más nobles y al mismo tiempo insistentes, las cuales, por supuesto, deben tener cierta flexibilidad. Así, se incrementa el calor, obligándolas a mover las nalgas, no para evitar el contacto con la vara sino para hacerlas sentirse en armonía con el hormigueo que ésta les produce.

—¿No se utiliza también con los hombres y con efecto similar? —me atreví a preguntar.

—Sí, es cierto que se usa también con los hombres, pero en menor medida. Eso depende, creo, de la conformación de los nervios bajo la piel. En la infancia el efecto es mayor y así que se opta por la mano maternal. De este modo aprende a obedecer ciegamente mientras le dan unos azotes o castigos más duros. Sin embargo, este jueguito le prepara para las relaciones amorosas, por cuanto que el muchacho, con el miembro contra los muslos maternales, se convierte en un joven disciplinado y predispuesto a los actos libertinos. Lo mismo ocurre con las señoritas a quienes se les bajan las bragas para azotarlas.

El resplandor de su mirada me hizo reír y me hubiera hecho confesar que yo había

sufrido y gozado con los azotes que recibí en mi infancia, pero no quise sacar a relucir la historia de que, en realidad, mi padre nunca me había puesto la mano encima.

Nuestra charla duró unos cuarenta minutos o tal vez más, hasta que los penes de nuestros compañeros volvieron a levantarse. En parte se debió a las preguntas obscenas que Perla y yo fuimos haciendo, consiguiendo que el conde nos contara con todo detalle las veladas acaecidas en la sala de los espejos.

—Entonces, ¿forzaría a una joven a tomar la polla? —pregunté señalando con el dedo su desafiante herramienta.

—Si con ello consigo un buen resultado, sí. Hay muchas maneras de lograr lo que me propongo, y por eso es necesario estar más atento a la mirada de la compañera elegida que a sus labios. Una joven de quince o dieciséis años es más fácil de manejar que una solterona, que anhela lo mismo la primera una polla pero se escuda en una falsa timidez.

Fruncí el ceño y quise saber si una solterona podía ser lo suficientemente atractiva como para merecer tantas atenciones.

—Algunas sí, pero éstas son muy pocas; si sus cuerpos están bien contorneados, son las más adecuadas para nuestros requerimientos. Las damas gozan más si se las lisonjea, como también ocurre con los varones. Tomemos, por ejemplo, a la hija de un *cure* o vicario, como lo llamáis vosotros. Ella sólo tenía trece años y muchos creían que poseía un cálido trasero ideal para la cama, si bien esta parte de su anatomía tan atractiva sólo había sido acariciada por su propia mano hasta entonces. La trajeron aquí y la adularon y cortejaron, para su sorpresa. Entonces, el vino empezó a hacerle efecto, aunque se sintió peor a la mañana siguiente con la resaca. En cualquier caso, aquella noche, el vino la desinhibió y no tardó en subirse el vestido, dejando al descubierto sus largas piernas. Al principio, sólo se atrevió a enseñar las rodillas, pero la persuadimos para que llegara hasta medio muslo. Sus piernas lucían espléndidas, tanto como las tuyas, Arabella —comentó el conde—. Varias damas mostraron entonces las suyas para que las comparáramos. Me temo que os estoy aburriendo con mi charla, pero permitidme continuar. Por fin, pudimos admirar sus bragas y su vientre ligeramente curvado. Así pues, la ayudamos a desvestirse, mientras ella seguía empujando el codo. Llegó el momento esperado. Le quitamos las bragas. No me gustó que estuviera borracha porque considero que una mujer debe ser consciente de lo que ocurre a su alrededor. Sea como fuere, la joven se echó sobre una mesa y fue penetrada por varios hombres sucesivamente. Ella los recibió con una mezcla de deseo y sorpresa. Entonces, vi cómo mis criadas la llevaban a la cama y la mimaban.

Intuí que las atentas criadas de que hablaba eran las mismas que nos habían otorgado sus favores en el comedor.

—Has comentado algo acerca de la mañana siguiente —le animé a continuar.

Su pene estaba ahora duro como una piedra, de modo que me acerqué y se lo

succioné por un momento.

—Sin saber por qué me invadió el deseo; su figura era la más hermosa que jamás había visto, firme y voluptuosa al mismo tiempo. Tras bañarse y desayunar en su dormitorio, hice que la trajeran ante mí. Se había vestido, pero no llevaba bragas, porque se las habíamos confiscado. En pijama, me tumbé sobre el lecho y le hablé con suavidad tomándola por el talle. Le hablé de los placeres sexuales. Ella me escuchó un momento pero intentó zafarse, así que la agarré con fuerza. Sé muy bien que una mujer que ha gozado del amor sucumbe con facilidad ante las frases eróticas dichas sin demasiada crudeza. Quise penetrarla por detrás. Entonces, se puso a gritar, si bien en su corazón lo anhelaba, de eso estoy convencido. Al cabo, entraron las criadas llevando una fusta. No estaba muy seguro de que su padre la hubiera azotado alguna vez, a juzgar por sus nalgas.

—De todos modos, lo intenté y a pesar de sus quejas iniciales, acabó por sucumbir. Las criadas la sostuvieron tras levantarle el vestido mientras yo le acariciaba el trasero. Al principio gritó, pero yo sabía que sus lamentos no iban a durar mucho más. Le propiné unos azotes en las nalgas, notando cada movimiento de sus caderas y el tensarse de sus nalgas. Su grupa ansiaba el asalto final y yo se lo proporcioné. Le separé las enrojecidas nalgas y la enulé al tiempo que ordené a las criadas que la soltasen. Se dejó caer sobre la colcha y gimió de placer sin ofrecer resistencia a mi lenta y progresiva penetración. Un minuto después, se la había metido hasta el fondo. Empezó a contonear el trasero al compás de la presión de mi verga. No dije nada; estaba concentrado en trabajármela con un continuo vaivén. Sus efluvios humedecieron la cama incluso antes de que yo me corriera. Las paredes interiores de su ano succionaron mi esperma. Eso fue todo. Aquel mismo día la poseí dos veces más, después tuvo que marcharse, cargada de regalos y satisfecha de su experiencia.

—A eso te referías al decir que se sintió peor a la mañana siguiente ¿no es cierto? —le pregunté, sin dejar de mover la mano a lo largo de su miembro, mientras Perla hacía otro tanto con mi tío y Roald, que escuchaban ensimismados.

—Creo, *mon chou* que has hecho la pregunta adecuada —repuso—. Pero, ¿por qué lo quieres saber?

Miré de soslayo a Elaine, que estaba hecha un ovillo junto a la pared.

—Porque aquí hay alguien que todavía no se ha sentido tan mal como esa joven de la que nos has hablado —respondí—. Al menos, en ese aspecto —añadí con una sonrisa.

POBRE Elaine. Se había convertido en el blanco de mis travesuras esa noche, pero no pude evitarlo. Las ventajas derivadas de ello, sin embargo, eran considerables y por tanto traté de aplacar su ira contra mí.

Más tarde, discutimos sobre el asunto.

—Estabas resentida —le dije.

—Mentira, estaba descansando —repuso, si bien no pudo evitar decirlo con una sonrisa.

El ambiente era más relajado y nuestro anfitrión me preguntó por qué mi prima no participaba de nuestra conversación. Al ser un hombre de gran experiencia, intuyó que la aparente timidez de Elaine era como un huevo que espera eclosionar. Me tocaba a mí perseguir a la liebre, por así decirlo, y eso es exactamente lo que hice en cuanto estuvimos todos preparados para un nuevo asalto. Todas las miradas estaban fijadas en esa bella muchacha reclinada entre almohadones, así que me acerqué a ella, segura de que no se había perdido un solo detalle de la tertulia así como de que estaba tan dispuesta como yo a gozar una vez más. Acaricié con una mano sus nalgas desnudas y le susurré que debía aprovechar el ofrecimiento de tantos miembros viriles.

—¡Quiero volver a casa! —espetó.

Al oírlo, Perla se acercó de inmediato.

—¿Qué tontería estás diciendo? —quiso saber.

Entonces me guiñó un ojo, se agachó y sacó de debajo del diván una fusta exquisitamente decorada con un cordón de seda azul.

—Esta señorita necesita entrar en calor, y quién mejor que su papá para calentarle el trasero. Vamos, Harold. A tu trabajo.

—¡No! —gritó Elaine, incorporándose de un salto, pero se detuvo al ver avanzar a su padre con la polla desafiante; se sentó y escondió la cara entre las manos.

—¡Oh, papá, no lo hagas! —le imploró, abrazándose a las rodillas.

Elaine lanzó un grito desgarrador y pareció romper a llorar.

De nada le sirvió, porque mi tío la tomó por las axilas y la condujo hasta una mesa. En vista de eso, mi prima se puso a patallar, chillar y llorar de tal modo que él habría desistido a no ser por la insistencia de Perla.

—¡Nada de eso! Ponía ahora mismo sobre la mesa —explotó la dama, mientras el conde comentaba que la mesa en cuestión estaba diseñada a tal efecto.

Situándose a un lado y ayudado por mi tío, el conde la agarró por las nalgas y la obligó a inclinarse sobre la mesa. De debajo de la misma cogió una correa sujeta a ésta por un gancho y la pasó por la cintura de Elaine. Roald se acercó también y ató la primera cuerda con una segunda, de manera que mi prima quedó inmovilizada, tocando el suelo con la punta de los pies y el trasero preparado para la acción.

—¡No, papá, no! —imploró ella.

Perla le había subido el vestido más arriba de la cintura y le dio un sonoro cachete en los glúteos. Elaine pareció calmarse un poco, pues dejó de lloriquear.

Con el rostro enrojecido por el placer, mi tío tomó entonces la fusta de las manos de Perla mientras el resto de nosotros nos echamos para atrás y nos quedamos como meros espectadores de lo que siguió.

—*Monsieur*, si me permite decirlo, creo que una docena de azotes serán más que suficientes para la ocasión. Propine los primeros hacia la derecha, cruzando el trasero, los segundos a la izquierda, y los últimos debajo de las nalgas; con suavidad. De este modo, no opondrá resistencia a ser ensartada por usted.

—Y ya es hora de que lo sea —murmuró Perla, que se había entregado a masajear su polla mientras yo atendía a la de Roald.

Ambos caballeros nos habían cogido por el talle mientras Elaine volvía a lamentarse y a llorar, llenando la sala con sus gritos de desesperación.

—¡Oh, papá, me avergüenzas, me avergüenzas!

—No hagas caso, Harold. Ya verás como su coñito se muere de ganas por recibir tu polla cuando la hayas azotado —dijo Perla—. Acerquemos los divanes, Arabella. Los pondremos a ambos lados de la mesa y, de rodillas, recibiremos las vergas de nuestros compañeros al mismo tiempo que Elaine recibe la de su padre.

Mi prima negó con la cabeza sin dejar de llorar. Estaba adorable. Su forzada postura evidenciaba sus perfectas piernas ajustadas a las medias, la pálida redondez de sus nalgas y la deliciosa abertura bajo ellas.

Con cada azote, el miembro de mi tío se balanceaba a ambos lados, a unos treinta centímetros de la vulva de su hija, apunto para penetrarla. Me hubiera gustado saber qué pasaba por la mente de mi prima.

Mientras tanto, nos pusimos de rodillas sobre los divanes, como Perla había sugerido. La herramienta de Roald, ante la visión del trasero de Elaine, esperaba amenazador a las puertas de mis nalgas.

Mi tío alzó la fusta y el primer azote que propinó al trasero de su hija presagió, sin duda, el fin de sus frustraciones.

—¡Ay! —profirió Elaine.

Movió con fuerza las caderas e intentó apoyar mejor los pies mientras las nalgas empezaban a cobrar el color del fuego. Yo también sentiría esa sensación en mi propia carne, si bien mi turno llegaría algo más tarde. Su trasero quemaba, ardía, obligándola a contonearlo y a ofrecerlo al miembro viril. Si la intensidad de los azotes era excesiva, éstos no tendrían ningún propósito, puesto que no se puede sufrir y gozar al mismo tiempo. No pensé demasiado en ello, pues las rosadas marcas que empezaron a aparecer en contraste con la palidez de su trasero me excitaron al máximo. Dos, tres, e incluso cuatro veces la oí aullar de placer. Los últimos azotes que recibió en la parte inferior de las nalgas, de acuerdo con las instrucciones del conde, la obligaron a ponerse de puntillas.

—¡No, papá! —gritó Elaine, cuyas salvajes súplicas parecieron enternecer el corazón de mi tío, que aflojó la fuerza de sus latigazos y pareció intuir hasta qué punto su hija los podía soportar.

Los gritos de mi prima empezaron a remitir como por arte de magia.

—*¡Superieur, magnifique!*, ahora lo está haciendo magníficamente —murmuró el conde, de quien sospechaba le habría gustado propinar los azotes él mismo.

Elaine comenzó a gemir de gusto. Las marcas de sus glúteos parecían más profundas y me pregunté cómo es que no saltaban chispas de su trasero. La fusta cortaba el aire una y otra vez, pero mi tío había conseguido aplicarla con suavidad. Al final, confesó que en un primer momento no pudo flagelarla, pero que poco a poco empezó a tomarle gusto y se olvidó por completo de que era su propia hija quien recibía los latigazos.

Los jadeos de Elaine eran tan extraños que no pude interpretarlos. Tan pronto emitía una especie de siseo como surgía de su garganta un indescriptible llanto. Su suave vientre presionaba contra el borde de la mesa al tiempo que cada golpe le marcaba las nalgas. Poco nos importaba a ninguno si su padre contaba los doce azotes o no, salvo tal vez a mi prima cuyas lágrimas resbalaban por sus mejillas para esfumarse entre las comisuras de sus labios.

Me invadió una mezcla de remordimiento y excitación, ya que sentí que Elaine se encontraba a las puertas de indescriptibles deseos, que sólo el miembro rígido y los genitales de su padre podían evocar.

—¡No, papá! ¡Ah! —gimió Elaine.

Esa mezcla de jadeo y llanto llegó a nuestros oídos. Roald, al sentir su sexo duro entre mis manos, se situó entre las medias lunas de mi trasero y se dispuso a introducirlo en mi ano. Me moví un poco y él se apercibió de ello, de modo que me asió por las caderas y mi boca se abrió para lanzar un débil grito. Me la estaba metiendo. Tuve la sensación de ser penetrada por una enorme barra de carne y músculo que avanzaba inexorablemente. Por un momento dejé de mirar a Elaine y agaché la cabeza, de manera que mis cabellos cayeron sobre mis ojos. Gemí de placer. Tensé las rodillas, sintiendo como se aceleraba mi respiración a medida que me ensartaba centímetro a centímetro.

Jadeé tan fuerte como Elaine. Más adelante me dijo que me oyó, si bien pensó que se trataba del eco de sus propios gemidos. Sin ofrecer resistencia, mis caderas se dejaron llevar por un suave balanceo.

—Arabella, ven. ¡Tómala! Tienes un culo divino. ¡Qué cálido, qué turgente! ¡Dime que soy el primero, dímelo!

—¡Sí! —le mentí—. ¡No me la metas toda!

Demasiado tarde. A un nuevo empujón de sus poderosas caderas, recibí en mis entrañas quince centímetros de su miembro.

—¡Ah! —oí gemir a Perla cuando el conde se dispuso a poseerla por el mismo orificio.

La sala daba vueltas en torno a mí, debido, supongo, a que era la primera polla verdadera que me abría el trasero. Parecía que cada vena presionaba contra las paredes del ano hasta quedar impresas en él. Tal vez debido a mi febril contoneo, su pene se me antojó aún mayor que cuando me penetrara por la vagina. Mis dientes rechinaron. La quería toda. Sus movimientos se aceleraron. Me sentí toda una mujer. La sensación de absoluta sumisión al miembro viril era casi un delirio. Los jadeos resonaban en mis oídos. Roald me penetró hasta el fondo pues sentí que mi trasero tocaba su vientre. El roce de sus testículos contra mi vulva añadía mayor placer a esta deliciosa y enervante sensación. Sin duda, el roce de mi vello le excitó. Se detuvo un instante para saborear el sentimiento que le producía el penetrarme del todo.

Poco después, Elaine y yo unimos nuestros jadeos. Ahora iba a recibir su recompensa, pero en lugar de ensartarla directamente, como yo había pensado, la desató y mi prima habría caído al suelo si él no la hubiera sostenido y dejado sobre unos almohadones.

—¡Ah! —balbuceó ella al sentir su caldeado trasero en contacto con la suavidad de aquéllos.

Dejó caer los brazos y acercó las piernas a su estómago, pero mi tío ya no podía esperar más. Un momento después, ya se había abalanzado sobre ella. Le separó los muslos, se puso sobre su vientre y la abrió de piernas; al cabo, apoyó su sexo contra el estómago de ella. Elaine no hacía más que girar la cabeza de lado a lado.

—¡Se lo diré..., se lo diré a mamá! —le amenazó, pero entonces la cogió por los glúteos y apoyó las manos sobre su cabeza.

Estuvo a punto de correrse con cada espasmo de su vientre. Elaine continuaba moviéndose con vigor, lo cual excitaba aún más a su padre, que descansaba la punta de su herramienta sobre los pliegues de su estómago.

Roald reemprendió sus movimientos, esta vez con egoísmo, traicionado así su deseo de hacerme gozar.

—¡Míralos mientras te follo, cariño! —profirió.

—¡Sí! —gemí.

Elaine estaba echada en la alfombra, separada de mí por unos metros. Continuaba intentando zafarse de su padre. Al final se relajó y dejó que los testículos de mi tío se balancearan contra su sexo. Oprimió los labios sin dejar de mover la cabeza. Su rostro aparecía azorado y surcado de lágrimas. Dejó de gritar. Aferrada por la cintura, sus manos se abrieron y cerraron hasta que al fin se abandonó.

—Aguanta, Elaine —le murmuró su padre.

—¡Oh, papá!

—Separa más las piernas. Por Dios santo, hace tiempo que debería haberte follado, y tú lo sabes.

—Me arde el trasero, papá.

—Y más que te va a doler, querida, si sigues moviendo las manos. Te voy a azotar en las nalgas una y otra vez hasta que acabe la noche. ¡Aguanta, diablillo! Deja que te

agarre por detrás y que te meta mi polla entre los labios de su coñito. ¡Un poco más, así!

Elaine pareció por un momento aturdida. Echó para atrás los brazos. Sus pezones duros y morenos contrastaban con la blancura de sus pechos llenos. Se mordió un labio y levantó un poco el trasero para que su padre pudiera posar sus manos en él. Mi tío pudo por fin preparar su hambriento sexo para introducirse entre los labios de su vulva.

Seguí moviendo el trasero ante la urgencia de Roald. Mis sentidos se relajaron. Se inclinó sobre mi espalda y palpó mis pechos, ahora que ya no tenía que agarrarme. Yo sabía cuál era su juego. Me sentí invadida por todo tipo de sensaciones ardorosas.

—¡Más rápido! —le supliqué y entonces oí una exclamación que no esperaba.

—¡Tío, fóllala tú!

Elaine lanzó un gemido; su padre había conseguido meterle unos doce centímetros de su verga. Se sintió victorioso. Ella arqueó la espalda como si quisiera zafarse; al cabo, lanzando un débil grito, desapareció debajo de él y dejó que la ensartara del todo.

—¡No, no, no! —se lamentó, si bien ésta sería la última vez.

Los labios de su padre se posaron sobre sus pezones, succionándolos con pasión mientras ella se resistía.

—Sí, Elaine. ¡Qué delicia! ¡Tómala, toma la polla de tu papá! —le grité.

Él empezó a lidiar con su hija, así que no ésta no tardó en rendirse, pero no dejó de ladear la cabeza para que no la pudiese besar en la boca. Sólo le permitió apretar su ardiente trasero con las palmas de sus manos. Su verga entraba, salía y volvía a entrar. Vi con claridad cómo sus labios se abrían y cerraban entorno a ella. Sus respiraciones se hicieron acompasadas y, en un minuto, ambos se encontraron en las nubes. Separándole aún más las piernas, ya no encontró resistencia. Sus bolas chocaron contra la parte inferior del trasero de ella hasta que con un gemido de frenético deseo Elaine le ofreció su boca y ambos se entregaron a unir sus lenguas.

—¡Deja que me corra dentro de ti, cariño!

—¡Sí, papá, hazlo! ¡Qué grande la tienes!

La deliciosa visión sobrepasó los límites de mi imaginación. Ya me había corrido tres veces, y ésta era la cuarta. Nuestros jadeos resonaron en la habitación. Roald gemía con fuerza.

—¡Estoy apunto! —exclamó.

—Sí, amor mío. Hazlo en mi trasero. ¡Córrete! —le exhorté.

A nuestro lado, Perla y el conde también gozaban. La orgía estaba llegando a su apogeo. De repente, recibí el cálido semen de Roald dentro de mí, al tiempo que Perla y Elaine aceptaban los tributos masculinos. Así, yacimos en el suelo pensando en los placeres que podían seguir a éstos. Me eché hacia adelante y me separé de mi compañero, sintiendo timidez en medio de nuestra desvergüenza.

Sin embargo, no íbamos a gozar de cierto respiro pues Perla se apresuró a llenar

de nuevo todos los vasos de vino.

Elaine, desprendiéndose de su atavío, se dejó puestos el corsé, las medias y los zapatos y se sentó con una expresión lánguida. Mi tío la abrazó y empezó a jugar con sus senos. El cansancio que se había apoderado de nuestros campeones se hizo evidente con el deshinchamiento de sus penes.

—Ahora tumbémonos, porque no tardarán en volverse a endurecer —dijo Perla.

Ella se sentó junto a Roald, yo al lado de mi tío y Elaine se quedó con el conde.

Son tan placenteros esos momentos en que una languidez amorosa se apodera de una, que las palabras fluyen con naturalidad al tiempo que se hacen sugerencias libertinas. No hay prisas. Hace tiempo, oí contar historias de prostitutas, seguramente inventadas, en las que los varones aparecen vigorosos y siempre predispuestos, cosa que no ocurre en el mundo real. Si bien es cierto que una mujer puede ser follada una docena de veces en una noche, un hombre es capaz de satisfacerla tres o cuatro veces a lo sumo, siendo relevado por otros varones.

También he oído contar los chismorreos de los típicos hombres que dejan volar su febril imaginación con visiones que dudo hayan experimentado alguna vez, ya sea por falta de tiempo, oportunidades o salud.

A pesar de la lascivia de nuestras tentativas y acciones exitosas, no hubo palabras altisonantes en nuestra relativamente tranquila tertulia sobre tales asuntos.

Es cierto que el francés es mucho más suave. Poco a poco, Elaine y yo fuimos aprendiendo esas palabras y frases en tan delicada lengua a medida que las necesitábamos. También las solíamos emplear, para divertimento mutuo, en las conversaciones con las damas que no tenían ni idea, por ejemplo, de que *pine* significa «polla» y *les fesses* es «trasero».

Conocimos a muchas señoras que habían aprendido el «francés culto» y poca cosa más. Nos entreteníamos utilizándolas en medio de una conversación virtuosa, y fingíamos una afectada timidez e incluso desmayos diciendo que habíamos confundido el verdadero significado de las palabras.

Asimismo, esa memorable noche aprendí de Perla el valor de la discreción, pues mientras el conde nos entretenía con sus obscenas historias, permitiéndole compilar su particular cuento de *Las mil y una noches*, ella permanecía como ausente.

Así, aun teniendo menos experiencia, una es más respetada que esas otras que, a los ojos de los hombres y de algunas mujeres, parecen más deseables. A una puta sólo la vuelven a mirar aquellos que patéticamente depositan unos soberanos en sus bolsillos a cambio de unos minutos de placer.

Transcurrió una hora antes de que reemprendiéramos el juego que Rabelais describió como el de «la bestia tumbada por dos veces». Elaine iba a recibir a su padre en el trasero, como le había prometido, mientras que yo iba a dedicar todas mis atenciones al conde y a Roald. Este último llevó su pene a mis labios al tiempo que nuestro anfitrión, haciéndome arrodillar delante de él, me ensartó el coñito.

Perla haría las veces de ayudante de mi tío. Lo primero que hizo fue conducir a

Elaine a la mesa donde había sido azotada. Sin castigarla esta vez, la dama puso un cojín de terciopelo azul en el canto de aquélla para que mi prima pudiera apoyar su estómago.

Con las piernas abiertas y el trasero mostrando su perfecta redondez, dejó que su padre jugueteara con ella. Ahora Elaine se mostraba sumisa y obediente, como era deseo de él. No dijo nada, sólo gimió confusa cuando al principio sintió los dedos de mi tío recorriendo los labios de su sexo con el fin de humedecerlos y excitarla.

Yo, insegura acerca de si el encuentro final sería un éxito o un fracaso, me eché hacia atrás hasta ver que su vara se aproximaba al orificio posterior de Elaine. Entonces, puso una mano sobre su hombro y con la otra la ayudó a encontrar la postura ideal para ser penetrada. Al cabo, se untó de aceite los dedos en una pila cercana y la hizo gemir, jadear, y moverse al tiempo que le lubricaba el ano.

—Elaine ya ha gozado hoy de una buena polla y ahora se va a divertir con la de su padre —dijo Perla, que estaba disfrutando con la escena.

Diciendo esto, cogió a mi prima por la nuca y, apartando un poco a mi tío, se entregó a masajearle el trasero mientras le susurraba toda clase de fantasías eróticas.

Su respiración era calmada. Elaine escondió entonces el rostro en el hueco de sus brazos y se relajó sobre la superficie de la mesa. Al cabo, empezó a contonear el trasero con lascivia mientras su padre aguardaba con impaciencia tomar posesión de su trofeo.

No tuvo que esperar demasiado tiempo, ya que Perla la preparó a conciencia con lo que había dado en llamar su «dedo profundo». Eso significaba que se dedicaba a meter y sacar varias veces su dedo índice en el rosado orificio para, de ese modo, lubricarlo bien.

Poco después, mi tío introdujo su herramienta en tan succulento agujero y la movió con suavidad hasta que Elaine evidenció su placer agitando los hombros y jadeando. Su pene se mecía de atrás hacia adelante una y otra vez. Entre tanto, yo me dediqué a chuparle la polla a Roald al tiempo que los labios de mi vulva hacían otro tanto con la del conde. Entre gemidos de placer, los míos un tanto ahogados, claro, nos transportamos al mundo del deseo.

Mi tío introdujo su endurecido miembro con un sonoro *plop* que dejó el trasero de Elaine tan inundado de semen como jamás lo había visto.

Yo quise seguir su ejemplo, de modo que retiré la polla de Roald de mi boca con el tiempo suficiente para pedirles que me salpicaran con su esperma, lo cual hicieron con un vigor inesperado.

Nuestros juegos llegaron a su fin y todos nos dirigimos a nuestras camas; bien entendido que los hombres precisaban descansar. Yo me metí bajo las sábanas con Elaine, que había gozado demasiado para negarlo.

—Te dije que papá la tenía enorme —murmuró triunfante, como si todo hubiese sucedido de acuerdo con sus deseos más que por nuestra imposición.

—Sí, pero ni la has visto ni la has sentido hasta el fondo —repuse, abrazándola

con ternura.

—Mira quién fue a hablar. Tú ni siquiera has llegado tan lejos como yo —declaró como quien pierde terreno y trata de ganarlo de nuevo a cualquier precio.

—¿Te refieres a papá? —inquirí atónita, pues aunque mentiría si dijera que la idea no había cruzado ya por mi mente, me pareció un golpe bajo.

—Eso es diferente, porque yo soy más joven que tú —repliqué con semejante falta de lógica que no pude evitar reírme en la oscuridad.

—Eso ya lo veremos. Lo que yo he recibido tú también lo debes aceptar, ya que en caso contrario serías una tramposa. Venga, prométemelo.

No pude, así que evité sus preguntas. Sin embargo, la sola idea de que llegara a realizarlo, me hizo separar los muslos para anhelar sus caricias.

TODO era puro decoro a la mañana siguiente cuando, entre las discretas actitudes de las damas y los caballeros que habían participado en los placeres mutuos, nos desayunamos y nos despedimos afectuosamente del conde y de Roald. Este comportamiento carente de artificiosidad o insinuaciones me pareció muy apropiado. Elaine, sintiéndose al principio algo incómoda, se tranquilizó al darse cuenta de que en realidad no éramos sino tres damas y un caballero que regresaban a su hotel y que ninguno de nosotros evidenciaba ni un ápice de lascivia.

Me sentí halagada, pero no porque el conde nos hubiera elegido precisamente a nosotras, pues sabía que con toda probabilidad otras ocuparían nuestro lugar durante la noche. No tuve esa típica sensación de celos o de pérdida; yo era lo suficientemente lista como para comprender que, quizás, nos habíamos utilizado mutuamente, no de un modo egoísta sino de común acuerdo. Elaine, que durante varios días se había jactado de su perfecto conocimiento de las cosas del amor, ahora mostraba una ingenuidad que nos divertía y hacía que yo la apreciase más que nunca.

—¿No hemos hecho ya todo lo que se podía hacer? —preguntó ella refiriéndose, claro, a nuestras libertinas experiencias.

Cuando llegamos al hotel y tras ausentarse mi tío, las tres nos dirigimos en silencio a la suite de Perla. Elaine continuó hablando de cuanto había leído en los libros de su padre con la esperanza, quizás, de impresionar a la dama.

—No, preciosa —dijo ésta respondiendo por fin a su primera pregunta—. De ningún modo. Es cierto que has gozado al meterte el sexo varonil en tu chochito así como en tu trasero, pero aún tienes que probar con uno en cada orificio y al mismo tiempo.

El semblante de mi prima era indescriptible y sólo de pensar en esas palabras se retrepó en su silla con fingido asombro de que aquello pudiera ser posible.

—Claro que es cierto y, además, puede ser una experiencia maravillosa si los varones no te tratan con violencia, aunque éste es un riesgo que os anticipo en nuestros círculos —comentó Perla y añadió— éste es sólo el prólogo de lo que serán tus aventuras amorosas y, por supuesto, de tu instrucción pues si la memoria no me falla aceptaron traerte por esto último más que por aquello. Así como el violinista es capaz de arrancar de su violín un sinfín de melodías, nosotras podemos hacer lo mismo con nuestros cuerpos y nuestra ingenuidad. La mente es, por encima de todo, el más extraordinario de los instrumentos y puede evocar fantasías que aún desconocéis. Si, por ejemplo, Arabella no hubiera caído anoche a los pies de tu papá implorándole que desistiera de asaltarte, todavía te encontrarías entre los no iniciados. De este modo te has desinhibido y ambas os habéis enriquecido grandemente con sensaciones y emociones. Debes utilizar éstas tanto como tus espléndidas curvas, pues unas te llevarán a la satisfacción de las otras.

—Pretendes que usemos la imaginación, ¿no es así? —le pregunté con la intención de rescatar a Elaine, que parecía algo molesta al ver que no había impresionado a Perla tanto como hubiese querido.

—Precisamente, Arabella. Nunca dos cosas o dos hechos son siempre lo mismo. Ambas habéis demostrado ahora que sois deliciosamente libertinas, y estoy segura de que lo continuaréis siendo. Con el tiempo iréis mejorando; sería una lástima que una de vosotras contrajera matrimonio antes de haber probado todos los frutos del jardín.

—¡Elaine ya ha probado la fruta prohibida! —exclamé con malicia, a lo cual respondió ella con un gesto de desaprobación y me mandó callar.

—Pues hizo muy bien. Ese tipo de barreras levantadas por una sociedad hipócrita no están hechas para nosotras. Sólo debemos respetar dos preceptos fundamentales. El primero es una tajante negativa a forzar a nadie en participar en los placeres carnales pues, en última instancia, se debe respetar la llamada libertad del individuo. El segundo, y huelga mencionarlo, es que debemos evitar el dolor a toda costa.

—Sí, pero papá me azotó con el látigo —se quejó Elaine.

—¡Tonterías, niña! No hacía más que bruñir tu trasero ya que después de azotarte sin dejarte ni una sola marca, sentiste un inmenso placer. Generalmente, las muchachas de tu edad reciben las amonestaciones del látigo en las nalgas y de este modo manifiestan su sumisión. En los internados, las niñas suelen ser azotadas con la vara o la correa antes de que sus papás les pongan la mano en sus traseros. Son los así llamados placeres ilícitos. El *látigo*, sin embargo, debe considerarse diferente porque es un método que se emplea para persuadir a las muchachas a que adopten una postura de obediencia y una buena disposición para ser *ensartadas*. Al descubrir éstas el deleite que les produce sentir un miembro eyaculando dentro de ellas y los premios y mimos que reciben por su sumisión, todo empieza a ir como una seda. Esta experiencia es beneficiosa para ellas, porque de lo contrario llegarían al tálamo nupcial en completa ignorancia. Ven, Elaine. Siéntate en mi regazo y dime la verdad; ¿no te gustó?

Mi prima, obediente, se sentó sobre sus muslos y dejó que Perla le hiciera caricias. Éstas la excitaron de tal modo que no tardó en confesar que sí había gozado.

—¿Y los latigazos? ¿Fueron dolorosos? ¿Piensas que fue una tortura?

—¡Oh, no! Me flageló y me dolió un poco, porque algunas de esas varas tienen unas puntas horribles, pero una vez me acostumbré al escozor, se convirtió en una quemazón excitante que me hacía sentir bien.

—Querida mía, fuiste sometida y ensartada como debe ser, tras haber puesto tu trasero al rojo vivo. Siempre que una muchacha se entrega, ha de ser poseída de inmediato, o de otro modo empezarían a asaltarle las dudas y querría huir. Claro que éstas desaparecen en cuanto la polla se acomoda en su coñito o en su trasero y ya no puede escaparse; entonces, el caballero la follará con delicadeza para que comparta los placeres sexuales y se entregue incondicionalmente. Por otro lado, la timidez también tiene su encanto y por eso no quiero que la pierdas.

Y dirigiéndose a mí añadió:

—Acércate, Arabella. La putita se está poniendo caliente. Tú encárgate de su trasero mientras yo la tumbo.

Dicho esto, Perla le levantó hasta la cintura el vestido, con lo cual sus nalgas quedaron abiertas sobre los muslos de la dama. Esto me permitió acceder a sus recovecos más íntimos. Me eché en el suelo, entre las dos e introduje el índice en el ano mientras Perla le estimulaba el clítoris.

—¿Qué pretendéis hacerme? —jadeó Elaine al tiempo que forcejeaba sin éxito pues estaba bien sujeta y no podía escapar.

—Esto sólo es un pequeño adelanto de lo una polla puede hacerte sentir, cariño; aunque me temo que nuestros dedos sean demasiado pequeños.

—¡Ah, no podría...! —gimió mi prima.

Deduje que le gustaba que le metiera el dedo pues se dejó caer sobre el mismo y casi me lo rompe. Entretanto, Perla metió el suyo en su coño y me indicó, mediante breves instrucciones, que al sentir la presión de su dedo, yo retirara el mío y que cuando ella lo sacase, volviera a introducir mi índice.

Al final empezó a gustarme, como también a Elaine que no dejaba de jadear cada vez que introducíamos nuestros dedos con destreza y alternativamente. En nuestra febril tarea, hubo momentos en los cuales noté la presión que ejercía su índice a través de la membrana que separaba ambos orificios, y comprendí el placer que Elaine estaría experimentando.

Aferrada a los hombros de Perla, mi prima parecía incapaz de hablar, si bien lo intentó repetidas veces. Sus caderas se movían de arriba abajo y su respiración era entrecortada.

—¡Ajá, ya se está corriendo de nuevo! —gritó Perla, al ver lubricados sus dedos.

Yo sentí la humedad de los míos y pensé que si éste hubiera sido mi caso, mi encuentro con Roald habría sido más positivo. Perla nos aclaró más tarde que ésta es una secreción con que la naturaleza ha dotado a las mujeres cuando recibimos el suficiente estímulo. En el caso del miembro viril se recomienda aplicar un poco de aceite de oliva templado, con lo que el placer será mayor para ambas partes.

Tras el excitante experimento, Elaine se apartó de nosotras y se enroscó en el suelo en silencio con el fin de disfrutar unos minutos más de ese placer. Perla le propinó unos golpecitos con la punta del pie, me miró y me guiño el ojo.

—Su papá sería incapaz de encolarla mientras otro la folla. Eso sería demasiado para él. Los jóvenes son los mejores para estas cosas; sus penes son delgados y, además se les puede instruir para ello. Nosotras, las hembras, nos preparamos con esta clase de juegos, pero los varones también deberían hacerlo cuando son jóvenes y maleables.

Sin dudar de lo que había oído acerca de sí misma y las que irónicamente se podían calificar como sus «perspectivas futuras», Elaine se incorporó de inmediato para escuchar, y dijo sensatamente que, si bien estaba decidida a entregarse a ese

juego, temía ser víctima de la indiscreción.

—Bien dicho, Elaine —la alabó Perla—. Deben cumplirse dos requisitos previos: el primero es que debemos evitar entregarnos a compañías indiscretas. Si queréis flirtear, gatitas mías, hacedlo, pues es algo completamente diferente a mostrar que estáis dispuestas a ser complacientes. Debéis alejaros del caballero que os maltrate, es decir, de aquel que inicie una relación tratándoos como si fueseis de su propiedad. Seguramente, es el típico hombre que se vanagloria contando sus hazañas a los demás en el club o en cualquier otro sitio.

—Te refieres a un compromiso, ¿no? —inquirí.

—Sí, lo has entendido bien, Arabella. Pero también me refiero a una relación puramente amorosa. Tomemos el ejemplo de una joven de buen aspecto y bien proporcionada, de la que se sospecha que lleva las semillas de la «perversión» en sus entrañas. Puede que haya tenido buenas carabinas o que su mamá le haya dado malos consejos sobre temas relacionados con los placeres sexuales, pero con el simple roce de una mano, se despertarán en ella las mismas sensaciones que tiene cualquier otra muchacha.

Podría incluso pretender tener escrúpulos morales. Si es así, sería más conveniente para ella que se dejara seducir primero por damas como vosotras —dijo Perla con ojos centelleantes—. Sabemos que esto es posible por las experiencias que hemos tenido en los internados, donde muchas de nosotras nos hemos encontrado por casualidad a una o dos muchachas entre las sábanas. La habilidad de los seductores es un requisito imprescindible, ya que éstos deben lisonjearlas hasta excitarlas y hacerlas ladear para que de este modo se entreguen al miembro viril que las aguarda en secreto.

—Sin embargo, hay que guiar a la joven en cuestión, nunca forzarla. Ella, excitada por el encuentro amoroso, se abandonará a sus instintos y quizás éstos la conviertan en cómplice de otros asuntos amorosos. Así se inicia la cadena y todo entra a formar parte de un círculo vicioso. Los unos confían en los otros y la discreción debe ser absoluta.

—Como ocurre con nuestra visita a París, ya que mamá no se puede hacer una idea de a qué hemos venido —dijo Elaine.

—Exacto, pero me parece que en realidad es al revés, porque tu mamá se comporta como una Messalina mientras que sus hijos e hijas ignoran lo que sucede. Nunca es demasiado tarde para iniciar a una mujer madura, siempre y cuando su rostro y su figura sean lo suficientemente atractivos. A veces, esto ocurre sin necesidad de planearlo, ni de implicar a extraños. He oído hablar de una dama de la alta sociedad que fue sorprendida en el baño por su hijo y un amigo de éste. Al creerlos jugando tranquilamente en el jardín, dejó la puerta del baño entreabierta.

Cuando cayó en la cuenta de que la estaban espiando a través del resquicio de la puerta y oyó los suspiros y las risitas histéricas que de allí provenían, se sintió sumamente molesta y desahogó en ellos su furia, amenazándoles con aplicarles un

severísimo castigo.

Mientras salía de la bañera y se secaba a toda prisa, les ordenó que se dirigieran a su tocador y se bajaran los pantalones. Envuelta únicamente en un albornoz, entró en la habitación y encontró a los dos penitentes agachados, con las orejas ardiendo y avergonzados por haber sido sorprendidos.

Sin pensarlo dos veces, la dama colocó sus traseros uno junto al otro y los azotó alternativamente, obligándolas a chillar y retorcerse.

Sin embargo, mientras los castigaba notó que se les ponía dura, no sólo por la zurra sino también por los delicados perfumes que emanaban de su cuerpo. La dama, escandalizada, confesó no haber nunca presenciado un espectáculo tan desagradable e imprudente, tomó sus penes entre las manos, uno tras otro, sin dejar de pegarles. Era lógico, pues, que los muchachos se excitaran tanto que no supieran si sollozar o gemir de placer.

La dama se dio perfecta cuenta de lo que sucedía al sentir al tacto las palpitations de sus menudos miembros que, a juzgar por su medida, no estaban nada mal.

Con cada azote, sus pollas se estremecían de gusto en sus manos, hasta el extremo que ella temió que se corrieran. «No sé qué voy a hacer con vosotros; sois unos chicos muy traviesos», gritó, con lo cual sus penes se endurecieron aún más.

Se dieron la vuelta y, con el trasero ardiendo y exhibiendo sus instrumentos con obscenidad, le pidieron perdón. Su hijo se arrojó a sus brazos, con lo que su polla se abrió camino entre los pliegues de su bata haciendo presión contra su vientre, y confesándole que se sentía raro.

A esto, los tres no tardaron en convertirse en siervos de la lascivia. El amigo se colocó detrás de la honesta señora y le levantó la bata para restregar la polla entre sus nalgas. La dama, desconcertada, no sabía cómo reaccionar.

Sin embargo, la constante fricción de ambas vergas, tanto por delante como por detrás, estimularon todos sus sentidos. Al principio, fingió resistirse, pero acabó dejando que la tumbaran en la cama para que su hijo se la introdujera en el sexo y el amigo se dedicara al ano. Poco después, la mujer entró en éxtasis, pues debido la continua fricción, ambos orificios la hicieron gemir de placer.

—Seguro que ellos también sentían lo mismo —dije riéndome entre dientes.

—Seguro, Arabella, porque después del primer asalto hubo un segundo pero no sin antes haberles hecho prometer bajo juramento que guardarían el secreto. Todas las tardes repetían ese luego. Nadie sospechó nada nunca, porque ella pretendía una falsa mojigatería.

—¿Y tú cómo te enteraste, entonces? —pregunté.

—Por verdadera casualidad, querida. Durante una visita que hice a la casa, me estaba cambiando en una pequeña habitación contigua al tocador cuando los muchachos, ignorando mi presencia entraron como una exhalación, la tumbaron sobre la cama y regocijados le levantaron las faldas, al tiempo que le pedían que les

ordeñara las pollas. Cuando comprobó horrorizada que yo había presenciado en silencio la escena, se derrumbó en un llanto desconsolado pues me creía un modelo de decencia. Yo la consolé diciéndole que si ella gozaba de este modo, no tenía por qué privarse de ello.

—¿Te uniste a ellos? —preguntó Elaine.

—No, cariño. No lo hice porque me apercibí de que la dama quería estar a solas con los muchachos; no quería compartir los placeres del sexo conmigo y eso debemos respetarlo. Le juré guardarle el secreto y la azoté como penitencia por sus pecados tanto presentes como futuros. Ella me lo agradeció. Yo sabía con seguridad que volvería a las andadas tan pronto como me fuera, porque una vez se le ha cogido el gusto a estas cosas, es muy difícil dejarlo.

—¡Cómo me hubiera gustado estar en su lugar! —exclamé intentando sorprender a Elaine.

—En ese caso, adelante, hazlo —asintió Perla con una sonrisa—, pues debes saber que hay muchos miembros viriles jóvenes ansiosos por ser excitados e instruidos. Es preferible que una joven excite a un hombre maduro, ya que una pareja de jóvenes, aunque estén bien educados, deben aprender a ser discretos. Se les puede instruir para que se dejen guiar por las damas, como le ocurrió a nuestro amigo con la modista. Otro sistema consiste en tener una vigorosa polla en el trasero al tiempo que otra muchacha joven y bella le lame el coñito. ¡Oh sí, eso es algo delicioso! —se estremeció Perla, mientras sus ojos resplandecían al evocar antiguos recuerdos.

—¡Cuéntanos más cosas! —le suplicó Elaine con mal disimulada avidez.

Después de haber oído todo aquello, sentía aumentar su perversión, como si apenas fuera una joven inocente que sólo se hubiera refrescado los dedos de los pies en las turbulentas aguas de la pasión.

—Tenéis que aprender todas y cada una de las cosas que os voy enseñando con tanta paciencia. Hiciste muy bien en leer las novelas obscenas de tu papá, querida, pero debo advertirte que la mayoría de ellas son bastante inocentes. Lo mejor que puedes hacer es inventar tus propios juegos, ya que aquellos otros sólo te proporcionarán la mitad de placer. Cuando tengas una polla en la mano sé lasciva o sé tímida, como tú misma prefieras, pero nada de medias tintas, porque eso sería una torpeza por tu parte. No hables de tus encuentros amorosos con nadie a menos que confíes ciegamente en la persona a la que se los relates. Si no lo hicieras así podrías salir perjudicada y luego lo lamentarías.

—Pero, ¿y si te sorprenden? ¿Nunca has tenido ese contratiempo? —me atreví a preguntar.

—Siempre pueden presentarse toda clase de contratiempos, Arabella, pero una debe aprender a sobrellevarlos con dignidad. O bien reaccionas ante ellos dando la cara y enfrentándote a lo que sea, o, por ejemplo, puedes echarte a llorar y confesar que es tu primer desliz, siempre y cuando seas lo suficientemente joven, claro está. Otra opción es la de cambiar los papeles, es decir, si está en tu mano, culpar de un

modo u otro al que osó entrar a hurtadillas y poseerte.

Mi deber era recordar estas palabras para llevarlas a la práctica. Me halagaba el hecho de que Perla me considerase más madura que a mi prima en muchos aspectos, a pesar de nuestra diferencia de edad. Supe que Perla pensaba así cuando Elaine se ausentó unos instantes de la habitación.

—Hay muchos papeles distintos que representar y sé que tú lo harás con más naturalidad que Elaine, porque creo que tienes más instinto para estas cosas. No la culpo por su comportamiento cuando fue azotada, pues era la primera vez que tenía esa experiencia. Con el tiempo llegará a gustarle e incluso la excitará. Una debe saber cuándo entregarse y cuando dominar, pues se puede obtener tanto placer en la sumisión como en la conquista. Perdona, me parece que me ando un poco por las ramas, Arabella, porque esta noche vamos a vivir otra pequeña aventura y quiero ver cómo te comportas.

Un estremecimiento de placer recorrió mi cuerpo. En la mirada de Perla había una mezcla de picardía y de bondad. Yo asentí ron un gesto y le sonreí, pues estaba convencida de que sólo buscaba nuestro bien.

—Eres encantadora, Arabella. Ven, sé mi pequeña esclava. Arrodíllate ante mí, pon tu preciosa carita entre mis muslos y lámelos, porque estoy a punto de correrme con sólo pensar en lo que vamos a disfrutar.

ELAINE se quedó perpleja al oír lo de la misteriosa visita que íbamos a hacer. Gracias a Dios, yo no hice comentario alguno, ya que Perla me lo había confiado como un secreto que había que guardar.

—No le digas nada a Perla, porque quiere darnos una sorpresa —le expliqué.

—De acuerdo, pero me gustaría saber qué es lo que está pasando.

—A veces es mucho mejor no saberlo, te lo aseguro. De ese modo, resulta todo mucho más divertido —repose con una sonrisa maliciosa.

Hasta entonces, yo había sido capaz de anticiparme a los acontecimientos. Ahora, en cambio, me sentía como si estuviera a punto de abrir las puertas de un gran misterio. Sólo de pensarlo, me empezaron a palpitar las venas con fuerza. Nos preparamos para salir, ataviadas con unos ajustados corsés negros y las medias de seda sujetas con unas ligas de color rosado, «símbolo de pureza», según indicó Perla. No teníamos necesidad de llevar blusas ni bragas. Sentimos la confortable suavidad de nuestras capas de terciopelo.

Mi tío no nos acompañó esta vez, ni tampoco hizo ningún comentario acerca de nuestra aventura. Tal vez Perla había hablado con él, o tal vez no. Lo más probable es que aprovechara nuestra ausencia para divertirse en compañía de alguna *midinette*. Subimos al carruaje un maletín de piel que contenía dos botellas de champaña y las descorchamos antes de llegar a las afueras de París. Perla insistió en aleccionarnos acerca de la mejor forma de comportarnos.

—Me gustaría hacer pis ahora —declaró Elaine, puesto que no es inusual que el movimiento del carruaje haga que a una le entren ganas de orinar.

—Aguanta un poco más y espera a que lleguemos —repuso Perla.

Su respuesta me sorprendió, porque no había razón para no detener el carruaje y dejarla orinar al abrigo de la oscuridad. Elaine estaba muy inquieta.

—¡Por favor, Perla, déjame! —le suplicó, pero la dama se mostró inflexible.

En la oscuridad, me sonrió picaronamente. Yo también tuve ganas de hacer pis y le pregunté a nuestra irreconocible anfitriona si podríamos hacerlo en cuanto llegáramos.

—Pregúntaselo cuando lleguemos —dijo Elaine.

A la mortecina luz del carruaje pudimos apreciar ante nosotras la oscura sombra de un castillo casi tan grande como el del conde. Descendimos del vehículo y caminamos despacio y con cuidado, subiendo la escalera y adentrándonos en el enorme recibidor. Allí fuimos acogidas por una dama cuyo semblante mostraba una expresión tranquila y que nos acompañó enseguida a lo que me pareció debía de ser el salón.

En realidad, me había equivocado, ya que se trataba de una habitación grande y de curioso aspecto. Las paredes estaban totalmente cubiertas de terciopelo azul. Los

candelabros relucían junto a los divanes repletos de cojines, como los que habíamos visto en casa del conde. Ahí, sin embargo, acababa todo parecido entre ambos castillos, pues en el centro de la sala había unas columnas de las que colgaban unas cadenas y correas que me hicieron estremecer. De hecho, mi prima y yo dimos un paso hacia atrás, un tanto asustadas ante el espectáculo. Me tembló todo el cuerpo, temiendo lo que pudiera ocurrirnos, cosas que tal vez Perla no había previsto.

Naturalmente, estaba muy equivocada. En ese momento, sentí que una mano se posaba en mi espalda y me empujaba con suavidad hacia adelante.

—Oh, Madame, quisiera... —empezó a decir Elaine con voz trémula.

—Sí, querida, ya sé lo que buscas. Tienes el estómago revuelto por el champaña y estás deseando expulsarlo por los labios de tu chochito. ¿Quién es la hija y quién la sobrina? —inquirió nuestra anfitriona.

Se trataba de una dama de estatura imponente, quizás un año o dos más joven que la propia Perla. Su vestido era negro y de diseño sencillo. Tenía la frente surcada de arrugas y el cuello de cisne adornado por una cinta de terciopelo negro con un solo brillante.

—Ésta es la hija —repuso Perla con una sonrisa, señalando a Elaine, que se abrazaba la cintura con una mueca de desesperación en su rostro.

—Bien, así que ya ha probado el miembro viril, igual que la otra, supongo. No nos entretengamos más, ya que están ansiosas por orinar y yo tengo aquí a dos caballeros que disfrutan con ese espectáculo. Si una de ellas se lo hace encima, la azotaremos. Llévase a la sobrina a los postes, que yo me las arreglaré con la hija.

—¡Madame! —gritamos las dos al unísono, mientras yo recibía una ligera presión de la mano de Perla en la espalda que me empujó hacia adelante.

Nuestra anfitriona ni se inmutó. Cogió a Elaine por la cabellera con un gesto despiadado.

—No entiendo nada —se lamentó ésta—. ¡Qué desgracia! No puedo soportarlo más.

—Espera un poco más —le susurró la dama.

Los postes parecían estatuas. Habían sido enclavados en el suelo y tenían unos pequeños salientes enfrente de cada uno, cuya misión no tardaríamos en descubrir.

—¡Oh, deténgase, por favor! ¡Deténgase!

Los gritos provenían sin duda de Elaine. Yo no dije nada, si bien me recorrieron el cuerpo toda suerte de hormigueos y temblores. «¿Se disponían acaso a torturarnos?», me pregunté. Nos quedamos boquiabiertas cuando nos pusieron de espaldas a los postes.

—Dobla un poco las rodillas, Arabella —murmuró Perla con suavidad, haciendo caso omiso de las miradas de sorpresa que le dirigí.

No tardé en saber el porqué de su consejo cuando una correa me apretó contra el poste y me rodeó el tórax sujetándome por las axilas. Otra me oprimió el talle. En tan extraña postura, hice fuerza con las piernas para apoyarme mejor.

—¡No, no, no, por favor! —balbuceó Elaine.

Pero de nada le sirvieron sus protestas, puesto que ya nos habían atado a los postes y, calmadas, supimos que nos iban a despojar de nuestra ropa de modo que nos sintiéramos impotentes en nuestras forzadas posturas.

Luego descubrí para qué servía la pequeña protuberancia que había en la columna; no era más que un simple apoyo para el trasero, doblando las rodillas y apoyando los pies en el suelo. Después, nos amordazaron con unas tiras de tela de terciopelo, desnudas de la cintura para abajo salvo por las medias y los bordes inferiores de nuestros corsés, bajo los cuales colgaban los ligeros.

Satisfecha de vernos bien atadas, nuestra anfitriona dio una palmada y aparecieron dos caballeros de mediana edad que sólo vestían unas camisas negras y unos calcetines.

—¿No os parecen deliciosas? Están a punto de orinar —sonrió la dama y añadió —: María, ¡traiga los orinales!

No vi a nadie moverse, pero de repente apareció tras las cortinas una joven criada que portaba un orinal de porcelana negro en cada mano. Los depositó entre nuestras piernas sin decir una sola palabra y luego desapareció tan silenciosamente como había llegado. La dama volvió a sonreír y acercándose a nosotras, se dedicó durante un rato a acariciarnos los vientres y las vulvas a un tiempo, sin que nosotras pudiéramos hacer nada por evitarlo. Hice un amago de jadear bajo la mordaza y oí como algo salpicaba el suelo.

—¡Oh, cielos, ya ha empezado! ¡Caballeros, apúrense! —exhortó la anfitriona cediendo su puesto a los dos varones, que se colocaron frente a cada una de nosotras meneando sus penes mientras Elaine orinaba.

No pude resistir la visión de la polla hinchada de mi compañero y sus grávidos testículos dispuestos para el goce que sin duda seguiría. Le miré a los ojos. Mi descaro incluso me sorprendió. Nuestras miradas ardían. Me abandoné. Los labios de la vulva se separaron ligeramente para dejar pasar un chorro poderoso que salpicó el orinal de porcelana. Sus ojos se transfiguraron como nunca había visto antes. Se humedeció los labios sin dejar de meneársela con la mano. Esa escena me pareció perturbadora.

Mis mejillas ardían. Resoplé aliviando la presión de la mordaza. En el caso de Elaine, sin embargo, se requería mayor precaución que en el mío. Al fin, terminé de orinar; sólo caían ya algunas gotas doradas del sexo. La mirada que le dirigí debió de parecerle incitadora, porque el hombre se me acercó más. La función de doblar las rodillas se hizo evidente. Sólo tuvo que agacharse un poco y aferrarme las caderas para insertarme su hinchado miembro. Por los amortiguados gemidos de Elaine intuí que ésta se había colocado en una posición parecida, pero en aquel momento poco me importaba lo que estuviera haciendo y sólo me concentré en mi propio placer.

Mi húmedo sexo le facilitó la penetración a su larga y gruesa herramienta, como si la hubiese lubricado. Nuestros vientres chocaron; sus piernas se estremecieron con

violencia. Me quitó la mordaza para aplicar sus labios a los míos al tiempo que introducía los últimos centímetros de su pene a través del parapeto aterciopelado de mi corpiño. La sensación que me produjo fue divina. Nuestros muslos temblaron al unísono. Gemí mientras entrelazábamos las lenguas, con la suya metida en mi boca. Sin prisas, mi compañero empezó entonces a follarme. Esa sensación de inamovilidad forzada se me antojó placentera, al igual que la presión de sus manos a ambos lados de mis caderas, incluso a pesar de ser innecesaria.

Nadie abrió la boca. De pie junto a los postes, Perla y la anfitriona observaban la escena con deleite y en silencio. El hombre presionó sus dedos contra el corpiño que, por desgracia, me impedía ofrecerme a él desnuda. Hubo un breve instante de tanta obscenidad y dulzura que sólo podría comprenderse experimentándolo.

Ninguno de los dos varones parecía tener prisa, a pesar de lo mal sus movimientos eran cada vez más rápidos. Nos alentamos mutuamente a continuar. Quizás más excitada que yo, Elaine recibía el hambriento pene con idéntico anhelo, si bien entre sollozos, como hacía algunas veces.

Todo se desarrolló en un relativo silencio, dado que los hombres tenían verdaderas ansias por correrse. Eso lo entendí mejor más tarde. De momento, me sentí en la gloria inundando repetidas veces la ansiosa polla de mi compañero. Mi trasero rebotaba contra el saliente en que se apoyaba pero no me incomodó, más bien me agradó el contacto de su pulida superficie. Nos entregamos con más fuerza a besarnos hasta que, por fin, asiéndome con violencia las caderas, expelió el esperma en intermitentes y poderosos chorros que mi estremecido chochito impelió. Uno tras otro me fue inundando hasta que nos sobrevinieron los últimos espasmos y quedamos saciados.

—¡Qué delicia! —dijo nuestra anfitriona.

Inclinándose hacia adelante, sostuvo un momento los genitales del hombre, ya que los cuatro estábamos supeditados a sus deseos. Luego, ambos caballeros retiraron sus miembros y se recostaron en el diván contiguo a las columnas. La criada entró entonces en la sala y les ofreció unos cigarros con actitud deferente. A través del haz de humo, nos contemplaron con calma mientras éramos desatadas.

—Ahora ya son mucho más dóciles —comentó la dama con una sonrisa lasciva.

Yo esperaba los gritos y quejas de Elaine, pero sabiamente desistió de cualquier absurdo desplante. Con todo, no estaba muy segura de si llorar o reír, creo.

—¿Se bañarán ahora? —inquirió Perla.

Recibió por toda respuesta una frase ingeniosa y luego nos escoltaron al piso superior donde tomamos un baño y regresamos, mucho más reconfortadas, a otro salón en el que nos aguardaba un refrigerio de carnes, pescados y ensaladas dispuestos en una mesa baja alrededor de la cual nos sentamos sobre unos cojines, al estilo oriental. Los dos caballeros nos acompañaron, vestidos ahora de etiqueta.

—Ha sido una diversión placentera, ¿verdad? —nos preguntó Perla a ambas.

Como ahora estábamos acompañadas debíamos guardar la compostura.

—Muy entretenido —repuse lánguidamente, mientras mi prima sonreía por encima de su vaso, y añadí—: Pero aún no nos han presentado.

Inmediatamente, se cumplieron las formalidades de rigor. Nuestra anfitriona resultó ser una tal Mary Grey, que llevaba viviendo en Francia desde hacía varios años. Había sido institutriz durante un tiempo y luego se enriqueció gracias a los favores que le prestó a su último señor quien, al parecer, tenía muy buenas razones para sentirse complacido con ella. Yo sospechaba que ésa no era toda la historia, pero sólo obtuvimos discreción. Poco a poco, conseguimos sonsacarla. Su señor había sido un tal lord C., que le había regalado esta casa para sus encuentros amorosos. Él sólo pretendía que fuera imaginativa al máximo, con el fin de entretener a sus invitados ingleses y a todos los que les acompañasen.

Naturalmente, me enfurecí al oírla, pues sentí que habíamos sido utilizadas como vulgares prostitutas. Sin embargo, la dama se anticipó a mis inminentes protestas.

—No es lo que piensas, Arabella —puntualizó—, porque sólo las chicas de las mejores familias pueden participar en nuestros juegos. Éste es un refugio para toda suerte de diversiones y en el que uno se olvida de todo para concentrarse en gozar. El que os tratáramos antes con cierta rudeza formaba parte de vuestra educación.

—Muy bien, pero quizás hubiéramos reaccionado igual sin necesidad de que nos forzaran —se atrevió a decir Elaine con una sonrisa.

—¡Vaya, vaya, querida! Hasta los perros viejos necesitan juegos nuevos. Aquí los caballeros no pagan, como tampoco las señoritas reciben nada a cambio. No te enfades, pues sólo fue un luego. No me dirás que no has aprendido nada nuevo con ellos, ¿verdad?

Entonces, uno de los caballeros que hasta entonces no había tomado parte en la conversación, se inclinó hacia adelante y le susurró a nuestra anfitriona unas palabras en francés, dirigiendo la mirada a Elaine.

—Los caballeros querrían hacerte gozar, querida. ¿Te gustaría? —preguntó.

Una mueca casi cómica se dibujó en el semblante de mi prima. Aquello la había cogido por sorpresa. Le pasé, entonces, un brazo alrededor de la cintura y la obligué a echarse en el suelo con tal rapidez que no pudo resistirse.

—Sí que le agradaría —sonreí y busqué los labios de Elaine al tiempo que la estrechaba entre mis brazos—. Lo harás, ¿verdad? —pregunté con voz tenue.

—¡No quiero hacerlo con los dos a la vez! —espetó.

—No seas tonta, puedes chupársela a uno mientras el otro te folla —le dije.

Luego, sin dejar de besarla, miré de soslayo a los dos caballeros que ya se habían levantado y se estaban frotando la entrepierna con una mano.

—¡No, no y no! ¡Hazlo tú! —explotó y empezó a forcejear conmigo.

Perla se acercó de inmediato y la sostuvo con fuerza, de modo que mi prima quedó inmovilizada al instante.

—Acaba ya con tanto remilgo, muchacha. Retírate, Arabella; esto lo debe hacer por propia voluntad. Haz el favor de desnudarle, Elaine, y prepárate a recibirlos.

¡Ahora!

Las palabras de Perla fueron tan contundentes que mi prima obedeció con una rapidez encomiable. Sus piernas eran tan bonitas, su trasero tan redondo, y su chochito parecía tan apetitoso, que no pudimos sino admirarla mientras se tumbaba y esperaba con calma las atenciones de los dos hombres. Entre susurros de aprobación, uno de ellos le separó las piernas con suavidad y se puso encima penetrándola con brutalidad mientras que el segundo se arrodilló junto a su cabeza y le introdujo el miembro en la boca.

—¿No les parece extraño que todavía se comporte así? —les pregunté a Perla y Mary, que observaban la escena a cierta distancia.

—Eso no es más que una pose premeditada. Estoy segura de que eso la excita mucho. Todos tenemos nuestras pequeñas manías —repuso Mary tan fascinada como nosotras por el modo en que Elaine succionaba una polla al tiempo que la otra se balanceaba con ímpetu en su abertura.

Tenía las mejillas rosadas y mantenía los ojos cerrados. Los tres proferían continuos jadeos de satisfacción.

—Me parece que le gusta que la exhiban —sonreí, casi segura de que no podía oírme debido a sus crecientes gemidos.

Con las piernas apoyadas en los antebrazos del hombre que la estaba penetrando, Elaine empezó a apremiarlo con el contoneo de sus caderas, al mismo tiempo que embebía todo el sexo del otro.

—Hay una especie de orgullo en sus movimientos —dijo Mary, acariciándome las nalgas mientras hablaba—. Vuestros horizontes se están ensanchando, Arabella. Cuando una polla se introduce en tu chochito sientes una libertad absoluta, una sensación de felicidad indescriptible. Durante el verano, aquí solemos follar al aire libre; es algo muy hermoso.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—A las meriendas campestres, querida, con mucho vino y mucha frivolidad. Tenemos la costumbre de follar a dos o tres jóvenes sobre la cálida hierba. Si no disponemos de suficientes vergas que chupar al tiempo que las folian, cogemos unas botellas de vino vacías y se las metemos en la boca. ¡Mira, el diablo se ha metido en su boca!

Era cierto. El caballero que recibía los placeres orales de Elaine, se la introdujo hasta el fondo, le pellizcó las mejillas, le obligó a mantener la boca abierta, y eyaculó entre incesantes gruñidos de placer. Su compañero esperó a que se hubiera corrido para hacer otro tanto. El sexo de Elaine se vio inundado por un gran chorro de semen que le resbaló por entre los labios de la vulva.

Baste con decir que en menos de una hora yo también recibí ese mismo saludo de los dos caballeros y que sentí un inmenso gusto al chupar el carnoso miembro de uno mientras el otro me ensartaba. El sabor del esperma se me antojó ligeramente salado aunque nada desagradable; me dijeron que era de lo más nutritivo. Luego, tomamos

un baño más prolongado y satisfactorio que el primero, nos despedimos con un beso y volvimos al hotel.

Mi tío esperaba nuestro regreso con evidente placer, aunque nada le dijimos de cuanto nos había ocurrido. Raramente se comentan estas cosas cuando ya han pasado. Lo hecho, hecho está. Sólo cuando se repite la experiencia de tales deleites, cabe la posibilidad de hacer confidencias. Los recuerdos se han de evocar en el calor del momento, a menos que sea en una conversación, como nos ocurrió en casa del conde, inmediatamente después de varios asaltos amorosos.

Pasé la noche sola. Mi prima ni siquiera protestó cuando su padre la llevó a la cama en brazos. Pero, sin duda, inventaría cualquier pretexto para forcejear con él en cuanto se presentara una ocasión no tan íntima.

TRAS habernos deleitado durante unos días más con nuevos placeres, regresamos a Inglaterra. Habíamos aprendido en muy poco tiempo muchas más cosas de las que nos atrevíamos a confesar. Perla fue lo suficientemente discreta como para aprobar en silencio nuestras piadosas mentiras acerca de lo que habíamos hecho en realidad. Nuestra buena salud se hizo evidente a los ojos de todos. Habiendo visitado en las tardes libres el Louvre, las Tumerías y otros lugares de notable interés histórico y artístico, hablamos de todo ello con tanto entusiasmo que nadie dudó ni por mi momento de cuál había sido la razón oficial de nuestra visita a París.

Pero una semana después, cuando nuestra vida retornó a la monotonía sin haber vuelto a ver un solo miembro viril, Perla me trajo noticias que, según ella, me iban a gustar; yo había sido invitada a una boda.

A pesar de la trascendencia social del acontecimiento, la idea no me atrajo demasiado y así se lo dije, aunque con toda educación, por supuesto. Sin dejarse impresionar por mi falta de interés. Perla me insinuó que eso era precisamente lo que yo necesitaba. Me comentó tantas cosas de la boda que se me iluminaron los ojos.

El novio era un tal Ewart Maudsley, un distinguido caballero de la realeza que, con cuarenta y dos años, atravesaba el mejor momento de su vida. Su futura esposa era Catherine, una viuda cuatro años más joven que él, y que tenía dos encantadoras hijas y un varón.

Tras la ceremonia, que por necesidad no sería eclesiástica, ya que el señor Maudsley estaba divorciado, tendría lugar una recepción privada. Perla intuyó por mi semblante que yo ansiaba ir al grano.

—Está bien, Arabella, te lo voy a decir porque ya te he molestado bastante con los pormenores mundanos. La familia de la dama conserva la tradición de que la novia debe ser ungida antes de casarse, o como en este caso, antes de contraer segundas nupcias.

—¡Oh, Perla, no seas tan misteriosa! ¿Qué es eso de ser ungida y por qué me ha de interesar?

—Te interesará, y mucho, si te digo que por ungir a la novia se entiende que la deben penetrar por uno u otro orificio; por los dos, en realidad, pues la tradición estipula que todos los invitados masculinos deben ensartar a la novia, así como a las damas de honor y a toda aquella que se presente.

—¡Santo cielo! ¿Estás segura de que se trata de una tradición familiar?

—En este caso sí, cariño, por raro que pueda parecer. La propia madre de la novia lo fue hace muchos años, y dos de sus hermanas también. Según se dice, es una ceremonia que se extiende a los que participan en la cosecha, cuando se desnuda a las campesinas para tomar parte en las ceremonias paganas. ¿No has oído hablar de ellas?

—Pues no. Espera, ahora recuerdo que en la última cosecha quise asistir a la fiesta de los granjeros, pero papá me lo prohibió alegando que no era apropiado que una señorita como yo se mezclase con campesinos.

—Es cierto, Arabella, porque aunque los hombres te hubieran permitido participar en ella, habrías visto muchos traseros o chochitos penetrados sobre el heno. Es algo que se remonta a los tiempos antiguos, según me han dicho, cuando existía la creencia de que después de recogida la cosecha «todo» se debía fertilizar de nuevo.

—¡Siempre me sorprenden tus historias! Querida Perla, tú siempre has sido nuestra mentora. Nos has guiado a través de los senderos del placer, con excelentes resultados. Ahora, cuéntame cómo es que me han invitado.

—Bueno, le he hablado a Catherine de tu divino talento, confidencialmente por supuesto. Te puede parecer extraño que sólo piense en ceder ante el libertinaje, pero en realidad ella se cree en la obligación de continuar una tradición tan antigua. No creas que se trata de algo descabellado, pues los invitados son seleccionados con todo cuidado. La recepción tendrá lugar en su futura casa, amueblada para la ocasión. Como te he dicho antes, Catherine no estará sola en esto; las dos damas de honor también tendrán su ración y como es natural ya lo saben.

—Pero entonces se romperá el círculo de la discreción.

—De ningún modo querida, puesto que las damas de honor son sus hijas. La mayor, Grace, tiene dieciocho años y es muy hermosa aunque quizás sea un poco reticente. La otra, Susan, acaba de cumplir los quince y es tan bonita como su hermana. Es muy tímida y sólo la penetrarán por detrás para preservar su virginidad algunos años más.

—¡Dios mío! ¿Y eso ocurrirá a la vista de todos?

—¡Qué menos! De lo contrario las hijas no podrían asistir y eso sería inimaginable. En cuanto a ti, si quieres harás las funciones de maestra de ceremonias, ya que Catherine prefiere dejar esa clase de cometidos en manos de otras personas. Como comprobarás, la tradición conserva una curiosa formalidad en estos lemas. La novia no debe hablar y tampoco está invitada a la recepción. Tras escoger la hora de la misma, ella entrará y se ofrecerá sobre el altar de Venus, que en realidad es un diván o una mesa, según lo que desee.

—¡Es de lo más extraño y sorprendente que jamás he oído! Eso quiere decir, Perla, que mientras los caballeros la poseen, sus propias hijas esperarán turno.

—Eso también está previsto de antemano. Por lo que se ve, la tradición de la familia de Catherine se remonta a varios siglos atrás. No habrá más de seis caballeros, y por tanto no más de seis damas. La penetrarán uno tras otro, pero sólo podrá correrse el último. Si algún varón eyacula sin darse cuenta o se excita demasiado, será expulsado de inmediato. Eso se hace para fomentar posteriores asaltos.

—Entonces, el señor Maudsley, o quizás deba llamarlo Ewart, gozará con un harén de tres mujeres después de la ceremonia.

—En cuanto a eso, Catherine opina que las muchachas no tendrían que darle placer tras la ceremonia, pero me temo que sus ideas sean algo anticuadas y que debería conformarse con un tercio de los placeres que él le proporcione. Catherine piensa comportarse con orgullo y no dejarse llevar por la orgía, como ella lo denomina. Es algo absurdo, puesto que ya ha participado en otra; cuando su padre y sus hermanos le ungieron con esperma la vulva. Dijo que no sintió pasión cuando la poseyeron y que lo hizo por obligación. Como son hombres de honor y conocían las reglas del juego, no la poseyeron después.

—¡No puedo dar crédito a mis oídos, Perla! ¿Tú la crees?

—Sólo en parte. Me consta que Catherine es una redomada discípula de Príapo, aunque intenta decantarse hacia la bondad. En aquella ocasión se quedaron con sus bragas, aunque ella lo niega. La tradición dice que dos personas «extrañas» deben asistir a la recepción para asegurarse de que todo se haga bien; y esas personas somos nosotras, verdaderas privilegiadas en este caso. Ella está en una edad en que le gustaría violar un poco las normas del juego y nuestra presencia le dará una inmejorable excusa para hacerlo.

—Ésa es sin duda la razón por la que quiere que estemos presentes —declaré.

—Por supuesto, Arabella. De ese modo no se sentirá culpable por lo que pueda pasar. Seguro que le ha dicho a Ewart que nuestra misión es la de proteger a sus hijas.

Como es de suponer, después de nuestra conversación, no dejé de pensar en tan extraño asunto. No le dijimos nada a Elaine, ya que el mero hecho de comentarle algún detalle la habría irritado.

Dos días después conocí a la que habría de ser nuestra anfitriona. Catherine era una mujer de exquisita figura con unos ojos penetrantes y unos pechos y nalgas perfectos. En cuanto a sus hijas, Grace tenía una estatura mediana, el cabello castaño y la mirada fría y distante, cosa que el ardor de Príapo no tardaría en cambiar. Susan era absolutamente deliciosa. Sus labios rosados y llenos, sus pequeños senos muy prometedores, y su trasero alto y bien contorneado que incitaba a acariciarlo con la mano o con la lengua.

Me pareció que Catherine deseaba conversar, así que hablamos de la ceremonia. Al preguntarle qué sabía Grace al respecto, me dijo que la muchacha comprendía que habría ciertas libertades a las que no se podría resistir o, de lo contrario, la ocasión sería un completo desastre a lo que ella misma repuso que hubiera preferido conservarse intacta, mas no deseaba estropearle el día a su mamá.

Esta charla tuvo lugar en el salón privado de Catherine contiguo al tocador. Perla declaró que había llegado el momento de entrar en detalles.

—¿Acaso dudas, querida, de que Grace vaya a ser penetrada en la recepción, igual que lo serás tú? —inquirió nuestra anfitriona, que descansó las manos en su regazo, azorada, y empezó a jugar con sus anillos.

—Estoy algo celosa de mi hija, Perla —confesó—, porque Ewart tiene una erección cada vez que hablamos de ella.

—Bueno, seguro que en esos momentos lo habrás saciado con tus mimos hasta conseguir que eyacule de placer —repuso ella con una sonrisa—. Querida Catherine, no puedes violar ahora la naturaleza de tu ceremonia. Sabes que te levantarán las faldas y estarás preciosa con tu vestido de novia alzado hasta las caderas, y rendirás tributo a todos los miembros viriles que se te presenten. Será una ceremonia preciosa y opino que la sociedad debería adoptarla en adelante. Arabella o yo misma conduciremos a los varones hasta tu altar. Ya sabes que no te penetrarán más de una docena de veces, y eso si no se corren demasiado pronto dentro de tu sexo. Después les llegará el turno a las damas presentes. No te preocupes, Arabella y yo cuidaremos de que todo se cumpla según la tradición. Como ves, soy muy sincera, y sé que eso es algo que aprecias mucho.

—¡No puedo pensar en ello! —exclamó Catherine.

—Pues deberías hacerlo —me atreví a aconsejarle, si bien en un tono suave que pareció casi comedido—. He oído decir que estas ceremonias, tan escasas y bellas, son muy antiguas y permanecen invariables durante generaciones. Es el momento de gozar y renovar los deseos carnales, ¿no te parece?

—Yo no he sabido explicárselo así a mis hijas —repuso con una cierta pesadumbre.

—¿Por qué no? —intervino Perla—. Piensa que al menos Grace ha de estar informada de ello. Querida, la dulce Susan estará más preparada para la ocasión y, en nuestra opinión, gozará mucho más cuando sea penetrada por vez primera; sería menos traumático. Después de todo, sólo estamos forzando lo que dentro de un año a lo sumo ocurrirá de forma natural con ambas muchachas y tú no lo sabrás.

Catherine se sonrojó aún más, pero no dijo nada. Era evidente que convenía con Perla en que eso era cierto.

—Sí, tienes razón. Me siento culpable cuando lo considero, amiga mía, y, como dices, yo no sabré lo que pueda suceder dentro de un año o dos.

Yo estaba convencida de que ella lo entendía como algo perfectamente lógico y natural dentro de los deberes matrimoniales, pues, como nos dijo, eso es lo que le habían enseñado sus hermanas, la madre de su madre y ésta misma; todas ellas le habían advertido que la ceremonia sólo servía como preámbulo a la noche de bodas.

—No seréis muy duras, ¿de acuerdo? —nos pidió Catherine antes de que nos enfrascáramos en una conversación más mundana, como solemos hacer las mujeres, acerca de vestidos, comida y vinos.

Por último, Perla enarcó las cejas y dijo:

—Hay momentos, Catherine, en los que una joven debe ser sometida. Incluso eso mismo les ocurre a algunas mujeres maduras. ¿Acaso no hemos pasado todas por ello?

—Sí, llevas razón —aseveró Catherine y nos besó a ambas en las mejillas.

—No cabe duda, Arabella, de que, una vez desposada, será una magnífica princesa del deseo —me comentó Perla al salir—. Ahora tenemos que concentrarnos

en la educación de Grace y Susan. Lo más probable es que corran a refugiarse en su madre, pero Catherine, prevenida, sabrá cómo tranquilizarlas.

—¡Esto es una maquinación! —dije divertida—. ¿En qué estás pensando y cómo lo vamos a hacer?

—No, pequeña, no te voy a facilitar las cosas; prefiero escuchar tus sugerencias. Estoy convencida de que esa linda cabecita ha sido de lo más activa durante nuestra conversación con Catherine.

Sumamente complacida por la confianza que mostraba hacia mí, no tardé en responderle que quizás fuese mejor empezar con Susan, ya que parecía la más reticente de las dos. Me dispuse a explicarle mi plan, que Perla escuchó con una sonrisa de complacencia y al final asintió diciendo que a ella no se le habría ocurrido una idea tan brillante.

Algo más tarde tuvimos ocasión de entablar amistad con Ewart Maudsley que demostró ser un caballero muy atractivo, ni muy corpulento, ni demasiado delgado, ni alto ni bajo y bastante bien parecido. En la sala principal de su mansión Perla le informó de que nosotras seríamos las damas de honor con motivo de sus nupcias, si bien no en el sentido convencional de la palabra. Ante sus palabras, él se echó a reír de buena gana y nos rogó que continuáramos con nuestros planes sin dejar de mirarme de soslayo, cosa que no me pasó desapercibida. Tomando la palabra, le referí algunos pormenores acerca de lo que pretendíamos hacer. Me escuchó con un interés creciente, como no tardó en ponerse de manifiesto a juzgar por el desmesurado bulto que pugnaba por escaparse de la bragueta.

—No nos andemos con rodeos, señor. Ambas deben ser iniciadas en el sexo antes de la ceremonia —le dije—, y estoy casi segura de que la querida Catherine, aunque no hemos entrado en detalles, no las ha aleccionado lo más mínimo.

—Eso es absolutamente cierto, querida —repuso.

Al acercarle nuestras copas para que las llenara de nuevo, me hizo notar su erección al rozarme el brazo con su entrepierna, de tal modo que pude percibir la longitud y dureza exactas de su miembro. Si pensó que el roce era una caricia libertina, se iba a quedar decepcionado puesto que, como evidenció mi conducta, yo deseaba que reservara las fuerzas para mi plan inmediato, un plan que estaba relacionado con la dulce Susan. Tras contarle con exactitud cómo debía comportarse de modo que todo sucediera con naturalidad, aquella misma tarde me volví a presentar ante él en compañía de la más que sorprendida Susan, que se sintió halagada por ser invitada a cenar con su futuro papá y conmigo.

—Es muy agradable veros a las dos juntas, porque estoy segura de que llegaréis a ser íntimas amigas —declaró cuando hubimos tomado el café.

Una vez que los criados se hubieron retirado discretamente, Susan y yo nos sentamos en un confortable sofá y alabé su precioso vestido al ver que la muchacha apenas había hablado durante la última hora, como si se hubiese tragado la lengua. De vez en cuando la mirábamos a los ojos y se le sonrojaban las mejillas. Entonces

me atreví a besarla en la boca diciéndole que sus carnosos labios me parecían irresistibles.

A menudo he podido repetir esa experiencia con algunas jóvenes de la edad de Susan y debo confesar que lo considero una de mis ocupaciones favoritas, dado que les resulta bastante natural moverse en tales ocasiones, sobre todo cuando nunca lo han hecho con anterioridad, lo cual no hace sino añadir placer a su seducción. Sin ofrecer resistencia, me dejó echarle la cabeza hacia atrás mientras nuestros labios se fundían y yo succionaba el delicioso néctar que éstos me ofrecían.

Al vernos, el señor Maudsley se levantó y se marchó unos minutos a una habitación contigua, como yo le había pedido en nuestra charla de la mañana. Durante su ausencia me dediqué a seducir a Susan acariciándole el trasero y los pequeños senos a naves del vestido, al tiempo que ella, azorada, respondía solícita a mis atenciones.

—¿No te parecen hermosos nuestros besos? ¿Te gustaría ser un poco libertina? —le susurré, sin dejar de mordisquearle las comisuras de los labios y sentir la turgencia de sus pechos con el tacto de mis dedos—. Cuando regrese, tu querido papá querrá besarte en la boca y estrecharte entre sus brazos como estoy haciendo ahora, Susan, por eso tengo que enseñarte antes cómo se hace. Separa los labios y déjame sentir esa apetitosa lengua que tienes.

—¡Oh, no debería hacerlo! —murmuró.

Pero estaba ya tan bien preparada que no tardó en entreabrir los pétalos de su boca ante mi insistencia y, con el más entregado ímpetu, nuestras lenguas se entrelazaron.

Sin embargo, la muchacha se puso nerviosa ante la inminente entrada en la sala de su futuro padre y trató de resistirse a las sensaciones de las que sin duda alguna estaba gozando, a juzgar por los gemidos y balbuceos que emitía, al sentir mi mano sobre su cuerpo. La tumbé en el sofá, actuando con lentitud y delicadeza, y le ofrecí un almohadón para que pudiera apoyar la cabeza, con la intención de prepararla para el encuentro que estaba a punto de comenzar.

Al cabo de un rato, mientras cubría su carita con dulces besos y me entregaba a disfrutar de su lengua, el señor Maudsley, que lo había observado todo a hurtadillas desde el resquicio de la puerta, entró en silencio y se arrodilló frente al sofá en el que Susan yacía con las piernas bien abiertas. El ruido de sus articulaciones al acomodarse en esa posición llegó a oídos de la joven señorita, que trató de zafarse de mí, un tanto asustada. Incliné todo el peso de mi cuerpo sobre el suyo, la sostuve de ese modo con fuerza, y con un ademán urgente le pedí al señor Maudsley que se diera prisa, ya que no era momento para perder el tiempo y andarse con remilgos.

El grito de Susan anunció que él le había metido las manos bajo las enaguas con la intención evidente de dejar al descubierto sus piernas.

—¡No, no, no! —chilló la muchacha, y habría sacudido la cabeza a ambos lados asustada si le hubiera dado oportunidad de hacerlo.

—¡Quítale las bragas, rápido! —apremié, al ver que el pequeño diablillo estaba forcejeando como un pez atrapado en el anzuelo.

—¡Se lo diré a mamá! —dijo con un grito desgarrador.

Yo traté de no ceder ante los lamentos de Susan, y gradualmente conseguí que se estirara boca arriba. Una vez que las manos de Ewart le hubieron acariciado el succulento chochito, procedió a lubricárselo con la lengua y los labios, obligándola a apoyar las piernas en sus hombros. La resistencia de la joven pronto dio paso a una rendición incondicional, entre sollozos, tal y como yo había previsto.

Tras desabotonarle el corsé y mostrar la desnudez de sus níveos pechos, me dispuse a chuparle los pezones al tiempo que su boca trataba de encontrar la mía y su pequeño trasero se contoneaba de placer, sucumbiendo lentamente a aquellas caricias que yo había experimentado unos meses antes.

Susan estaba ya preparada, con las mejillas sonrosadas, la boca húmeda y los pezones previamente endurecidos por mis ardorosos labios, así que le hice un gesto al señor Maudsley cuyo duro pene evidenciaba su disposición. La obligué a echarse en una gruesa alfombra y le separé con solicitud las piernas ofreciéndola a su futuro papá.

¡Ah, cómo se estremeció cuando éste se le puso encima! La primera reacción de la muchacha fue juntar los muslos ante la amenaza de la verga, pero lo resolví con unos cachetes, puesto que nunca hubo una ocasión más apropiada para ser inflexible que ésta. Entonces me tumbé a su lado y con los brazos le oprimí los hombros para inmovilizarla, y le metí la lengua en la boca mientras él la penetraba.

Sentí los febriles movimientos de sus caderas con el contacto de la polla entre los labios de su sexo. Susan gimió y me agarró las manos; la habían ensartado. Sus nalgas se balancearon bajo las manos de él durante un momento al tiempo que su miembro se abría camino dentro de aquella sedosa vulva. Un leve grito final evidenció que se la habían metido hasta el fondo. Movié las nalgas con impaciencia creciente al sentir la continua presión de la polla.

—Ahora, Susan, ofrécele la lengua, pues es algo que harás a menudo —le susurré aleccionándola, y aunque continuó aferrándose a mí, supe que estaba gozando del sexo.

Entonces, me separé de ella con sigilo y me arrodillé para observar mejor el delicioso espectáculo de la posesión total. Finalmente, la joven se estremeció al sentir cómo su futuro padre se corría entre espasmos de placer y desparramaba entre sus nalgas un prolongado chorro de semen que la dejó completamente satisfecha.

En ese momento, mientras sus vientres aún temblaban al unísono y los incoherentes murmullos de placer de Ewart llenaban sus oídos, me pareció oportuno dejarlos solos. Estas cosas se intuyen enseguida. En algunos momentos he creído necesario repetir estos preámbulos iniciales, puesto que algunas muchachas se sienten mejor si están acompañadas por otra mujer la primera vez que son sometidas en el altar de Venus. Eso fue lo que me pareció en el caso de Susan ya que, sabiendo de

antemano que aún se sentiría algo cohibida durante un buen rato, ella sólo haría un amago de resistirse cuando él la poseyera en el lecho, aquella misma noche.

La iniciación de Grace me iba a resultar mucho más interesante, puesto que aparentaba ser una joven un tanto más rebelde. Sea como fuere, yo me había ocupado de Susan, de modo que Perla tendría que encargarse de su hermana mayor. Pero el relato de lo que sucedió a continuación será el motivo del próximo capítulo.

ARABELLA y yo, empieza el relato de Perla, habíamos decidido aleccionar a los dos jóvenes por separado y sin que la una estuviera presente en la iniciación de la otra. Así pues, Grace y Susan fueron libres de pensar lo que quisieron de nosotras, si bien yo estaba convencida que, dada la naturaleza de sus respectivas expandidas, era más que probable que no se las confesaran mutuamente hasta mucho tiempo después.

Ambas coincidimos en que Grace era un caso difícil que había que tratar con suma delicadeza. Tenía una estatura algo superior a la mediana, unos cabellos largos y sedosos y una figura tan exquisita que nada tenía que envidiar a las más bellas estatuas de cualquier escultor italiano. Las piernas eran largas y delgadas, los pechos exuberantes y el trasero una perfecta manzana del deseo, pues las nalgas eran altas y tan bien contorneadas que, una vez aleccionada, podían embeberse con firmeza un robusto miembro viril.

Traté de ser firme con ella, ya que era la única forma de dominarla, si bien intenté al mismo tiempo persuadirla con artimañas para llevarla al establo al atardecer, pues me pareció el mejor momento para iniciarla en el sexo. Naturalmente, tuvimos que dar un pequeño rodeo para que no sospechara nada hasta que, por fin, encontré a un granjero de magnífico aspecto y recia complexión que, por un par de soberanos y el placer que le prometí, estuvo dispuesto a hacer todo lo que yo le dijera.

—¿Para qué vamos al establo? —me preguntó Grace al ver que caminábamos en esa dirección.

—Hay una potra intranquila y pensé que entre las dos podríamos calmarla —repose con toda naturalidad.

—Pero yo no entiendo de caballos —objetó ella.

Se habría vuelto a la casa si no le hubiese insistido en que alguien debía acompañarme.

La muchacha se obstinaba en negarse a ello y no había manera de persuadirla. A esas horas, el establo tenía un aspecto desolador, como si estuviese abandonado. Tal sensación, sin embargo, era muy normal, pues ya era casi de noche y a Grace le intimidaba la oscuridad. En efecto, la idea le pareció descabellada e insistió en regresar, a pesar de que ya habíamos llegado al establo.

—No se oye nada —me susurró asustada.

—Espera un poco y oirás muchas cosas —repose con una sonrisa irónica.

La tomé por el brazo y la conduje hacia donde nos aguardaba mi cómplice mercenario, que ya se había tumbado.

No cabe duda de que ella intuyó algún peligro puesto que sintió pánico en el mismo momento en que cruzamos el umbral. Al oírla gritar, la agarré por los brazos mientras el granjero, llamado Fred, se apresuraba a incorporarse del rincón donde se había tumbado, y la apresaba a tientas con una rapidez inusitada, para pasarle por la

cintura una gruesa maroma e inmovilizarla de ese modo.

—¡Oh! ¿Qué estáis haciendo? Dios mío, ¿qué es esto? —gritó Grace, mientras él la ataba a una bala de paja preparada a tal efecto.

—¡Cierre las puertas! —le ordené a Fred.

Oprimí el cuerpo de Grace hacia adelante, de tal modo que su cara quedó contra la paja y el trasero expuesto a nuestros caprichos.

La sostuve por los hombros, y vi entonces cómo Fred le levantaba las enaguas y se aferraba con fuerza a su cintura. Grace lanzó un grito de horror al sentir por vez primera que un hombre le iba a quitar las bragas.

—¡Qué vergüenza! Os juro por Dios que me las vais a pagar. ¡Sois unos animales! —profirió con furia mientras Fred se dedicaba a desatarle los lazos de las bragas de algodón blancas.

Mientras éstas caían al suelo, no pude sino compartir la admiración que reflejaban los ojos de Fred, ya que nunca había visto un trasero más deseable que aquél, por no hablar de sus hermosas piernas.

—¡Me moriré! —sollozó Grace.

Pero su voz sonó ahogada por la paja y lanzó un grito tan desgarrador que me vi obligada a propinarle un sonoro cachete en las nalgas.

—¿Morirte, querida? —sonreí—. ¿Sólo porque tu precioso trasero ha quedado expuesto y está a punto de ser azotado? Lo siento, pero eso es lo único que puedo hacer y no me voy a arrepentir durante un rato. Tu querida mamá debería haberte dicho, mi niña, que no hay otra forma de hacerte gozar. Fred, alcánzame la fusta.

—¡Ah, os odio! ¡Bestias, eso es lo que sois, unos bestias! ¿Quién es este hombre tan feo que está mirando mis vergüenzas? ¡Te meterán en la cárcel si me pegas! Devuélveme las bragas y depírame. ¡Qué alguien me ayude!

—Yo te ayudaré, pequeña. Sujétale los hombros Fred, que la bala de paja no se moverá.

Miré aquel trasero desnudo debajo del cual asomaba una tupida vulva; no pude dejar de admirar esa perfecta redondez ni sus largas piernas embutidas en las medias de seda como una segunda piel.

—¡No, no, no, no! —volvió a gritar mientras yo me echaba un paso atrás para medir la distancia.

No era la primera vez que utilizaba la fusta, la cual requería cierta destreza en las caderas para hacerla más efectiva. Mi intención era la de usar sólo su extremo, por supuesto, ya que, como Grace descubriría de inmediato, esa zona actuaría sobre su turgente nalga derecha con la misma intensidad que el aguijón de una abeja.

La muchacha lanzó un alarido, y aún no se había recobrado de él cuando le asesté otro latigazo en la nalga izquierda. Fred, que estaba situado junto a ella, parecía temeroso de que se me fuera la mano y le alcanzara algún golpe, a juzgar por su expresión, mezcla de contención y placer. Pronto se apercibió, sin embargo, de que no corría ningún peligro. Calculé la distancia con suma precisión, que es lo primero

que se debe hacer en este tipo de ejercicios. De momento, Grace sólo había recibido los azotes preliminares. Si me colocaba a dieciocho centímetros podía manejar bien la fusta y hacer arder aquel glorioso trasero.

—¡Detente ahora mismo! ¡Oh, Dios mío, no! ¡Déjame! —chillo Grace, mientras yo observaba los dos cardenales rosados de los primeros azotes, que, junto con los que seguirían, la harían gozar hasta que sus nalgas chispearan.

La joven, no obstante, iba a recibir muchos más, como ahora descubría, al sentir el contacto de la fusta cruzándole las nalgas y obligándola a gritar.

—¡Salvajes! —profería entre sollozos—. ¡Me vais a matar!

—No, pequeña, sólo te estamos animando —repuse, mirando con deleite la visible protuberancia que asomaba por la bragueta de los pantalones de Fred.

Su pene me pareció hermoso y duro y dispuesto a entregarse a su misión.

El silbido de la fusta al chocar contra la carne de su trasero se me antojó delicioso. No hay que olvidar, por supuesto, que yo seguía propinando azotes a Grace con mesura, pues hacerlo restallar con toda la fuerza habría sido poco menos que cruel. Pero también he de señalar que por darme gusto estaba siendo verdaderamente cruel, si bien yo lo he experimentado durante años en mi propia carne y he comprobado el efecto amortiguador del trasero femenino al recibir la fusta. Es cierto que eso se siente apenas unos segundos antes del ardor, pero es una sensación muy placentera, sobre todo cuando al final se recibe una buena verga como recompensa.

Ahora que había disminuido la intensidad de los azotes, los gritos y gemidos de Grace sólo podían indicar que sentía los tormentos del infierno y de que se estaba preparando al mismo tiempo para el divino momento del que no tardaría en disfrutar, aunque ella no fuera consciente de nada de eso. Grace contoneaba las caderas con repentinos espasmos y Fred la observaba con la mirada ansiosa mientras se masturbaba lentamente, anhelando poseerla.

Un minuto después los gritos de la orgullosa joven remitieron, así que al ver las marcas de sus nalgas me pareció que había llegado el momento de ser ensartada como sólo el miembro viril sabe hacerlo. Sus llantos continuaron, y me vi obligada a propinarle un azote especialmente intenso en la parte inferior del trasero hasta que lanzó un grito que resonó en las paredes del establo.

—¡Ya no puedo soportarlo más! ¡Basta! —suplicó echando la cabeza hacia atrás al tiempo que las fuertes manos de Fred le presionaban los hombros.

—Muy bien, querida, ha llegado el momento de tu iniciación. Tú ignoras quién te sostiene; sólo sabes su nombre. Sin embargo, él está dotado con una polla tan grande como las que verás dentro de pocas semanas, y estás a punto de tomarla, mi niña.

—¡No lo haré, no lo haré! Eres perversa; primero me azotas y ahora quieres deshonorarme. ¡Mamá, mamá!

—Si tu mamá estuviera aquí, Grace —le dije con solemnidad—, habría querido que te comportases bastante mejor de como lo estás haciendo.

Al decir esto, arrojé al suelo la fusta y, pidiéndole a Fred que no la soltara, me

puse detrás de ella y le acaricié lo mejor que supe aquel cálido y sensible trasero. ¡Qué suave y firme era y cómo contoneaba las nalgas! Como es lógico, ella lanzó un alarido que ahogué con un decidido cachete.

—¡Estate quieta, Grace! —le ordené con decisión al comprobar que sus núbiles caderas trataban de evitar el contacto de mis ansiosas manos.

No obstante, todos sus esfuerzos fueron en vano. Le coloqué la mano izquierda sobre las caderas y recorrí con la otra su trasero hasta hallar la abertura de su sexo, que encontré tan húmedo como esperaba.

—Tápale la boca, Fred —le pedí, pues no quería que volviera a gritar en ese preciso momento.

Describiendo círculos alrededor de los labios de su vagina y uniendo sus palpitations, me detuve un largo y amoroso momento; me llevé el índice a la boca, lo humedecí y se lo metí en el ano sin dejar de moverlo.

La primera reacción de Grace fue zafarse del contacto con y violencia, pero me aproveché del súbito movimiento de sus orgullosos y cálidas nalgas para adentrar el dedo un poco más. Fred no le permitió más sacudidas y yo presioné la mano izquierda contra la base de su espalda evitando así cualquier movimiento brusco de sus caderas, al tiempo que balanceaba el dedo hasta que se lo metí del todo. Aquel suave conducto era, en efecto, muy estrecho, pero se debía a la compresión de los músculos y yo me encarama de enseñarle a relajarlos.

—Señora, ¿puedo ya? —susurró Fred con voz ronca.

Yo sé muy bien que la gente del campo, debido al aislamiento de sus cabañas, no tiene muchos contactos con otra gente y, por lo tanto, no están acostumbrados a los preámbulos eróticos, por así decirlo.

—¡No! Todavía no. Tú límitate a mantenerle la boca tapada mientras yo la seduzco, porque si grita de nuevo o protesta no ir miré más remedio que fustigarla con mayor dureza.

Grace lanzó un gemido, temerosa de que cumpliera mis amenazas y aceptó con resignación la continua e inexorable agitación de mi dedo.

—¡Grace! —le advertí.

Ella se aferró a la bala de paja y gimió de nuevo, si bien esta vez fue un gemido de placer.

Entonces, creí que ya era suficiente y, con un ademán, le cedí a Fred el puesto que tanto anhelaba ocupar. Antes de que la joven se percatara de nuestros movimientos, yo me desplazé un paso hacia un lado y Fred se colocó detrás de ella, rozando los labios de la vulva con su magnífico pene erecto. Después, la cogí por la nuca y, con un respingo, Grace recibió lentamente aquella enorme herramienta, hasta que su trasero tocó el vientre del hombre, cuyos genitales acariciaron su cálido sexo.

—¡Sácala! ¡Oh, Dios mío! ¡No puede hacerme esto! ¡No puede! ¡Ah!

Como buen semental que era, Fred se la dejó dentro durante un largo minuto, que aproveché para inmovilizarla. Yo sabía que este gesto iba a ser de vital importancia

para conquistar a la orgullosa joven, puesto que ahora debía vencer sus escrúpulos. Grace sollozaba mientras Fred, por fin, empezó a sacarla. Su polla apareció con toda su longitud bañada por los jugos de la muchacha. Se la volvió a meter más rápido, de manera que esta vez las nalgas chocaron contra su vientre. Así se lo había aconsejado hacer en nuestro encuentro, ya que yo había decidido ser inflexible con Grace y necesitaba, es más, deseaba que ahora sintiera un inmenso placer.

—¡No! —continuó lamentándose la muchacha.

Sin embargo, no dejaba de contonear las caderas, como confirmación del goce que recibía. Entonces, con la mano libre me dediqué a atusarle el cabello, murmurándole que sólo se trataba de iniciarla en los indescriptibles deleites que aún había de descubrir. Al apercibirse de mi solicitud, dejó de llorar.

—Mueve un poco las caderas y deja que te penetre. Vamos, pequeña, goza de su estupenda verga. Tu futuro papá también la tiene muy grande, ya lo verás. ¡Ah, estás jadeando! ¿No es hermoso? ¿Verdad que estás a punto de correrte, bonita?

Continué hablándole de ese modo, acercando mis labios a su oído y chasqueando de vez en cuando la lengua, asegurándole que esos momentos del juego amoroso pueden proporcionar una deliciosa sensación.

Grace empezó entonces a jadear con más fuerza y a mover las caderas con creciente urgencia a la vez que su respiración se hacía más lenta y profunda. Yo me concentré en esos sonidos que emanan de la conjunción de dos cuerpos, esa especie de chapoteo que es como una dulce melodía para los amantes de los combates amorosos.

Los brazos de Grace comenzaron a temblar y escondió el rostro entre las manos, pues aunque estaba atada por la cintura podía mover los brazos con libertad. El placer que sentía con el vaivén del miembro de Fred la hizo estremecerse con violencia mientras él, entre roncós jadeos, se la clavó por última vez, inundándola de semen; un chorro tras otro. El combate había terminado y la hinchada verga, aún orgullosa y enorme, desparramó su postrer tributo entre las nalgas. A su vez, Grace le correspondió con los temblores de su cuerpo.

Entonces, metí la mano en el bolsillo, saqué las monedas acordadas y, depositándolas en el hueco de su ansiosa mano, le lo rogué que se marchara. Tal vez temió que Grace lo reconociera o le amenazara con contarle todo, de modo que se abotonó los pantalones a toda prisa y se fue. Ella, al oírle, se volvió y se habría caído al suelo con la bala de paja, si no la hubiese cogido a tiempo.

—¿Quién era? ¿Quién era? —inquirió.

—Nadie importante, pequeña; sólo alguien con una buena verga para darte placer. Tu precioso culito rebosa de su esperma le murmuré, restregándoselo con fruición.

La besé en la boca con tanta rapidez que la pillé completamente por sorpresa.

—Tú me has fustigado. ¡Te odio! —me dijo.

—Aunque no quieras reconocerlo, las jovencitas como tú desean ser poseídas como te han poseído a ti esta noche. Reflexiona un poco y ya verás como tengo

razón. En lo más hondo de tu corazón lo sabes. Si no te hubiera azotado, nunca te habrías rendido, y aún menos te habrías dejado penetrar por tu futuro papá, tomo ahora sí harás.

—¿Que qué? ¡No podría! ¡Pobre mamá! ¡No, nunca!

Se incorporó de un salto tras haberse desatado y se volvió a poner las bragas sin dejar de mirarme, con una expresión que era mezcla de sorpresa y de resentimiento, tal y como yo había esperado.

—Harás lo que tengas que hacer y el destino te ordene. Tu mamá lo sabe tan bien como yo. Cuando el señor Maudsley vaya alguna noche a tu cuarto, tú te levantarás el camisón y lo complacerás.

—No lo haré, y tampoco me volverás a pegar más —gimió, si bien no hubo pena en su llanto.

La joven se debatía entre el desconcierto y el orgullo, así que no estaba muy segura de saber si deseaba quedarse o salir corriendo. Me acerqué solícita, le acaricié la cabellera y apoyé la cabeza sobre la suya, con la intención de consolarla. Grace me abrazó y desahogó su llanto. Con una mano, la obligué a levantar la barbilla y le prometí entre susurros que gozaría de placeres libertinos de los que nunca antes había oído hablar. A medida que se los iba citando, ella meneaba la cabeza y abría los ojos confundida, pero no la dejé zafarse de mí. Finalmente, la solté tan de improviso que se cayó con las piernas abiertas, mostrando los muslos. Se incorporó y lanzó una maldición.

—¡A casa, señorita! —le espeté.

La idea pareció gustarle; como si esa palabra, casa, fuera su único refugio para huir de mí.

Corrió hacia la puerta al tiempo que se alisaba el vestido. Ya era tarde. Vi su esbelta figura precederme a través de las caballerizas, para dirigirse hacia las luces de la mansión. Yo aún no había acabado con ella; ni con sus hipocresías.

En cualquier caso, ya sabía lo que le esperaba detrás de la puerta de la residencia.

YO, Arabella, retomando de nuevo mi relato, he de confesar alpinas omisiones que ahora esclareceré.

Al referir rápidamente la seducción de Susan, Perla y yo mantuvimos algunas conversaciones muy interesantes que, como desvelaré a continuación, precedieron a la ceremonia nupcial. Ambas habíamos sostenido ciertas teorías que yo luego recordé para llevarlas a la práctica, lo mismo que Perla. Sabiendo de antemano, por tanto, lo que iba a ocurrir en el establo y, puesto que era imposible que en la casa oyéramos los gritos de Grace, yo esperaba tranquilamente, en compañía de Catherine, el señor Maudsley y Susan.

Ésta, como es natural, se sentía incómoda con la presencia de su madre y su futuro padre cuando ni siquiera había pasado un día desde su iniciación; pero éste fue un acto deliberado de ambas para hacer estallar la bomba, como así fue. Nadie hizo el más mínimo comentario acerca de la ausencia de Perla y Grace. Sin embargo, no me pasó desapercibida la borrachera de Catherine así como tampoco los tragos de más que había apurado Susan. Como consecuencia, ésta empezó a reírse tontamente y a sonrojarse, por lo que Catherine se molestó y la envió a la cama. En ese momento, sin embargo, intervine.

—¿Es que tal vez no se va a sentar en el regazo del señor Maudsley y le va dar un beso de buenas noches antes de retirarse? —pregunté.

Entonces, Susan se llevó un dedo a la boca para evitar volver a reírse, según me pareció, si bien Catherine lo interpretó como mi gesto de indecisión.

—Quizás sea algo prematuro, puesto que todavía no estamos casados —repuso con hipo, sosteniendo el vaso de vino con mano trémula.

—Bueno, pero tiene que acostumbrarse a ello. Además, de este modo se meterá en la cama sabiendo que la quiere como a una hija —declaré.

En ese momento, Susan hizo un ademán de levantarse, como si se dispusiera a huir a su habitación, pero la picarona, que sabía muy bien cuales eran mis intenciones, se me quedó mirando en espera de un gesto mío.

—Vamos, querida, caldea el regazo de tu futuro papá con ese bonito trasero —sugerí con descaro, mientras Catherine levantaba de nuevo el vaso para beber.

Susan pareció dudar, mas se levantó; su figura se me antojó casi angelical, con aquel vestido blanco de volantes con lazos rosas y el pelo recogido en otro lazo a juego.

—Venga, Susan —insistí con firmeza.

La joven retiró el dedo de sus labios y se acercó a él con paso lento, como si flotara. Él estaba recostado en un diván, así que cuando la muchacha se acomodó en su regazo, él le separó con disimulo las piernas.

—¡Ewart! —exclamó Catherine, sin poder evitar una sonrisa estúpida, que al fin me dijo lo que yo quería saber.

—Sí, querida, su trasero es realmente cálido y hermoso —respondió, añadiendo con ironía—: ¿Acaso no puedo besarla en los labios para desearle las buenas noches?

—¿Cómo? Por supuesto que puede hacerlo, ¿no es verdad? —afirmé dirigiéndome a Catherine.

Estábamos sentadas las dos juntas, frente a la pareja, de modo que parecíamos meras espectadoras de la escena.

—Bueno, en realidad yo no... —balbuceó ella mientras se le sonrojaban las mejillas.

—¡Qué piernas más bonitas tiene! Sus muslos son de lo más agradables para la edad que tiene e intuyo que deben ser tan cálidos como un nido y tan suaves como el pelaje de un conejo —continué, dando un énfasis especial a la última palabra—. Susan, nos los tienes que enseñar antes de retirarte, porque estoy segura de que son tan hermosos como sugiere el contorno de tu cuerpo bajo el vestido.

—¡Oh! —se escandalizó la muchacha, que nunca había pensado en hacer una exhibición de ese tipo para nadie, y menos delante de su madre.

Ewart, sin embargo, informado del destino que había corrido Grace aquella misma tarde, la abrazó con fuerza obligándola a sonrojarse y esconder la cara bajo su chaqueta mientras que le subía las faldas hasta las rodillas. Al cabo, le metió la mano bajo las enaguas. Susan dio un respingo y se estremeció.

La expresión del semblante de Catherine era tan imprecisa que no supe si iba a echarse a reír o a llorar; en cualquier caso, se había relajado tanto bebiendo durante la velada que aún tenía los ojos vidriosos. Aproveché la oportunidad del momento, me incorporé y me senté en su regazo.

—Si fueras mi mamá, te daría el más afectuoso beso de despedida —le susurré.

Al tiempo que decía estas palabras, y aprovechando que estaba aturdida, le desabotoné el corsé y le metí la mano para acariciarle los pechos, firmes y llenos, cuyos pezones se endurecieron al instante con el tacto de mis dedos.

Catherine abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás. En un instante, le metí la lengua en busca de la suya. Me llegó un gemido de Susan al ser sorprendida, como yo había ya calculado, por los solícitos labios del señor Maudsley.

—¿Qué le está haciendo a mi hija? —dijo Catherine con voz trémula, mientras sus turgentes senos se rendían ante mis caricias.

—Está sintiendo los muslos de Susan, ya que dentro de poco tiempo tendrá derecho a ello, ¿no te parece? —comenté con una r\presión divertida.

Me he preguntado algunas veces cuál habría sido su respuesta pero en ese mismo momento oímos gritar a Grace, que entraba el vestíbulo:

—¡Oh, mamá! ¡Señor Maudsley! ¡Papá!

Los gritos se oyeron antes incluso de que Catherine se formara una idea clara de lo que estaba pasando. Me incorporé de un salto y, dejando al descubierto los pechos

de su madre, me encontré con la mirada de Perla. Con la fusta en una mano, ella había seguido los pasos de Grace y cerró las puertas tras de sí. Huelga decir que Susan se apartó del señor Maudsley con un grito y se tiró al suelo, mostrando los ligeros y las bragas.

Grace lanzó un lamento, pues no podía dar crédito a sus ojos, cuando entró en el salón. Su madre hizo otro tanto y se habría levantado si no la hubiese obligado a sentarse de nuevo con un empujón.

—Bien, estoy segura de que vamos a aclarar todo este asunto ahora a mismo — declaró Perla, rozando a Grace al pasar y lanzando una mirada de aprobación hacia Susan—. Al parecer, la ceremonia ya ha comenzado en parte, o al menos los preliminares, que creo habrán sido satisfactorios para todos. Catherine, levántate, por favor y ¡no!, no intentes cubrir tus senos o sentirás la intensidad de la fusta en las nalgas. Susan, siéntate en el regazo del señor Maudsley, que de momento te va a poner algo agradable en la mano. Y ahora, querida Catherine, ha llegado la hora de la verdad, porque Arabella y yo hemos sido ya bastante engañadas.

—¿Engañadas? ¡No sé de qué me estás hablando! —protestó ella con un mohín.

Grace hizo una graciosa mueca de disgusto y desesperación y se sentó en la misma silla de la que su madre acababa de levantarse.

—No temas, no te culpo por los placeres que has susurrado y que, de hecho, obtendrás, querida mía —le dijo Perla a nuestra anfitriona, con expresión condescendiente—. Por un lado, has sido demasiado obscena al contarnos esa historia sobre tu supuesta ceremonia. He hecho algunas averiguaciones discretas, sin mencionar nombres, por supuesto, y nadie sabe nada de ese asunto, ni los expertos en genealogía ni los sociólogos. Vamos, confíesalo con sinceridad y es posible que te perdone, no sin una penitencia o dos, naturalmente.

—¡Oh, Perla! —La voz de Catherine temblaba y dos lágrimas resbalaron por sus atractivas mejillas—. ¡Déjame que te lo susurre al oído!

Perla me miró buscando mi consentimiento. Luego, se acercó a ella; Catherine posó una mano en su hombro y con la cara profundamente turbada y los senos sobresaliendo del vestido, le estuvo murmurando algo durante lo que me pareció un largo rato, mientras Perla asentía sin soltar la fusta.

—Querida Catherine, ¡qué tonta eres! ¿No nos lo podías haber dicho? No te quedarás tranquila hasta que lo hayas contado —dijo Perla al tiempo que Catherine se lamentaba y, como había hecho Grace antes, buscaba una silla en la que dejarse caer avergonzada.

—¡Hay que ver qué estúpido y absurdo es todo esto! ¿No sabías la verdad, Ewart? —interrogó Perla al caballero, que había vuelto a sentar a Susan en su regazo.

Él asintió con gravedad y miró con lástima a su futura esposa, que se había llevado las manos al rostro para que no la vieran llorar.

—Es mucho mejor así —declaró con solemnidad—, porque yo temía por las consecuencias de una recepción de boda de esa índole.

—¿De veras? Pero sí habrías participado en ella si yo no aclaro todo esto antes —dijo Perla crispada—. Si aquí hay alguien exento de culpa, es la pequeña Susan. Grace ya ha sido iniciada, aunque sea en contra de su voluntad, al menos por ahora, pero sus remilgos y su rebeldía le han causado este lamentable contratiempo a su querida madre. ¡Levántate, Grace! ¡Y tú también, Catherine!

Perla hizo restallar la fusta que, si bien no las tocó, las amenazó, y ambas dieron un respingo asustadas.

—¡Perla, te lo ruego! —tembló Catherine.

—Pierde cuidado, querida mía, porque gracias a esta conversación y a sus deliciosas consecuencias, el resultado va a ser idéntico al de vuestras nupcias. Pero me vas a permitir que sea un poco frívola con este asunto. ¡Vamos, desvestíos las dos ahora mismo!

—¡Oh, mamá! —gritó entonces Grace que habría salido huyendo si no le hubiera cortado la salida.

—¡No puedes avergonzarnos así! —espetó Catherine, sin ningún resultado, pues la expresión de Perla seguía tan impertérrita como la mía.

La fusta volvió a cortar el aire en su dirección, pero sin llegar a herirlas.

—¡Sólo tenéis dos minutos, queridas! —amenazó ella—. ¡Dejaos puestas las medias y los zapatos para conservar la elegancia de las mujeres encantadoras!

—¡Ewart, cariño! ¡Oh, Ewart! —suplicó Catherine, viéndole sentarse con expresión transfigurada.

Al verse acorralada, de los ojos de nuestra anfitriona empezaron a brotar abundantes lágrimas, así que se avino a obedecer y comenzaron a quitarse los vestidos, enaguas y bragas y se quedaron en pie estremeciéndose y contemplando su desnudez.

Grace era, naturalmente, la más seductora de las dos, si bien muchos varones habrían elegido a la dama por sus elegantes piernas y sus imponentes pechos y nalgas que cualquier pene erecto habría penetrado con sumo gusto.

—¡Acercaos a mí las dos, ahora! —ordenó Perla.

Ésta, al igual que yo, no pudimos sustraernos a la visión de la protuberancia que había aparecido bajo los pantalones del señor Maudsley. Era tan evidente, que él se había visto obligado a posar la mano de Susan sobre tal prominencia como si quisiera esconderla. Al ver los traseros de su madre y de su hermana mayor, y que éstas no la podían observar a ella, la muchacha le agarró la polla a Ewart igual que un niño de pecho se apodera de su chupete.

—Perla, ¿qué vas a hacer? —gimió Catherine.

—Sólo ser sincera, cariño. Por favor, subíos las medias; las dos. Sí, eso está mucho mejor. Ahora, Catherine, ya no hay razón para guardar tu secreto por más tiempo. Tu intención era la de obtener una deliciosa concupiscencia cuando las formalidades del rito matrimonial se hubieran terminado, ¿no es cierto? También trataste que tus dos hijas fueran iniciadas, por decirlo con suavidad, pero eso ya está

resuelto. Ambas conocen ya el placer que proporciona una verga y están preparadas para nuevas aventuras. En cuanto a ti, tu problema es que te ha faltado durante demasiado tiempo la polla de tu primer marido y por eso vivías frustrada hasta que se te presentó la ocasión de resarcirte.

—*¡Cielo santo! ¿Cómo puedes decir eso delante de ellas?* —se quejó ella, tapándose la cara.

Con una sonrisa angelical asomándole en los labios, Perla se colocó a su lado y, cuando aquélla se quiso dar cuenta, ya le estaban acariciando la tupida abertura del sexo.

—Querida y dulce Catherine, tú querías una polla y, ¿acaso se puede culpar a una mujer por ello? Claro que no. Confiésalo y ya no te atormentarás más, porque es un deseo de lo más natural entre nosotras y no debemos sentirnos culpables por ser así. Fíjate cómo te han subido los colores a las mejillas y qué cálido y húmedo se te ha puesto el chochito. No temas, que tu secreto, como lo llamas, no se hará público. Nadie sabrá qué placeres les esperan aquí, excepto los que tú quieras que conozcan. Eso también va por ti, Grace —murmuró Perla a la jovencita cuyo semblante era como el de quien no distingue si está soñando o no.

Mientras hablaba, la respiración de Catherine se aceleró, pues Perla le había ido estimulando el clítoris y la dama le devolvía sus atenciones con un movimiento sumamente sensual de sus caderas.

—¡Mamá! ¿Qué puedo decir? —sollozó Grace, que se refugió en los brazos de su madre cuando Perla hubo retirado sus incisivos dedos.

—Di sólo la verdad; sólo la verdad —jadeó Catherine.

—¡Qué encantadoras! —sonrió Perla sin malicia, describiendo círculos en sus nalgas mientras hablaba—. Vamos, Ewart, me parece que estás en unas condiciones físicas ideales para abrazarlas a las dos y hacer las paces aquí mismo.

Apenas oyó él la invitación que le acababa de hacer Perla, se levantó y soltando a Susan las rodeó con sus brazos en un instante. Grace volvió a quejarse, al verse obligada a pegarse a su madre vientre contra vientre y muslo contra muslo, en un voluptuoso roce.

—¡Sálvame, mamá! —rompió a llorar, pues la verga desafiante del señor Maudsley presionaba cuan larga era la cara interior de sus muslos.

—¡Aguanta; aguanta, te digo! —ordenó alguien, si bien por el tono de aquellas palabras no era la voz de Perla, que aún sostenía la fusta en sus manos, sino la voz ronca del señor Maudsley—. Escúchame, Grace, y tú también, Catherine. Sólo estamos anticipando lo que sucederá muy pronto, así que dejémonos de hipocresías, como muy bien ha dicho Perla.

—¡Amor mío, he sido tan perversa! —sollozó la dama zafándose de su hija para estrechar mejor a su futuro marido, sintiendo entonces la enorme herramienta

apretándose contra sus sensuales curvas.

—No digas eso, preciosa mía —le susurró—, porque ahora lo estamos haciendo con mayor discreción de la podríamos gozar en la recepción. Ya no hay secretos entre nosotros que puedan estropear futuros placeres. Tú, al igual que Grace y Susan, también disfrutarás plenamente del sexo. Retozaremos con la frecuencia que deseemos y la ceremonia será tal como tú querías que fuera. Cada uno de los invitados varones te penetrará por turno. ¡Grace! A ti también te ocurrirá lo mismo, ¿me oyes bien, niña? Venga, mete la mano entre nosotros y siente mi polla.

—¡Pero...! —balbuceó ella cuando Perla le puso la mano en el lugar exacto.

Por un instante, Catherine no hizo el menor ruido. Los nudillos de Grace presionaron el vientre de su madre al tiempo que tomaba la musculosa verga del que habría de ser su padre. Entonces, con un estremecimiento, Catherine abrazó de nuevo a su hija; el pene quedó de este modo atrapado entre los tres.

—¿A quién vas a ensartar primero, cariño? —murmuró ella con voz entrecortada.

—A Grace, naturalmente, porque es ella quien debe aprender a someterse a un hombre y porque pasaréis juntos la más dulce de las noches.

Era Perla quien hablaba. Grace al oírla se dispuso a soltar la verga de Ewart, pero le advertí que no lo hiciera con un intenso cachete en el trasero.

—¡No, no! ¡Oh, no! —se lamentó la joven, profundamente turbada.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que sí! ¿Es que piensas estropearlo todo? —respondió Perla que, poniendo un pie entre de las piernas de Grace, la hizo perder el equilibrio y caer de espaldas en la alfombra con los brazos y las piernas separadas, situación que el señor Maudsley aprovechó para echarse sobre ella.

La muchacha se deshizo en gritos de desesperación, pero ya era demasiado tarde, pues el extremo de la larga polla ya se encontraba a las puertas de aquel suave chochito. Perla observó que Grace no forcejeaba con tanta fuerza como seguro habría hecho de no haber sido por la experiencia del establo. El duro miembro entró con suprema majestuosidad, centímetro a centímetro en su sedosa abertura hasta que con un grito, la jovencita fue penetrada hasta el fondo.

—¡Abre bien las piernas, niña! —ordenó Perla que acompañó sus palabras con un azote en los tobillos de Grace.

Entretanto, Catherine fue incapaz de ver a la pareja, así que me dispuse a acariciar con solicitud sus nalgas y vulva.

Las piernas de Grace estaban ahora muy separadas para que el señor Maudsley se acomodara entre ellas; su cara, sonrojada, desapareció de pronto bajo la de él. Sus bocas se encontraron en un gutural jadeo y la muchacha dobló levemente las rodillas cuando los movimientos del miembro comenzaron a excitarla de placer. Aquellos tenues sonidos que emanaban de sus labios sólo podían indicar el deseo creciente de ella, mientras sus suaves y redondas nalgas se restregaban con urgencia contra las palmas de sus varoniles manos.

Catherine, callada y con la mirada anhelante, recibió mi boca al tiempo que Perla

se entregaba a meter el dedo en el chochito de Susan.

—¿No es hermoso? Ahora todo va bien —susurré a nuestra anfitriona.

Junto a nosotras, la pareja entrelazada sobre el suelo gemía de gusto.

—Es un mujeriego; ahora tiene a tres mujeres y yo sólo le tengo a él —murmuró Catherine gozando tanto de la escena como de mis caricias.

—Tonterías, querida, porque ahora son tres los que se someterán a tus deseos, y además queda alguien que aún no ha sido iniciado en los deleites del amor. Me refiero, por supuesto, a tu hijo, Bertram.

Entonces, Catherine dobló las rodillas, y separó las piernas. Parecía estar a punto de correrse y, en realidad así era; igual que el señor Maudsley, quizás algo prematuramente, a juzgar por sus roncos jadeos. Sin embargo, se le podía perdonar, puesto que era la primera vez que penetraba el acogedor sexo de su futura hija; algo que ella pareció compartir ya que jadeó con impaciencia al recibir la poderosa libación de él.

—*¡No, yo no podría...!* —gimió Catherine, abandonándose a sí misma.

Naturalmente, no hice caso de su débil objeción. Bertram, después de todo, no podía ser excluido de la ceremonia marital, como ella muy bien sabía.

HAY dos clases de orgías, pues así es como se las llama, si bien a mí no me gusta demasiado ese término. La primera es la que aflora de manera espontánea, cuando un caballero y una dama se excitan durante una recepción privada o en un baile y los demás invitados se les unen. La segunda clase es la organizada de antemano con discreción y sólo asisten parejas cuidadosamente seleccionadas, conscientes, a través del envío «accidental» de la lista completa de invitados, de la intención de la fiesta.

Por supuesto, también debe existir un código moral en tales ocasiones para evitar celos que puedan acabar en disputas. No obstante, en el caso de que los invitados conozcan la finalidad de la reunión, todo se desarrolla con naturalidad y disintimiento y no es extraño que varios matrimonios se hayan realizado gracias a su participación en los juegos de Príapo y Safo. Sería injusto por mi parte que ocultara el hecho de que las orgías se utilizan como medio para iniciar a alguna jovencita inexperta en las sucesivas penetraciones. En efecto, éste ha demostrado ser bastante a menudo un espléndido sistema de prepararla para futuros placeres, y a ninguna se le ha ocurrido forcejear. Es más, la muchacha en cuestión tiende a imitar el ejemplo de las otras, cuyo estatus social es igual que el suyo propio, lo cual es naturalmente muy importante.

Éste era el caso de Susan y Grace ya que, con algunas reservas y no pocos prejuicios, Perla y yo convinimos en que estaban preparadas. Sólo quedaba entonces el asunto de «presentar» a Bertram, un apuesto joven, a su madre para completar el círculo amoroso. Éste tenía que regresar a casa tres días antes de la ceremonia, después de haber pedido un permiso en su regimiento. Perla y yo decidimos sorprenderlo.

Cuando hubo llegado, no le informamos de lo que iba a pasar en la recepción, algo en lo que Catherine y su prole estaban de acuerdo. Yo sentía algo más que admiración por la dama, puesto que me intrigaba saber quién le había sugerido la idea de que fuera penetrada por media docena de pollas y más aún con la perfecta excusa de continuar una arraigada «tradicición» familiar. Una vez que sus hijas habían conocido los mismos placeres que ella, Catherine se sintió más libre de actuar según sus deseos, sobre todo porque ahora podía disponer de algunos privilegios a su antojo. La primera orden de la astuta mujer tenía que ver con sus dos hijas; se las obligaba a gozar del ímpetu del pene del señor Maudsley sólo una vez a la semana.

Perla, que no deja de mirar mi manuscrito para ver qué escribo, me insta a describir con todo lujo de detalles la espléndida orgía que tuvo lugar el día de la boda de Catherine. ¡Sería como referir, sin olvidar nada, lo que ocurre en un circo cuando diferentes acróbatas tratan de captar la atención del público simultáneamente!

No es la primera vez que tengo esa sensación de impotencia. A veces, cuando tomo una pluma, e intento plasmar en el papel las aventuras de una noche entre tan

sólo dos parejas me parece que voy a necesitar un volumen entero si quiero hacerlo con todo detalle.

Me pareció, y estoy segura de que también le sucedió lo mismo a todos los presentes, que había algo de nobleza y a la vez de timidez, de decisión y al mismo tiempo de vacilación, en la manera en que Catherine atravesó el vestíbulo cuando la ceremonia de la boda dio comienzo. Llevaba puesto su vestido de novia y el velo calado sujeto a una corona de diminutas rosas, con una larga cola que la obligaba a recogerse las faldas para poder caminar sin dificultad.

Después de entrar, con la mirada perdida en algún punto, caminó con solemnidad hacia el altar del amor que le habían preparado. Debo decir que éste consistía en un diván de terciopelo rojo de estilo francés, es decir, sin respaldo y con el borde curvo, sobre el que se inclinó. Así apostada, mostró la mitad inferior de su cuerpo.

Debajo del vestido de novia, Catherine sólo llevaba un pequeño y ajustado corsé negro que hacía resaltar sus caderas, con medias de seda a juego unidas a aquél por un fino ligero, y el par de zapatos negros más bonitos que jamás he visto. Tenía el rostro cubierto por el velo, lo cual aún resaltó más sus bellas formas, que todos admiraron. La lisa superficie de su generoso trasero brillaba, y su palidez contrastaba con el discreto matiz rosado allí donde se encontraban ambas nalgas y formaban una profunda y secreta hendidura. Bajo estas incitadoras medias lunas quedaba totalmente expuesto su tupido sexo cuyos labios evidenciaban una lasciva humedad.

Se hizo un silencio absoluto; los doce invitados se dividieron en dos grupos y se apostaron a ambos lados del altar de Venus. Como no estaba permitido desvestirse del todo, los caballeros se hubieron de conformar con desabotonarse los pantalones y presentar sus miembros en estado de reposo.

—Como la ocasión requiere, se guardará silencio —anunció Perla—. Los caballeros poseerán por turno a la novia y le darán seis arremetidas de sus miembros lentas y sucesivas. Aquél que falle en su deber y expela el esperma durante el proceso será excluido de los próximos deleites que nos esperan. Del mismo modo, aquel o aquella que emita cualquier sonido que no sea un murmullo de placer será expulsado de la ceremonia. Por favor, las damas pueden desvestirse y prepararse para los combates amorosos inmediatos. Recuerden, ¡ni una palabra! —concluyó Perla al tiempo que lanzaba a Grace y a Susan una mirada de advertencia.

El primero en «saludar a la novia» fue, como no podía ser menos, el señor Maudsley, puesto que tenía ese privilegio. Con un semblante de satisfacción, se arrodilló ante la espalda de Catherine, y con un movimiento lento le insertó la polla bajo las miradas de deseo de las otras damas. Poco a poco, el succulento sexo de Catherine pareció absorber aquel enorme pene hasta hacerlo desaparecer entre los labios, cuyos jugos le facilitaron la penetración.

El siguiente fue su hermano, Albert, del que decía que había esperado durante mucho tiempo este momento, si bien algunos menores aseguraban que ya había tenido ese privilegio con anterioridad. Conociendo a Catherine, no dudé que así fuera, a

juzgar por el modo en que gozaba de cada instante mientras él procedía a perforarle el sexo con su magnífica verga, obligándola a entreabrir la boca y a sonrojarse.

Sea como fuere, no voy a explicar aquí cómo se fueron sucediendo los caballeros, uno tras otro, porque sería en extremo aburrido contar cómo un hombre daba paso a otro hombre. Por fin, Bertram mostró un particular interés por colocarse frente al trasero de su adorada madre. Perla se acercó a él cuando su hambriento pene se disponía a cumplir con su obligación y le susurró algo al oído, al mismo tiempo que guiaba su herramienta no hacia el orificio por el que habían penetrado los otros cinco, sino que se la colocó entre las ardorosas nalgas y, ejerciendo sobre ella una ligera presión, al tiempo que el azoramiento afloraba incontenible en sus atractivas mejillas, su polla se dispuso a vencer la resistencia del ano.

Entonces, Catherine habría gritado ante lo inesperado de este particular saludo, si Perla no le hubiera tapado la boca con la mano, lo cual pasó desapercibido a los presentes, atraídos por lo insólito de la escena. Los ojos de Catherine parecieron salirse de sus órbitas al tiempo que lanzó un ahogado gemido. Perla retiró los dedos para que Bertram se la metiera hasta el fondo, de manera que sus pelotas rozaron el húmedo sexo de su madre con un leve balanceo. El joven, respirando profundamente, se quedó inmóvil durante un prolongado momento que pareció subyugar a toda la asamblea.

Entonces, Perla dio una palmada.

—Ahora pónganse los caballeros sobre las damas, pero no con su habitual pareja porque eso sería desperdiciar la ocasión —dijo con una sonrisa.

Los invitados se sentaron en los almohadones esparcidos por el suelo a tal efecto. El señor Maudsley cabalgó a Grace sin que la encantadora joven ofreciera apenas resistencia. De hecho, se dejó caer entre los cojines con ansiedad, asegurándose así una rápida y fácil inserción de aquel pene. Al mismo tiempo, Albert retozó con su dulce sobrina, Susan, por primera vez; la muchacha lo recibió con los estremecimientos y gemidos propios de su juventud.

Sobre el diván, Bertram comenzó a trabajar el glorioso trasero de sus anhelos. Con cada presión de su pelvis sonaba un golpe seco de las nalgas contra el vientre de él; su estrecho orificio succionaba y expelía su herramienta como si de la boca de un niño de pecho se tratara. Catherine levantó los hombros y, entre gemidos, contoneó con urgencia las caderas para alentarle a ir más rápido. Entonces, volvió la cabeza y buscó la boca de Bertram para introducir en ella su ansiosa lengua al tiempo que ambos jadeaban al compás de los que yacían entre almohadones.

—¡Parecen muy felices! —me comentó divertida Perla, ya que había resultado no involucrarnos o interferir en los asaltos amorosos.

Teníamos que conservar nuestra reputación, como observó ella, así que los dejamos entregados a sus pasiones y nos retiramos con discreción y silencio, tras haber aprendido algo más acerca de cómo la gente puede saciar sus más íntimos deseos con la guía y persuasión adecuadas. Al verla, Grace parecía menos rebelde de

lo que habíamos pensado en un principio. Tal vez, sólo estuviéramos decepcionadas.

—Yo había creído que debería probar antes la fusta algunas veces más —dijo Perla casi dolida cuando nos hubimos instalado cómodamente en su casa.

—Hay una vena de crueldad en ti —sentencié, si bien lo hice para que continuara hablando.

—No, Arabella, tú sabes que eso no es cierto, porque me conoces bien. Aunque la hubiera fustigado con tres docenas de azotes en el establo, no le habría hecho ni una sola marca en el trasero, pues por nada del mundo la habría lastimado; es un método eficaz, sólo eso. Se trata de vencer la obstinación y no infligir dolor, ¡oh, qué palabra tan horrible!, para que afloren los deleites más recónditos. Es un arte, ¿no te parece? Con Elaine fue bastante más placentero, aunque estoy tan convencida como tú de que lo quería todo el tiempo y por eso aceptaba los azotes entre fingidos lamentos en lugar de oponer una férrea resistencia. El caso de Grace fue mucho más interesante. De esa manera muchas jóvenes pueden satisfacer sus deseos sexuales, cosa que no lograrían con el matrimonio corriente.

Confieso que mis ideas, fiel reflejo de las de Perla, se vieron afectadas por mi afán de ver y al mismo tiempo de participar. Sin embargo, a medida que el tiempo fue pasando, y hablo de un año o dos a lo sumo, llegué a comprender que la mayor parte de su filosofía era cierta, puesto que es innegable el hecho de que la mayoría de las muchachas de la aristocracia no consiguen un feliz y apasionado matrimonio en el que poder compartir los placeres eróticos con su cónyuge. Por el contrario, llegan a sus esponsales sin saber absolutamente nada de lo que les aguarda y en su mayor parte, son desfloradas por alguien que sólo piensa en penetrarlas con brutalidad durante medio minuto y se complace en su propio placer, sin importarles el de su esposa.

El desasosiego y la alarma que éstas experimentan después del asalto del varón, ya que no es más que eso y con frecuencia les causa graves angustias físicas la noche de bodas, no sólo embota sus sentidos sino que les ocasiona un miedo irreparable de que tales experiencias se repetirán con toda probabilidad a lo largo de su vida matrimonial. Como consecuencia, sus vidas se concentran en la maternidad y sus únicas amigas son mujeres que han llegado a ser tan frías como ellas mismas. Entretanto, la mayoría de sus maridos se entretienen con mujeres de la calle, o con prostitutas que se han convertido en las «cortesanías» de las casas de la alta sociedad. Estas mujeres consienten que las enculen y les succionan el miembro viril, puesto que a una respetable esposa nunca le han enseñado a hacerlo, lo cual es una verdadera lástima. En efecto, éste es el ambiente en el que se encuentran, ya que con sólo pensar en tales «prácticas» se horrorizan, lo cual es aún más penoso.

Por esa razón, dado que nadie puede rebatir estos hechos, Perla y yo nos consideramos unas salvadoras, y aún lo seguimos pensando. No sería necesario si las mujeres, en lugar de ser iniciadas en las artes del bordado y de la etiqueta social, lo fueran en las artes del amor, puesto que éstas satisfacerían sus mentes y sus cuerpos mucho más.

Alguien puede tomarse esto como una especie de apología cuando no lo es. Yo prefiero considerarlo como algo cuya recompensa es la consecución del sentido de la picardía y, por tanto, del éxito.

Éste fue el caso cuando un año después conocí a lord Cossington, que entonces tenía cuarenta y cuatro años y era un hombre de aspecto noble, cortés, y tan travieso como yo misma, cuando vino para la conversión de las jóvenes señoritas. Tenía dos hijas, un hijo, y una pupila. Ésta última, Selina, llevaba a su cuidado desde la infancia y se la consideraba una más de la familia; sus padres habían perecido en un naufragio. Yo sospechaba que lord C. mantenía relaciones sexuales con ella, pues con sus veintidós años Selina era muy atractiva y no guardaba parentesco directo con él, así que sólo podía tratarse de una cuestión de juegos eróticos.

Naturalmente, no hice ningún comentario al respecto, puesto que habría sido una indiscreción hacerlo, si bien un giro de los acontecimientos me iba a aclarar las cosas, y de una manera muy poco usual.

Una hermosa mañana, cuando fui a visitarlos temprano, me encontré con Emily, la mayor de las dos hermanas y de la misma edad que Selina. La hallé en el jardín con su hermano, George, dos años mayor que ella.

—Hoy estamos todos muy aburridos, Arabella, ¿te gustaría acompañarnos y participar en un agradable almuerzo campestre? —preguntó Emily.

Puesto que me encantaban esas salidas, asentí al instante. Me dijo que me prestaría encantada un bonito vestido para la ocasión.

—¡Tienes un cuerpo magnífico! —observó mientras yo, ataviada con sólo la blusa, unas medias y las bragas, me disponía a cambiarme en su dormitorio.

No me pasó desapercibida la calidez de su mirada al hablarme, así que me empecé a moverme con sinuosidad. En un momento ya nos habíamos unido en un hermoso abrazo, hambrientas de besos; entrelazamos las lenguas y cada una recorrió con ávidas manos las curvas de la otra.

Metiendo una mano bajo la blusa, Emily sintió mis pechos llenos y orgullosos, al mismo tiempo que yo le subía las enaguas del vestido centímetro a centímetro y le acariciaba la cara interior de los muslos bajo las bragas. Nos quedamos en silencio durante un largo rato; en realidad no había ninguna necesidad de hablar pues estábamos muy ocupadas con nuestros mutuos e inesperados saludos.

Lo inesperado siempre tiene algo de especial, lo cual hizo la ocasión más singular, puesto que no había sospechado nunca las inclinaciones de Emily.

Cuantas más cosas descubrían nuestros dedos, más buscaban y de pronto nos encontramos encima de la cama con las bragas bajadas hasta los tobillos.

—No podemos entretenernos demasiado, Arabella, pero es agradable retozar un poco antes de marcharnos. Me encantaría que George te cabalgara hoy —dijo dejándome boquiabierta mientras su mano me acariciaba el chocho, igual que la mía el suyo.

—¿Tu hermano? ¡Oh, qué indecente eres! —sonreí—. ¿Y tú, también participarás

en el juego?

—Yo no, porque entonces cometería incesto, ¿no es verdad? —repuso con un estremecimiento, si bien me confesó azorada, al tiempo que intercambiábamos saliva, que le gustaría vernos, cosa que no había hecho nunca.

Entonces le recordé que «nunca» significaba «a veces», a lo que respondió que sólo era una manera de hablar. Al cabo, empezamos a restregarnos las caderas y las nalgas hasta que por fin nos corrimos.

—¿Me estás diciendo que tu hermano nunca te ha ensartado?, pregunté, a lo cual ella contestó que no, aunque me confesó que había intentado levantarle las faldas varias veces.

Pronto deduje que las inclinaciones sexuales de Emily se decantaban por las de su sexo más que por los varones, pero que se deleitaba viendo cómo penetraban a una joven para retozar con ella después.

Tras todas las aventuras que había ya vivido, su comportamiento no me sorprendió tanto como pueda pensarse, pero estaba ansiosa por saber si todavía era virgen.

—Puede que sí y puede que no —me respondió, con una mezcla de lascivia y obscenidad en su tono de voz, que me hizo percatar aún más de la complejidad de su naturaleza—. Hemos de tener cuidado —continuó—, porque me parece que papá quiere unirse a nosotros y traerse a Selina.

—Bien, en ese caso no podremos hacer nada, y además, no estoy muy segura de querer que George me cabalgue —dije con aire afectado.

Al parecer, me conocía mejor de lo que yo creía y como podría comprobar, así era. Como me preciaba de tener una mente ágil, me permitió adoptar el aire de alguien indeciso e ingenuo al mismo tiempo.

—Ya nos las arreglaremos, estoy segura, puesto que papá no se quedará mucho tiempo en nuestra compañía. Ya sabes que siente una gran fascinación por Selina —dijo Emily haciendo gala de poseer toda la sabiduría y seguridad del mundo.

Sin embargo, no voy a aburrir a mis lectores con el resto de nuestra conversación; básteles con saber que una hora después los cinco nos habíamos ya acomodado en un claro apartado unos diez kilómetros de la casa. Comimos y bebimos hasta quedar saciados, así que nos echamos de espaldas sobre unas mantas y conversamos de cosas triviales y mundanas hasta que empecé a pensar que la idea de Emily era pura fantasía.

Absorta en estos pensamientos, apenas me percaté de que lord C. se había levantado, y estaba echando un vistazo en derredor; entonces invitó a Selina a dar un «paseo por el bosque». Sin perder tiempo, ambos se marcharon.

George estaba tendido entre su hermana y yo. Con bastante descaro, me había incorporado a medias para verlos desaparecer entre el tupido follaje, pero luego me volví a echar y de pronto George, posando con suavidad las manos sobre mis hombros, me besó en los labios.

—¿Qué estás haciendo? —murmuré, adoptando una actitud de timidez y sorpresa, convencida de que eso era lo que se esperaba de mí.

En ese momento, Emily se levantó y observó a su hermano. Entonces, de improviso, le metió la mano por la bragueta de los pantalones y le agarró el pene, que comenzó a acariciar con un lento movimiento de arriba a abajo. Fue inevitable que el muchacho empezara a contonearse, así que no pude evitar mirar aquella protuberancia.

Entre tanto, los besos de George eran cada vez más ansiosos, de modo que me avine a dejarle meter la lengua en mi boca y a corresponderle con la mía.

—¡Qué pareja tan libertina! ¿Por qué está ella jugando con tu polla? —pregunté, mientras los dedos de Emily se ocupaban en atender con solicitud su miembro bajo los pantalones.

—No puede evitarlo; siempre me provoca así —repuso él, metiendo la mano debajo de las enaguas.

Un instante después ya estaba jugueteando con mi sexo a través de las bragas.

Sus besos eran deliciosos.

Mientras Emily yacía tumbada, medio oculta por el cuerpo de él le dije:

—En ese caso, deberías quitarle las bragas y dejarle sentir cuán larga la tienes. ¿Qué me dices? Oh, me aturdes tanto, que no sé qué hacer. Por favor, no me quites las mías porque tu papá podría volver en cualquier momento.

—Pierde cuidado, seguro que está muy ocupado con Selina —sonrió Emily; entonces se tumbó sobre nosotros, y casi me aplasta hacerlo—. Sé una buena chica, Arabella, porque George la tiene enorme. Yo le he visto correrse dos veces dentro de una muchacha sin siquiera sacarla —declaró.

Tomó mi cara entre sus manos y me cubrió de besos la boca al tiempo que George me levantaba las faldas hasta las caderas y me desalaba los lazos de las bragas. Me sentí invadida por una lánguida sensación de deseo. Ahora estaba expuesta a sus caprichos, con las bragas a un lado y el desmesurado pene erecto entre mis muslos. No parecía tener prisa por penetrarme, a juzgar por sus lentas caricias en mi chochito; sin duda, estaba disfrutando del espectáculo de dos jovencitas que se besaban sin dejar de tocar con fruición los pechos de la otra.

—Déjale que te lo haga —le susurré a Emily con un tono de voz sensual.

—No, no. Eso sería algo impropio de nosotros, Arabella, porque aunque me gusta tocársela de vez en cuando, y siempre bajo los pantalones, nunca permitiría que me la metiera. Pero me encanta ver cómo se abre camino dentro de una vulva hasta que al final se corre.

A pesar de las muchas conversaciones que había mantenido con Perla, y con otras mujeres antes que ella, ninguna se me antojó tan extraña como ésta, si bien debo confesar que disfruté cada segundo de la misma.

—Desnúdate delante de él, al menos. Quítate las bragas mientras me folla —murmuré al tiempo que trataba de subirle las enaguas, pero no pude.

—En realidad, Arabella, tu sugerencia es de lo más indecente. ¡A quién se le ocurre pensar que mi propio hermano pueda verme el trasero desnudo! Vamos, George, querido, no te demores más; estoy convencida de que la desea. ¡Levántale las piernas para que pueda verlas bien!

—¡Oh! —exclamé con aparente turbación, pues la situación era tan extraordinaria que no importaba lo que dijera.

George, que al parecer hacía todo cuanto su hermana le ordenaba, se colocó contra mi vientre e insertó el extremo de su herramienta entre los labios de mi sexo. La sensación era deliciosa, puesto que me la metió con suma lentitud y sensualidad. Levanté las piernas por propia iniciativa y las enrosqué alrededor de sus caderas mientras la succulenta barra de carne se introducía hasta el fondo en mi gruta y sus testículos se balanceaban contra mi trasero.

Nunca se debe rechazar la oportunidad de un placer erótico al fresco como el de ahora. La hierba era esponjosa, la tierra cálida, y los pajarillos cantaban por encima de nuestras cabezas. Una gloriosa sensación de libertad me embargó, al tiempo que él se contoneaba de atrás hacia adelante, llegando hasta el centro de mi ser.

Por supuesto, Emily, se había echado para contemplar mejor la excitante y libidinosa escena de nuestros cuerpos en perfecta conjunción. Yo conocía bien ese placer, puesto que el creciente movimiento de la pelvis que hace que los labios de la vulva se dilaten y contraigan es una visión enervante que nadie se cansa de observar. Yo no estaba dispuesta a dejar así las cosas. Busqué a tientas su cabellera, igual que hizo George, y cuando la sentí entre mis dedos la atraje hacia mí con fuerza. Ella lanzó un grito ante lo inesperado de mi gesto. Su rostro estaba junto al mío ahora, así que la cogí por el cuello con la mano izquierda y casi sin aliento le ordené a su hermano que la besara con la misma intensidad con que me había besado a mí.

—¡Oh, no! —gimió Emily.

Pero él no hizo caso y le metió la lengua en la boca, a juzgar por el modo en que movían los labios.

Intentar describir esos momentos apasionados mecánicamente sería destruir su espíritu. Empecé a correrme, así que arqueé las caderas con vigor, sintiéndome más como la amante de ambos que como su víctima.

—Siente su chochito, levántale las faldas —balbuceé.

Emily dio un respingo, pero como la tenía sujeta por el cuello no pudo sino dejarse llevar. El frenesí de George se duplicó, si eso fuera posible. Entre gemidos y sacudidas junto a nosotros, su hermana trató de evitar las caricias que no pude ver directamente pero sí medir su intensidad por los movimientos de la mano de él bajo las enaguas.

Emily gimió, puesto que el muchacho ya había encontrado lo que buscaba y lo estaba tocando con fruición a través de las bragas. Sus muslos, ahora al descubierto, se restregaron contra los míos. Las medias se rozaron. Ese momento fue un verdadero deleite, puesto que se habían cambiado las tornas, y era ella quien no podía evitar

rendirse al fragor de aquellos instantes. Podría asegurar que la joven se debatía entre resistirse y rendirse incondicionalmente. Volviendo la cara, atraje su boca hacia la mía y la encontré húmeda y abierta. George ya no pudo aguantar más tiempo y expelió un chorro de semen tan abundante que no pude dudar de las palabras que me había dicho Emily.

—¡Se está co... corriendo dentro de mí! ¡Oh, Emily, menuda inundación! — balbuceé contra sus labios.

Ella, en respuesta, me abrazó con pasión mientras George continuaba derrochando su tesoro con espasmódicos movimientos de atrás adelante. Entonces, con un gruñido, como suelen hacer los hombres en esos momentos de placer, se apoyó en mí y nos regaló varios besos a ambas.

Los tres pudimos saborear el exquisito goce de verle hurgando bajo las bragas de Emily con sus incisivos dedos hasta encontrar lo que buscaba. La humedad impregnada en ellas lo evidenciaba. Apenas habíamos descansado unos segundos, con su polla palpitando en la calidez de mi vulva, cuando oímos un ruido detrás de nosotros.

¡Ah, qué confusión siguió! George se subió a toda prisa los pantalones y se puso en pie. Emily, al levantarse, metió el tacón de su zapato en un agujero y cayó de nuevo, dejando al descubierto las enaguas. Yo, con más experiencia en estas situaciones, me incorporé como el rayo, pero no tan rápido como esperaba y los tres fuimos sorprendidos por lord C. y Selina.

No sé si esperaba que alguien dijera o hiciera algo. George no tuvo tiempo de guardar su arma que, si bien había agotado sus recursos por un tiempo, aún tenía un aspecto impresionante. Selina no se azoró ni gritó, sin embargo, pero contempló sus apurados esfuerzos por guardarla, con gesto divertido.

—¿No es esto precisamente lo que sospechabas, papá? —preguntó con un lánguido tono de voz que me impresionó por su frialdad.

Emily, sonrojada de los pies a la cabeza, consiguió por fin levantarse y alisarse las faldas, al tiempo que lanzaba contra Selina la más vengativa de las miradas, sin atreverse a contestar en presencia de su padre, que se dirigió primero a George.

—¡Tú, jovencito, podrás hacer lo que te venga en gana! No dudo que Emily te ha vuelto a llevar por el mal camino, pero me parece que eso no es excusa para la desagradable escena que hemos visto. Cuando regreses a casa ya hablaremos. ¡Ahora, aléjate de mi vista, muchacho!

Algunos jóvenes se rebelan contra los deseos de sus padres, pero George no era uno de éstos. Se abotonó los pantalones y se encaminó hacia donde pacía su caballo mientras yo, intentando conservar el porte, me alisé el cabello y le devolví a Selina una mirada tan fría como la suya.

—Papá, sólo estábamos jugando un poco —declaró Emily en un tono que no habría convencido a nadie.

—Llévalos de vuelta a casa, Selina —ordenó lord C. y se dirigió a su montura,

que le aguardaba junto a un árbol.

—En cuanto a nosotras, no teníamos ninguna prisa —dijo Selina, ya que lord C. habrá despachado a su hijo antes de empezar con nosotras.

—¿Nos va a castigar? —pregunté con serenidad—. Nada de eso ocurrirá, Selina, porque estoy dispuesta a defenderme con la fusta o el látigo; no me parece ningún pecado hacer lo que quiero, donde quiero y cuando quiero.

Esta repuesta la cogió por sorpresa. Sin embargo, recobró la compostura de inmediato.

—¿A quién se folló, a ti o a Emily? —inquirió en un tono de aparente desinterés, mientras Emily hizo una mueca de horror al pensarlo. Selina sonrió—. Bien, ese gesto también es una respuesta —continuó—, pero no me cabe la menor duda de que tú eres la más libertina, Emily. Ya sabes que siempre hay alguien observándote y que tu comportamiento le ha dado a tu papá más de un quebradero de cabeza.

—¿Hablas en serio? Bueno, al menos él es mi padre y no el tuyo —repuso Emily, con una expresión de orgullo, que no causó ningún efecto apreciable en Selina—. Al menos no es tu padre verdadero —añadió.

—Sí, es posible, pero igual que vosotros yo me también pertenezco a su familia, y por lo tanto le debemos obediencia. Venga, regresemos, porque seguramente no ha pensado en algo desagradable para vuestro comportamiento irresponsable.

Dejé que Selina y Emily montaran en sus caballos primero y al cabo me dirigí al mío, intentando ir despacio. Selina no hizo ningún comentario sobre mi rebeldía. Sin duda, pensaba que había encontrado en mí a su *alter ego*.

Por mi parte, yo estaba realmente interesada en conocer cuál sería el destino de Emily.

AL entrar en el vestíbulo de la casa nos encontramos con lord C. quien para mi sorpresa, si no la de todos, nos ofreció una copa de oporto con la intención, según nos dijo, de discutir con calma lo que había ocurrido.

—Oh, papá, ¿significa eso que no he de subir a mi habitación y quedarme allí? —preguntó Emily.

—Eso mismo —repuso escuetamente, mientras le ponía una copa en la mano.

Los cuatro permanecemos de pie como si nos hubiéramos encontrado por casualidad en una recepción cuyo anfitrión estuviera comentándonos el buen tiempo que hacía al mismo tiempo que me desnudaba con la mirada.

Al parecer, este gesto no fue en absoluto del agrado de Emily, que pretendía ser el centro de atención y pasar desapercibida al mismo tiempo, por eso no sabía cómo comportarse. Entonces, lord C. se acercó a Selina y ésta le rodeó la cintura con el brazo y comentó con toda naturalidad:

—Supongo que no es la primera vez que tomas entre tus manos la verga de George, ¿verdad?

—¡No puedo creer lo que acabo de oír! ¡Pues claro que no he hecho nunca nada semejante! ¿Cómo te atreves a decir esas cosas horribles precisamente delante de papá? Por favor, papá, dile que se calle —imploró la joven.

—Tú no podías saberlo, pero lo cierto es que alguien te estaba observando —repuso él con frialdad—. En realidad, lo ha hecho en varias ocasiones y, si bien es cierto que nunca te ha visto cogerle el miembro a tu hermano, desde hace algún tiempo conozco tu anhelo por ser libertina; ¡así que necesitas una buena reprimenda! —concluyó levantando la voz.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó Emily temblorosa.

—Vas a recibir una lección, pequeña, nada más —intervino Selina—. Acaba ya con ese juego, Emily.

Una vez más, el tono de Selina y su actitud me atrajeron, por eso la miré complacida. Cogiendo la copa de su mano, puesto que la jovencita había apurado el líquido de un trago, la encaró y le lanzó una severa mirada.

—Ahora subiremos juntas la escalera, Emily —dijo ella con un tono que indicaba con claridad una orden más que una invitación.

Emily miró con rabia a lord C., que recibió su ira impasible. Al ver que la muchacha estaba aún indecisa, levantó la voz de tal modo que ya no pudo sino obedecer con humildad.

Cuando nos quedamos solos, le pregunté con calma qué iba a pasar ahora y si la joven sería fustigada, a lo que él sonrió y me abrazó con tanta fuerza que sentí el bulto de su miembro erecto a través de nuestras ropas.

—No, Arabella, no será fustigada, sino azotada. Es el método más efectivo que

conozco, ya lo verás.

—¿Que ya lo veré? Espero no tener que probarlo salvo en el caso de que vayamos a «jugar» al amor.

—Si eso es lo que quieres, eso es lo que tendrás —sonrió—, pero de momento habrás de conformarte con mirar. Vamos, te lo voy a enseñar. ¡Qué labios tan adorables tienes, con esa perfecta forma para besar! —me dijo mientras me rozaba la boca con la suya para luego introducir la lengua entre los dientes al tiempo que me levantaba las enaguas con una mano.

—¡Eres un verdadero libertino! Te excitas sólo de pensarlo ¿verdad? —murmuré, sintiendo su inefable presión al mismo tiempo que yo buceaba en su bragueta y le agarraba la erecta verga.

Él se apercibió entonces de que no llevaba bragas, puesto que las había escondido detrás de un árbol cuando nos sorprendieron en el prado, de modo que me acarició sin impedimentos las redondas y llenas nalgas. Jadeamos entre besos y dulces caricias como lo hacen los amantes entregados a su goce. «¿Le gustaba azotar? ¿Había castigado alguna vez a Selina? ¿Sería verdad que había visto jugar a Emily con la polla de su hermano?».

Su excitación fue aumentando con cada pregunta, al tiempo que con habilidad evitaba dar respuestas directas, dadas las circunstancias.

—¿Nos quieres follar a las dos? —inquirí.

Del piso superior nos llegaron sonidos secos que sólo podían ser los del cuero al chocar contra la carne.

—Tal vez —repuso él—, pero ¿dejarías que yo hiciera una cosa así?

—Puede que sí o puede que no —contesté con otra evasiva—, pero ¿por qué no me dejas ver cómo recibe los azotes la pobre Emily?

—¡Oh, sí, pobre Emily! Selina es una experta en infligir castigos de tal modo que no la lastimen demasiado, sino que más bien la estimulen. Vamos, creo que ha llegado el momento de subir.

Le seguí a través del vestíbulo y la escalera de caracol, hasta llegar a la habitación contigua al dormitorio de Emily. Allí, mientras esperaba en completo silencio, él se acercó a un cuadro y me descubrió dos pequeños agujeros orientados hacia el lecho de la joven. Yo miré por uno y lord C. por el otro, hombro con hombro. ¡La escena que se desarrollaba ante mis ojos era espléndida!

Emily estaba arrodillada sobre la cama, con sólo las medias y los zapatos puestos. Selina, a su vez, se había desvestido para quedarse con un mínimo corsé de seda negro que mostraban sus pechos mientras que la parte inferior del mismo dejaba al descubierto una tupida vulva. Sus senos níveos, exuberantes, desbordaban el corsé; los pezones, tostados y duros, me hicieron anhelar acariciarlos y cubrirlos de besos.

Yo ignoraba cuántos azotes había recibido Emily entre sollozos, pero sus turgentes nalgas evidenciaban un intenso tono rosado. Con cada presión de las correas contra aquel trasero desnudo, la muchacha lanzaba un débil gemido

entrecortado al tiempo que echaba hacia adelante las caderas.

—¿Vas a ser una chica mala? —le preguntó Selina casi sin aliento.

—¡No, por favor! ¡Seré buena!

Las correas no dejaban de imprimir a cada nuevo golpe un color cada vez más intenso en las nalgas de la jovencita.

—¡Emily! Te lo preguntaré por última vez. ¿Vas ser una buena chica?

—¡Sí, sí, sí! ¡Por favor, detente!

Lord C. me puso el hueco de la mano en la parte inferior del trasero, que ahora se contoneaba con urgencia, mientras que con la otra jugueteaba con mi húmedo chochito.

—¿No te parece que ya tiene suficiente? —me atreví a susurrarle.

—Sí, cariño, pero sigue mirándola —repuso mientras Selina hacía restallar las correas de lado a lado.

Emily continuaba lamentándose cuando dejó caer la cabeza sobre la colcha, dejándonos ver no sólo sus nalgas sino también su frondoso sexo. La visión, naturalmente, excitó de tal manera a mi compañero que me urgió a menear su polla con violencia entre mi mano. Temí que se fuera a correr demasiado pronto y estropease así el placer que esperaba sentir de inmediato; alivié entonces la presión sobre aquélla.

En ese instante, Selina se detuvo, tiró las correas al suelo y se apresuró a coger algo que tenía todo el aspecto de un pene; en realidad se trataba de una vela forrada de raso. Emily, que no se había percatado de ese movimiento, se quedó quieta esperando un nuevo azote. De pronto, volvió la cabeza, pero Selina ya se había colocado detrás de ella en la cama, la asió por la cintura con una mano e introdujo el extremo de la vela entre los labios de su vulva, con suavidad.

Oímos un alarido. Emily meneó con violencia la cabeza y el talle, pero no había escapatoria. Pareció rendirse ante la simulación del acto. Gimió y gritó sin poder moverse, pues el brazo de Selina la tenía bien agarrada por las caderas, así que recibió centímetro a centímetro aquella obscena imitación del miembro viril hasta que tuvo más de la mitad enterrada en su sexo.

—¡No puedes hacerme esto!

—Sí que puedo, querida. Lo hago por tu bien, Emily. No es la primera vez que te azoto con el permiso de tu papá, pero nunca te había enseñado a aceptar una polla, aunque ésta no sea de verdad. No te preocupes, porque muy pronto tendrás ocasión de probar una, y bien buena.

—¡Oh! ¡No puedo soportarlo! ¡Sácala! ¡Ah, me la estás metiendo demasiado!

—No, pequeña, sólo unos dieciséis o dieciocho centímetros. ¡Ajá! Te estás excitando, ¿verdad que sí, diablillo? —comentó Selina al ponerse de pie fuera del lecho.

Luego presionó con la mano izquierda la vela dentro de aquel succulento chochito, se inclinó para cogerla por la nuca con la otra y la obligó a mantener la cabeza

agachada.

Sin prestar atención a las protestas de Emily, se entregó a mecer el fingido pene de atrás hacia adelante.

Era una escena deliciosa. El cálido trasero de la joven se contoneaba con cada sacudida. Los lamentos llenaban la habitación, pero aun así pude ver, a juzgar por los sensuales movimientos de sus caderas, que estaba respondiendo a la llamada de la naturaleza, como temía que la polla de lord C. también hiciera en cualquier momento. Entonces opté, para su decepción, por dejar de meneársela y me dediqué a acariciarle las bolas con la mano.

—¡Sigue masturbándome! —gruñó.

—¡No! —repuse con obstinación, mientras la bella Emily se abandonaba por completo en brazos del placer con la respiración jadeante y las caderas ansiosas ante el continuo balanceo de la vela.

—¡Ya ha visto bastante, señor mío! ¡Y le ruego que no sea tan grosero! —espeté.

Me separé de la pared en absoluto silencio y, de puntillas, empecé a alejarme de su lado con la intención de que me siguiera. Salimos al pasillo, en el que había varias puertas que daban a otros tantos dormitorios. Nos metimos en uno de ellos. Me tumbé en la cama y le dirigí una agradable sonrisa al verle acercarse a mí con su señorial polla en erección. Como un poseso, se abalanzó sobre mí e intentó levantarme las faldas para poseerme, pero conseguí impedirselo en parte, lo confieso, hincándole las uñas en el reverso de la mano. Se apartó de un salto y me miró desconcertado.

—¡No seas bestia! Desnudémonos y follemos como Dios manda —le dije con severidad, pero con una expresión lasciva en la mirada.

Él se apresuró entonces a quitarse la chaqueta, la camisa, los pantalones y todo lo demás. Mientras tanto yo me limité a despojarme del vestido y de las botas de montar. Al final, me habría poseído con verdadera brutalidad, si no me llego a tumbar en el lecho con los muslos muy juntos.

—No seas impaciente, por favor. Estás muy excitado y seguro que te correrías antes de que yo pudiera gozar. ¿Verdad que tenían unos pechos y nalgas exquisitos? Anda, ahora quisiera que fueras muy sincero conmigo y me dijeras si se la has metido alguna vez a Selina.

Me recorrió todo el cuerpo con sus ardientes besos, hasta llegar a mis duros pezones y me hizo sentir su desmesurado miembro entre los muslos. Entre besos y caricias, me confesó que aquello era un secreto celosamente guardado; sí que la había poseído y durante varios años, desde que tuvo edad para aprender a satisfacer sus apetitos.

—¡Excelente! Al menos hemos llegado al quid de la cuestión. Por favor, dime ahora qué quiso decir Selina con lo de iniciar a Emily por su bien.

—Siempre ha deseado hacerlo, pero no se lo he permitido hasta hoy. Mi mayor anhelo es que Emily llegue a gozar plenamente, como ella hace. Por el momento, la pequeña sólo se ha atrevido a jugar un poco con la verga de George y a observar

cómo retozan los demás. Al menos, eso es lo que me ha dicho Selina.

—Y es absolutamente cierto, querido. Yo misma doy fe que Emily es una experimentada masturbadora, si bien es verdad que necesita una buena polla en su chochito. ¿Por qué no entras en su dormitorio cuando Selina haya acabado con la vela? ¿Qué me dices?

—Que no. Cariño, eso sería como cometer un incesto —respondió lord C.

Dijo estas palabras con tanta solemnidad que me conmovió, así que separé las piernas y le permití que se acomodara entre ellas.

Su cuerpo era magnífico y musculoso.

Gemí de placer en el instante en que introdujo su verga en mi vulva.

Entonces, nos entregamos el uno al otro con pasión, sin oír nada más que nuestros jadeos mientras su gruesa y larga herramienta se mecía dentro de mí. Traté de hacer presión con los músculos de mi vulva para sentir mejor los movimientos de su polla. Me estremecí y me corrí de gusto.

Fue un momento de intenso placer. Le rodeé la cintura con las piernas y expelí mis tributos en un interminable chorro. Sus manos me sostenían con firmeza las nalgas, de modo que la parte inferior de mi cuerpo quedó prácticamente suspendida en el aire.

—¡Me encanta cómo follas! ¡Córrete! ¡Córrete dentro de mí! —le alenté.

Pero mis palabras fueron innecesarias, sobre todo después de haber visto la escena en el dormitorio de Emily y de habernos deleitado con los preliminares.

Su libación fue tan repentina y poderosa que me la desparramó sobre la vulva y los muslos. Me sentí arrastrada por tan delicioso pecado. Después, con una sonrisa lasciva, me la introdujo de nuevo durante un segundo para regalarme con las postreras gotas de semen.

—Podemos repetirlo más tarde —sugirió, tumbándose indolente junto a mí.

Me incorporé un poco y lo besé en la nariz.

—Tal vez sí o tal vez no, porque Selina se encontrará ahora mismo muy excitada y dispuesta a que la poseas, igual que Emily. ¿No te parece que ha llegado el momento de dar el siguiente paso en su iniciación?

—No, querida mía, pues por mucho que desee ensartarla, como así es, no puedo hacerlo. Las dos son unas criaturas exquisitas. Es una lástima que no sea mi pupila, como Selina, y ya sabes a qué me refiero.

Le contesté con una negativa, absorta en mis pensamientos. Una verga dura por la noche es más satisfactoria que dos exhaustas durante el día, por muy viriles que fueran sus poseedores, y estoy segura de que Selina compartiría esta opinión.

En realidad, ella era de una naturaleza muy parecida a la de Perla y además las dos teníamos casi la misma edad. Había hecho un buen trabajo con Emily, pues la muchacha se comportó con calma durante el resto de la jornada. Selina me preguntó sin rodeos si había disfrutado con lord C. y si él había visto cómo la azotaba.

—Sí, lo hemos visto todo y también hemos hecho de todo, como puedes suponer

—respondí—. Háblame de tus ideas acerca de la iniciación de Emily.

—¿De veras te interesa? —repuso sorprendida y halagada al mismo tiempo—. Es muy sencillo, Arabella. Ella no tardará demasiado en rendirse ante la verga de su hermano, pero todavía se resiste a aceptar esa idea, así que debo asegurarme de que cumpla mis órdenes. Ver a una jovencita rebelarse y forcejear un poco cuando le estás ofreciendo placer produce una sensación muy agradable, incluso excitante, ¿no te parece? Estoy convencida de que tú misma tienes más experiencia de la que pretendes aparentar. No es que trate de imponerme a la pequeña Emily, no. Aquí se trata de una cuestión de obediencia, así de sencillo. Cualquiera muchacha que no deseara ser fustigada, se pondría a luchar con todas sus fuerzas. Ella, en cambio, se deja llevar. No se somete a los azotes porque su padre se lo haya ordenado, sino que lo hace porque la quemazón en las nalgas satisface sus placeres eróticos, aunque eso es algo que nunca admitirá. Empecé por propinarle unos cachetes con la palma de la mano, igual que hizo lord C. hace algunos años, y se corría de gusto en mi regazo hasta que me pareció preparada para las correas.

—Es cierto que se pueden alcanzar placeres inusitados de esa forma —aseveré— pero, ¿qué vas a intentar ahora con ella? No me cabe la menor duda de que se ha estado exhibiendo delante de ti mientras meneaba la polla de George, a sabiendas de que la observabas a escondidas.

—Hoy, la hemos cogido de lleno, Arabella; durante el almuerzo campestre. En cuanto a lo demás, convengo contigo en que si ella quiere exhibirse, ha de hacerlo muy bien. Ya lo verás esta tarde.

Selina no quiso comentarme nada más acerca de sus planes y me hizo esperar hasta la hora de la cena, a las ocho de la tarde. Lord C. se quejó de que Emily tardara tanto en bajar al comedor, a lo que Selina respondió que la joven ya había cenado en su habitación y que le había dicho que bajara cuando el café estuviera servido. Su señoría la miró de soslayo con una expresión de duda, pero no dijo nada.

Cuando los criados acabaron de servir la mesa y se hubieron marchado, nos dispusimos a tomar café y licores acomodados en un sofá antes de que Selina se ausentara con el pretexto de ir a buscar a Emily.

—Sentaos en el diván. No estaría de más que os dierais un beso o dos —sonrió.

—¿Qué demonios está diciendo? —me preguntó lord C. atónito, al tiempo que yo, tomándole la palabra a Selina, posé la mano en su entrepierna y le ofrecí los labios.

—Pero..., ¡pueden bajar en cualquier momento! —objetó él, apercibiéndose de mi excitación.

—¡Bésame, tonto, y enséñame esa polla! ¿Acaso no me prometiste que lo repetiríamos? —le susurré, sin dejar de acariciarle la nuca con una mano y el pene con la otra.

Mi ardor venció por fin sus escrúpulos. En efecto, le saqué el miembro, hinchado y duro, y le metí la lengua en la boca en el mismo instante que giraba el pomo de la

puerta y Emily y Selina entraban sin hacer ruido.

Al ver la polla erecta de su padre en mi mano y el corsé desabotonado y mostrando los pechos, Emily no pudo reprimir un grito. Su atuendo consistía en unas medias negras, unas botas de media caña y un vaporoso vestido rosa que insinuaba sus magníficas curvas. Sus pequeños senos se balancearon mientras avanzaba hasta el centro de la habitación; los negros rizos de su monte de Venus contrastaban con la palidez de su vientre. Lo había visto todo. El pene de su padre palpitaba en mi mano.

—¡Ay, Dios mío! —gimió Emily, tratando de que las piernas no le temblaran.

—Ha sido una chica mala; la he pillado masturbándose. Es la muchacha más obscena que jamás he conocido, pero ya la he castigado. Date la vuelta, Emily, para que lo vean.

—¡No! —espetó, si bien no le sirvió de nada, porque Selina fue tan tajante que la joven nos dio la espalda de inmediato para mostrarnos las medias lunas de su trasero enrojecidas por la palma de la mano de Selina—. ¡Arabella, haz algo para que mi papá no me vea así!

—¿No te parece encantadora? —repuse, dirigiéndome a lord C. que contemplaba el espectáculo en igualdad de condiciones, ya que él también estaba medio desnudo.

Cuanto más se fijaba en las nalgas de su hija, más se le endurecía la polla. Sin poder resistirlo, Emily se cubrió la cara con las manos, totalmente avergonzada. Entonces, como animada por un impulso repentino, echó a correr hacia una esquina de la sala y se quedó allí de pie, contemplando ensimismada aquel enorme miembro que la atraía y la repelía a un tiempo.

—No te muevas, Emily, o lo vas a pasar peor —anunció Selina, propinándole un sonoro cachete en las nalgas.

Entonces, se acercó a nosotros, un tanto a regañadientes, y se sentó en frente de su padre con la cabeza apoyada sobre el hombro de él.

—En realidad, no es una chica tan mala, sólo un poco libertina —siguió diciendo Selina, empleando esta vez una voz suave para calmarla.

Lord C. no sabía qué decir o hacer, así que Selina se inclinó sobre él y le cogió el pene entre las manos mientras que yo le besaba con cariño en la nariz.

—¡Me quiero morir! —gritó Emily de repente—. ¡Te odio, Selina!

Tras esta exclamación tan brusca arrancó a correr hacia la puerta, pero al llegar ante ella se dio cuenta de que Selina la había cerrado con llave y se la había guardado en un bolsillo, dejándola encerrada.

—Ya lo veis, es una niña muy díscola —observó con un tono de aparente tristeza. De repente, le soltó tal bofetada que la muchacha rodó por el suelo unos centímetros, para quedar con las piernas abiertas—. Emily, vete a la cama. ¡A la cama te digo! —ordenó Selina.

Sacó la llave del bolsillo, ante la mirada de alivio de Emily, y abrió la puerta. La joven salió tan aprisa que cuando nos quisimos dar cuenta, sólo oímos sus pasos subiendo la escalera a toda prisa.

—Bueno, creo que nosotros también deberíamos acostarnos ya, Arabella —dijo Selina de pronto, sorprendiéndome, ya que aún era temprano.

No obstante, capté enseguida sus intenciones. Me volví y le di un suave pellizco a su señorita. Luego me levanté y las dos salimos juntas.

—¡Venid aquí ahora mismo! —nos ordenó él.

—Tal vez prefieras que vuelva Emily, ¿te gustaría? —preguntó Selina y me cogió de la mano para marcharnos, conteniendo la risa como pudo.

Al ver que la expresión atónita de mi rostro aún la divertía más, me percaté de sus verdaderas intenciones. Además, yo la deseaba y eso era algo que ella sabía muy bien.

Ya en su dormitorio, que tenía una cama doble por razones obvias, nos desvestimos a toda prisa y nos metimos entre las sábanas. Empezamos por acariciarnos los pezones con movimientos lentos y suaves.

—Pensabas que íbamos a tener una orgía, ¿verdad? —murmuró—. Pero me temo que Emily se habría sentido demasiado cohibida. Después de todo, hay que respetar la sensibilidad de cada cual.

—Creo que tienes razón, una orgía en tales circunstancias sería algo impensable. Anda, déjame lamerte —añadí.

Le metí la cara entre los muslos mientras ella mecía las caderas y presionaba los labios de su sexo contra mi lengua.

—¡Qué bien lo haces! ¡Quiero más! —gimió.

Me incorporé un poco y con movimientos sensuales y lentos, me dediqué a lamerle todo el cuerpo hasta que, por fin, coloqué el trasero sobre su cara y nos entregamos a un largo y delicioso *soixante-neuf*.

Así, con este y otros juegos, nos fuimos olvidando de las reticencias de Emily. Sólo cuando retozamos saciadas, después de varias libaciones que nuestros cuerpos recibieron con placer, volvimos a hablar del tema.

—Deberíamos ir a ver si se encuentra bien —murmuré mientras Selina me besaba en las mejillas y me estrechaba entre sus brazos.

—Me pregunto si no somos iguales; tú, yo y Emily —fue su respuesta—, porque las tres gozamos siempre con una polla dura y la lengua de una mujer se parece a ella en muchos aspectos. Pero, sí, vayamos un momento a su cuarto.

Nos pusimos algo de ropa y fuimos en silencio a la habitación de Emily, donde la encontramos echada boca arriba, sin medias y con el camisón tapándola hasta las rodillas.

Parecía dormida, pero al oírnos entrar abrió los ojos, nos miró sorprendida y nos volvió la espalda con un suspiro.

Yo fui la primera en tumbarme a su lado y atraparla entre mis brazos, apretándola con fuerza contra mi cuerpo. La única luz provenía de una lámpara de aceite, por lo que apenas pude ver sus suaves senos, que apretaba dulcemente entre mis manos. Como se hallaba de espaldas a mí, sentí las palpitaciones que estaba experimentando.

Deslicé una mano a lo largo de las suaves nalgas, hasta que me encontré con lo que andaba buscando: su húmedo chochito.

—Déjame sentirlo a mí también —dijo Selina dirigiéndome una pícara sonrisa.

Yo no dejé de hurgar con los dedos en el sexo de Emily, a pesar de que ella hacía esporádicos esfuerzos para apartarlos de aquel orificio.

—¡Marchaos, indecentes! —gimió la joven.

—¡Oh, mira quién habla! Eres la más obscena de las tres y la que mejor partido le ha sacado a todo esto. Una buena zurra es lo que te mereces antes de que te desfloren.

—¡No sé de qué estáis hablando! Marchaos las dos. Te odio, Selina. Te odio, lo sabes muy bien.

—Tonterías. Tú me adoras, del mismo modo que yo te adoro a ti. Anda, dame un beso en la boca y, si quieres, te dejaremos descansar durante toda la noche.

—¡No!

Pero entonces Selina la obligó a volver la cara y yo la sostuve por la nuca. Sujeta de este modo, no pudo resistirse a sus labios, como si se tratara de una jovencita a la que besan por primera vez. Entretanto, yo volví a acariciar sus blancos pechos. Los pezones se estremecieron con mis atenciones, así que se relajó y dejó que Selina la besara con delicadeza.

—¿No te ha gustado acaso? Imagínate por un momento con las piernas bien abiertas y una enorme verga penetrándote y poseyéndote.

—¡No quiero! —la interrumpió—. ¡Qué cosas más lascivas dices! Vete.

Entonces ambas nos miramos y, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo sin necesidad de decirnos nada, nos levantamos.

—Venga, vámonos. Ya está bien por hoy. Dejemos que sueñe con lo que le hemos dicho —le susurré a Selina.

Ella asintió con un gesto y me acompañó hasta la puerta desde donde le dirigió una última mirada a Emily.

Nos quedamos en la oscuridad por un instante, con nuestros vientres rozándose. Nos besamos y cada una acarició el sexo de la otra.

—Me hubiera encantado ver su culito menearse contra mi chocho —murmuré en voz baja.

En ocasiones así, la pasión de la oscuridad siempre termina por apoderarse de mí.

—Ya tendrás ocasión de verlo, cariño, porque lo volveremos a repetir mañana. Eres la muchacha más sensual que he conocido nunca. ¡Cuántos placeres nos aguardan a las dos!

LAS cosas no siempre salen como una espera. Tuve que regresar a casa por la mañana, ya que mamá no se encontraba bien y a papá no le gustaban mis largas y continuas ausencias.

Papá y yo mantuvimos una grata conversación que me hizo considerar cuán diferente era el ambiente que se respiraba en casa, en comparación con el que reinaba en aquellas otras en las que había estado.

No hay nada de extraño en todo esto, sin embargo, pues hace tiempo que aprendí que cada casa, cada residencia, cada mansión, cada cabaña, e incluso cada «hogar modélico», como ahora suele decirse, es una pequeña isla cuyos visitantes van y vienen y cada visita es idéntica, o ligeramente distinta, o diferente en extremo.

En nuestro entorno particular somos como nativos que hablan una lengua propia, muy diferente a la de sus vecinos. Yo he estado en muchas casas que por fuera parecían idénticas o muy similares, pero en las que, una vez dentro, se vivía en distintos grados de decoro, monotonía, aburrimiento, o relajación y libertinaje, lo cual me atrae y al mismo tiempo me intriga.

Hubiera besado a papá con frecuencia y él a mí, pero nunca habría permitido que me pusiera una mano encima, ni aún con gestos afectuosos, ni yo al él, claro está. Este comportamiento podría parecer algo extraño e incluso imposible en una relación entre padre e hija. Perla y yo hemos comentado algunas veces esta singular filosofía.

—Todos somos distintos —fue su respuesta.

Y de hecho no había mucho más que añadir. Ambas solíamos tener un lenguaje propio, si se puede llamar así. Si veíamos a una señorita atractiva, una u otra decía:

—Ahí va una posibilidad.

—¡Qué trasero tan sugerente tiene! —podía añadir entonces la otra.

—¡Me encantaría llevármela a la cama o incluso ayudarla a que un semental bien provisto le dé lo que se merece! —diría cualquiera de las dos.

Estas frases nos salían espontáneamente, si bien para el resto del mundo nosotras no éramos más que dos elegantes y seductoras mujeres de entre una multitud anónima.

—Dime qué entiendes tú por pecado —le pregunté en una ocasión.

—Ah, eso es algo muy sencillo, querida Arabella. Un pecado siempre ocasiona a alguien un daño o una aflicción, ya sea mental o física, por cualquier motivo y de cualquier manera. Eso es, en mi opinión, todo lo que se puede decir al respecto. La obscenidad no es un pecado, sino que sólo se trata de picardía. ¿Tú crees que nosotras vivimos en pecado, o que acaso obligamos a los demás a que caigan en él?

Reflexioné sobre ello y decidí que no. Por esa razón no soportaba a los hipócritas. Como debe ser. Hay un cierto libertinaje, una traviesa obscenidad, que parece existir en todas las personas, ya se trate de la maestra que disfruta azotando los traseros de

las jóvenes señoritas o del caballero que simplemente anhela hacer lo mismo con ella pero que no se atreve a proponérselo. La desconsolada esposa del varón que ha vuelto a buscar el placer de las prostitutas, se queda, tal vez, vacía por dentro, lo cual es algo terrible para ambos, porque los dos son culpables, por supuesto, ya que ni ella sabía cómo hacer gozar a su marido, ni él cómo recibir ese placer.

No hay ningún consuelo, como he oído decir a menudo a los hombres, en los brazos de una joven que sólo vive para rechazar el asalto amoroso del marido. Es mejor la calidez del hogar y de varios traseros ardorosos que la habitación y la cama generalmente fría de una prostituta.

Eso mismo le dije a Perla, que me miró con una sonrisa, como para confirmarme que éramos de la misma opinión.

—Vamos, querida, la única verdad es que nos encanta follar, lo mismo que ver cómo los demás hacen otro tanto. ¿Qué otra cosa se puede decir? Ni una sola de las muchachas que hemos obligado a someterse a un varón se ha arrepentido de ello. En realidad, han disfrutado al máximo haciéndolo y se han corrido muy a gusto.

—Eso es verdad —aseveré con una sonrisa.

A pesar de todo, cuando les preguntaba: «¿Te gustó? ¿Gozaste mucho?», no siempre me respondían con sinceridad, naturalmente, puesto que algunas preferían aparentar sorpresa y turbación cuando se les humedecía la vulva a consecuencia de los asaltos masculinos y se guardaban para sí mismas los apetitos que habían saciado. Todas dosificaban sus deseos, pues ésta es la naturaleza de las mujeres.

Las aventuras que he narrado no ocurrieron en un mes, ni siquiera en seis. Yo misma me he pasado a veces un mes entero, e incluso más, sin probar los deleites de un miembro viril, ni la lengua de una mujer, para después poder recrearme aún más con el siguiente encuentro. Considero que aquellos que describen interminables y frenéticas orgías que se suceden sin cesar, son unos necios porque no hacen más que inventarse lo que nunca han experimentado por sí mismos, y que, en muchas ocasiones, ni tan siquiera son capaces de probar.

Por muy bien acomodada que pueda estar, una mujer siempre debe aspirar a obtener más riquezas, no de inmediato, claro, sino con la intención de asegurarse el futuro. Selina supo comprender muy sabiamente que lord C., que era viudo, poseía dinero más que suficiente. A pesar de todo, ella no pensaba que pudiera proponerle matrimonio algún día. No era eso lo que perseguía, sino que más bien esperaba poder heredar de él una cantidad considerable de dinero y bienes.

En realidad, estos pensamientos, que a los ojos del mundo pueden parecer crueles y hasta inmorales, se comprenden mejor entre mujeres que entre hombres, ya que ellos suelen guardarse para sí los títulos de propiedades para luego arruinarse por tonterías.

Un escritor de novelas de meretrices, que los hombres adquieren en las librerías de la calle Holywell de Londres, y que también se leen en las puertas de servicio de las lujosas residencias campestres, podría haber dicho que Elaine y Emily eran

penetradas por sus respectivos padres cada día, o alguna otra estupidez parecida. Pero lo cierto es que, tras haberse deleitado con el esperma de un pene, esas mujeres no se entregan a todas horas a cualquiera, sino que dosifican sus favores en función del deseo que sienten, así como de las oportunidades que se les presentan.

El señor Maudsley era uno de esos hombres cuya exaltación se veía aplacada con más rapidez de la que él mismo habría podido sospechar.

En el transcurso de un año, Catherine vio cómo su hija mayor se desposaba y cómo Bertram no le había concedido más sus favores, pues de lo contrario se habrían creado problemas innecesarios.

En cuanto a Susan, siguió siendo una pequeña *hourí*, un acuerdo que complació sumamente a Catherine.

A los lectores les puede parecer ésta una fría exposición, pero ¡qué práctica resulta! A partir de mi última visita, todo fue felicidad para Selina y Emily, pues ambas pudieron flirtear cuanto quisieron mientras que, por su parte, lord C. no se podía entrometer en su relación, ya que, en el caso de que lo hubiera decidido hacer, ellas le habrían prohibido la entrada en sus respectivos dormitorios, algo que, desde luego, lord C. quería evitar a toda costa.

Yo misma, cuando ya contaba con treinta y tres años de edad, empecé a pensar en el matrimonio casi sin darme cuenta de lo que hacía. Pero finalmente decidí descartarlo durante dos o tres años más, ya que terminé por juzgarlo innecesario, puesto que por aquel entonces las inversiones que mi padre había hecho en mi nombre ya estaban siendo muy rentables.

En cuanto a Perla, nunca pensó en casarse, aunque no por ello dejó de acumular una bonita fortuna gracias, en buena medida, a los regalos que diversos caballeros solían hacerle como una especie de reconocimiento por lo que ella denominaba los «servicios prestados».

Algunos podrían llamarla alcahueta.

—Eso es absurdo —me dijo en cierta ocasión— porque yo presento o persuado a las mujeres en la medida en que quieren serlo y todas ellas pertenecen, desde luego, a la misma capa social de la que proceden los caballeros. Algunas mujeres se dedican a concertar matrimonios y lo hacen con verdadera fruición y energía. Yo, en cambio, me dedico a concertar placeres, algo mucho más inofensivo. Y estos últimos, desde luego, son preferibles a los primeros, ¿no te parece, querida Arabella?

Como casi siempre, la dama tenía su buena parte de razón, porque la verdad es que no se precisa gran ingenio ni sofisticación para seducir a una chica perteneciente a un conjunto de bailarinas, o que se dedica a desfilarse en el escenario de los *Tableaux Vivantes*, en los que aparecen desnudas, bajo bonitas luces, cuando en realidad llevan unas medias de color carne que hacen las delicias de los caballeros que observan sin perder detalle la exacta conformación de sus pechos y nalgas, por no hablar de sus muslos llenos que tanto parecen atraerles.

Del mismo modo, las jóvenes criadas también pueden ser seducidas, cosa que en

realidad ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que se cree, pues basta con que los señores para los que trabajan o sus hijos varones pongan un soberano en el hueco de su mano para que terminen por entregarles sus favores y sin el menor remilgo.

Perla y yo consideramos todas estas «aventuras» como carentes de mérito, interés o excitación. Preferíamos las ceremonias o las travesuras que no se consiguen con sólo pagar a una muchacha para que se levante las faldas.

PRISCILLA y Kate eran hermanas gemelas y se hallaban al cuidado de un tío suyo que, según se rumoreaba, había intentado sin éxito bajarles las bragas en más de una ocasión. Al parecer, las jóvenes habían corrido a refugiarse junto a las faldas de su tía, una mujer de carácter bastante puritano, que después de haber mantenido una furiosa discusión con su esposo, le había prohibido volverá intentarlo.

—En ese caso, las muchachas deben ser iniciadas en los asaltos amorosos, incluso en contra de su voluntad —comenté en cuanto me apercibí de que eso era exactamente lo que se esperaba de mí—. Naturalmente, antes deben ser debidamente preparadas —añadí con una sonrisa de satisfacción, dirigiéndome a Emily y a Selina.

—Yo ya he pensado cómo hacerlo —comentó Selina con una sonrisa de satisfacción—, pero el problema consiste en que Esmeralda, la tía puritana, nunca pierde de vista a sus sobrinas por temor a que su marido vuelva a intentar hacer de las suyas con alguna de ellas.

Me detuve un momento a considerar sus palabras.

—Ya tengo la solución —declaré muy satisfecha de mí misma—. Estoy segura de que hay muchos jóvenes que estarían dispuestos a someter tanto a una mujer madura como a una muchacha, o incluso a dos. Tenemos que ingeniárnoslas para conseguir que las tres caigan en nuestras redes sin que ninguna de ellas se dé cuenta.

Encantada con la idea, Emily no pudo evitar ponerse a aplaudir ante la perspectiva que se nos ofrecía de una forma tan inocente.

—Sí, pero ¿quién? ¿Quién será el joven y cómo lo haremos? —preguntó.

—Eso es muy fácil. Pondremos un sedante en el vino que le daremos a Esmeralda. Eso será más que suficiente para tranquilizarla e impedirle así que pueda hacer nada con respecto a lo que nos proponemos. Es más, estará tan aturdida que no podrá protestar hasta que se le pase el efecto. Bueno, pero lo primero es idear un plan con todo detalle. Escuchad, que os voy a decir lo que he pensado.

Las dos celebraron mi plan con alegría y, al mismo tiempo, me gané la ferviente admiración de Selina, con quien hasta entonces había tenido una relación más bien pasiva. Los pasos a seguir eran largos y complicados. Lo primero que debía hacer era trabar amistad con el tío. Éste estaba tan vigilado por su esposa como las mismas muchachas, así que me presenté como una dama de la caridad y entré en la casa con el pretexto de pedir donativos, mantas y ropas viejas, para los pobres, como si se tratara de una colecta más.

Las personas piadosas siempre están dispuestas a complacer, en la creencia de que al hacerlo así se ganan la admiración de su Creador. A mí, esa clase de filosofía me parece de lo más absurda. Yo creo en Dios, como todo el mundo, pero siempre me he negado a creer que basta con dar algunos soberanos o un par de mantas para merecer el cielo. ¡Qué injusto sería, entonces, para los que no tienen nada que

ofrecer!

Así pues, me presenté en su casa. Esmeralda era tal como yo me la había imaginado: una mujer de mediana edad, ni gruesa ni delgada, con un cierto atractivo, y un trasero grande y hermoso. El hecho de que me tuviera que dar un «donativo» casi me hizo reír.

Después de prometerme la entrega de algunas ropas, me presentó a Priscilla, a Kate y a Herbert, pues así era como se llamaba su marido.

Priscilla y Kate eran dos jóvenes idénticas, de una elegante delgadez, con la tez pálida y unos ojos grandes y hermosos. Me complació ver que superaban la estatura media e intuí que tenían unas bonitas piernas, quizá porque ése es el arquetipo que yo misma me he formado de la muchacha bien dispuesta a dar y recibir placer.

Una vez dentro de la casa, intenté captar la atención de Herbert, que resultó ser un maestro de obras. Necesitaba su consejo, le dije, acerca de las ampliaciones y reformas de una pequeña casa para convertirla en refugio para los desamparados. Mis palabras fueron suaves y mi apariencia general deliberadamente comedida, pues llevaba el vestido más sencillo e intemporal que pude encontrar para no levantar sospechas en su esposa, que de otro modo me habría echado de su casa.

Le pregunté si podía ayudarme en ese asunto y sin esperar siquiera a escuchar su respuesta, le di una dirección y quedamos en vernos para hablar de los detalles.

Dos días después nos volvimos a encontrar, y con el semblante más alegre que jamás había visto en un hombre, se fijó en el ajustado vestido, que me había puesto para la ocasión y que marcaba todas las curvas de mi cuerpo.

Además, la dirección que le había dado para celebrar nuestra entrevista era la de un hostel, si bien no nos quedamos allí por mucho tiempo.

Naturalmente, no fui tan indiscreta como para explicarle mi plan de inmediato. Le confesé, sin embargo, que el asunto del refugio era mentira, aunque sí era cierto que hacía colectas para los necesitados.

Intrigado y fascinado a un tiempo, escuchó cuanto le dije, mientras almorzábamos en una habitación privada del piso superior.

—Uno de mis menos conocidos trabajos de caridad —le informé con voz suave— consiste en auxiliar a los caballeros en el primer asalto.

Esta frase le obligó a sonrojarse.

—¿De qué manera, si me permite la pregunta? —preguntó con evidente incomodidad.

—Hay actos de dar y actos de amor, ¿no está de acuerdo? En su mayor parte, éstos se engloban en los actos de caridad, pero los actos de amor también pueden tener lugar en su propio domicilio. ¡Tiene usted unas sobrinas preciosas! Y estoy convencida de que ellas son de mi mismo parecer —le dije poniéndole hábilmente el anzuelo.

Y picó.

—Ellas son, esto..., primerizas —dijo con una consumada educación.

Entonces chasqué la lengua y aparente reflexionar durante un momento sobre el asunto.

—¿Quiere decir que aún no han sido redimidas? —le pregunté con expresión muy seria—. ¿Acaso no ha intentado usted convertirlas?

El caballero se sorprendió mucho al oír mis palabras, aunque, la verdad, no pude culparle por ello, ya que se trataba de una pregunta muy personal. Aprovechando su momentánea confusión, me levanté de la mesa y tomé asiento en un pequeño sofá, invitándole a sentarse a mi lado. Una vez que lo hubo hecho así, le puse la mano sobre la rodilla, con un gesto indolente y como si actuara con descuido.

—No se preocupe por ese asunto —le dije con la misma expresión de seriedad—, porque, por lo que he podido observar, Priscilla y Kate son dos muchachas que merecen gozar de la vida. ¿Qué edad tienen? ¿Dieciocho años?

Parecía distraído o excitado, no sabría decirlo; quizás no se atrevía a decir nada de momento. Luego, mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

—Son vírgenes. ¿Era eso lo que quería que dijese?

—¿Así que todavía no han aprendido que la caridad consiste en dar y recibir? Pues bien, ahora les toca a ellas recibir. Supongo que usted se ofrecería gustoso para hacerlo, ¿verdad?

Y en cuanto le hube hecho esta pregunta le metí la mano en la cara interior de sus muslos y la apreté ligeramente, descubriendo un bulto enorme que habría hecho las delicias de cualquier mujer soltera, e incluso casada.

—¿Me está pidiendo que haga realmente lo que me sugiere? —quiso saber.

Me aprisionó en un abrazo y me empezó a besar en la boca con pasión, al tiempo que yo le desabotonaba la bragueta y tomaba su rígido miembro en la mano.

—Ellas ya tienen edad para ser sometidas a una verga, pero cuando les llegue el momento, usted, señor, tendrá que cumplir con su obligación.

A su pregunta sobre qué significaban mis palabras le respondí que, por una cuestión de ética, sólo su polla podría penetrar sus sublimes traseros, pues permitirselo a otro sería una grosería, al menos la primera vez.

—Ya entiendo; se trata de un asunto estrictamente familiar, ¿no es eso?

—La cuestión es si lo podrá hacer, porque, según me parece, las dos muchachas tendrán que estar una junto a la otra, frente a usted. Venga, déjeme que se lo demuestre, ya que usted parece estar ahora en las condiciones apropiadas y yo estoy preparada para recibirlo dentro de mí. Pero antes que nada, necesito un poco de espacio. Así.

Tras decir estas palabras me subí las enaguas hasta las caderas y le mostré que no llevaba bragas, lo cual le satisfizo sobremanera.

El sofá resultaba algo pequeño para lo que yo pretendía y él adivinaba, pero doblé las rodillas y las presioné contra la punta del mismo. Él colocó el extremo de su herramienta frente a mi orificio.

—Querida, ¡qué trasero más hermoso te ha dado Dios! —exclamó al tiempo que

me hacía sentir la más placentera de las sensaciones al introducir su sexo en el ano.

—Ésa es precisamente la clase de cumplidos que deseo que les haga a Priscilla y a Kate. Métala despacio unos diez centímetros y luego toda. ¡Bestia! ¡Qué enorme la tiene!

En tales circunstancias, no siempre hablo con coherencia. En electo, su polla era gruesa y grande, así que, al ir penetrando por mi conducto, tuve la sensación de que empujaba todo el aire dentro de mi cuerpo.

Me desabotoné el corsé lo mejor que pude y me avine a que sus manos me apretaran los pechos con fuerza, mientras que los últimos seis centímetros de su pene parecían como si quisieran partirme en dos.

—¡No te muevas, ahora! —le imploré—. ¡Aguanta!

A veces, los hombres también necesitan que se les guíe en este arte.

—Imagínate por un momento, que estás delante del trasero de Priscilla, Herbert. Ella mecerá las caderas y gritará, pero tú la sostendrás como lo estás haciendo conmigo. Sobre todo, no te olvides de dejar la polla un momento dentro del ano, como haces ahora. Recuerda también que la pequeña Kate estará a su lado, preparada para recibir tu asalto. Entonces, tendrás que acariciarle el chochito y las nalgas, sin dejar de darle por el culo a Priscilla, metiéndola adentro y sacándola después, pero no lo hagas demasiado rápido y ten cuidado de no correrte; ésa es la disciplina que debes aprender antes de practicarla con ellas. Así. ¡Adentro y afuera, adentro y afuera! ¡Despacio!

—Dios mío, me voy a correr —gruñó.

—Nada de eso, señor, pues entonces echaría por tierra todo el asunto. Si te corres dentro de Priscilla, Kate se sentirá muy decepcionada. Para evitarlo, deberás meterla y sacarla alternativamente hasta que no puedas más. Cada una de ellas debe recibir por lo menos veinte arremetidas de tu herramienta, antes de que se te permita expeler el semen, de modo que todo eso es lo que tienes que resistir.

—Déjeme hacerlo esta vez, al menos —imploró con una expresión de ansiedad.

—¡No! Si lo haces, ya no habrá más. ¡Sácala ahora! ¡Sí, ya! ¡Sácala te digo!

Obedeció, aunque de mala gana. En ese momento, yo lo sentí tanto como él mismo, ya que su pene era grande y estaba bien hinchado. El orificio se me contrajo cuando la hubo sacado del todo. Me incorporé y me senté al instante, con las faldas aún levantadas. No pude hacer otra cosa que cogerle el miembro con la mano y mecerlo con suavidad, asegurándole que lo había hecho muy bien.

—Sin embargo, ellas no me dejarán hacerlo —se lamentó, como si hasta entonces hubiera estado inmerso en un mundo fantástico y, de pronto, tuviera que enfrentarse con la cruda realidad.

—¿Seguro? —le pregunté con una sonrisa—. Ya lo veremos cuando llegue el momento. Le doy mi palabra de que sí querrán, y no una vez, sino dos. Tampoco temo la reacción de su querida esposa, porque estoy segura de que ella será la siguiente de sus objeciones. Todo saldrá bien, créame.

Entonces me metí en la boca su polla y se la chupé con pasión; tanto es así que él gruñó de placer y empezó a menear su miembro de atrás hacia adelante entre mis labios, con la misma suavidad con la que lo habría hecho dentro de mi sexo. No obstante, medio minuto después, la expulsé y la dejé suspendida en el aire, temblando.

—¡No haga bromas! —gruñó.

—Me han enseñado a hacerlas continuamente, pero éste no es el caso. Usted también se está preparando, señor, y sus pelotas tienen que rebosar de esperma para la tarea que le espera. Ahora la tiene muy dura y firme; así la deberá tener ese día también. Aunque Priscilla llore, forcejee y proteste cuando usted se la clave, piense que ella también sentirá celos por tener que compartirla con su hermana.

—Ay, no sé lo que podrá pasar. Por favor, no me haga esperar mucho tiempo, se lo ruego.

—No sea estúpido, hombre. Su primer deber es disciplinarlas y qué mejor manera de hacerlo que darles por el culo. No olvidarán nunca esa sensación, y así se asegurará usted de su obediencia.

—¿Y qué pasa con mi esposa? No me ha dicho usted nada sobre ella.

—¿De veras? —repliqué con una expresión de fingida inocencia—. Hace algún tiempo conocí a un joven granjero. Usted se correrá dentro de ella con ayuda del mismo, y deberá asegurarse de que sus sobrinas lo vean todo, pues mucho me temo que no hayan visto un miembro viril todavía. ¿Se lo ha enseñado usted alguna vez?

—Casi. Pero no pudo ser, porque mi mujer me descubrió antes —confesó.

—Ya me lo había imaginado. No importa, pronto la verán. Después, tendrá que continuar penetrándolas con regularidad. Porque, a partir de ahora, su esposa tal vez no se lo prohíba cuando vea cómo lo hace, porque hay pocas mujeres que se resistan a ver a una joven embebiéndose una verga. Sólo le pido que guarde el secreto hasta el día de la iniciación. Digamos que eso será dentro de un par de días, el domingo si le parece. Será un día muy apropiado, pues su esposa se habrá de arrodillar para recibir su manjar.

Así fue como se desarrollaron los acontecimientos. En el día y la hora convenidos me presenté en casa de Esmeralda, trayéndole una botella de excelente vino para agradecerle su generosidad. Como le encantaba esa bebida, no tardó en abrir la botella y deshacerse en cumplidos mientras lo probaba y me decía que era delicioso. En ese preciso momento se le cayó el vaso, al hacer efecto el sedante. Se echó hacia atrás y con los ojos medio cerrados trató de tomar aire, en vano. Se desvaneció.

Esperé un minuto largo antes de levantarme y ayudarla a incorporarse. Desde el jardín me llegaron las voces de Herbert y sus dos sobrinas que estaban jugando al aire libre, tal y como yo misma había dispuesto.

Esmeralda se reclinó sobre un sofá y no tardó en quedar profundamente dormida, al menos en apariencia. Empecé a desabotonarle el corsé con la intención de comprobar si, en efecto, dormía profundamente. Poco a poco, le dejé al descubierto

los pechos, grandes y firmes, cuyos tostados pezones amenazaban con endurecerse en cualquier momento.

Esmeralda lanzó un gemido cuando le acaricié los senos con la palma de la mano. Entonces me acerqué a la puerta, donde me esperaba mi cómplice. Era un joven de veinte años que casi no podía creer en su buena suerte, ya que podría follarse a una señora y encima cobraría varias guineas por ello.

Como es lógico, tuve que mentirle acerca del estado de la dama para no levantar sus sospechas, y le hice creer que ésta gozaba mucho más cuando se encontraba adormecida, así que el muchacho no debía hablar.

No me extenderé, sin embargo, describiendo los preliminares que siguieron, puesto que la orgía que sucedió fue más importante. Al cabo de cinco minutos, ya que nos llevó dos quitarle el vestido, la camisa y las bragas a Esmeralda, puso las manos y las rodillas sobre el sofá, con el trasero levantado y nuestro anónimo campeón ya estaba preparado para asaltarla.

El joven se la metió en el chocho de improviso. Yo ya le había advertido previamente que si se corría demasiado pronto ni cobraría un céntimo ni podría repetir con un segundo asalto. Se la introdujo hasta la mitad entre los labios del sexo mientras yo miraba el jardín a través de los grandes ventanales. Al cabo de un rato eché a correr hacia Herbert y sus sobrinas como si me sintiera muy alarmada.

—¡Oh, no van a creer lo que está sucediendo! ¡Vengan, rápido! —imploré.

Los tres me siguieron a toda prisa. Al entrar en el salón nos encontramos con el joven, que estaba follándose a Esmeralda. La mujer meneaba las caderas y el trasero con urgencia. No cabía la menor duda de que ella creía estar soñando.

Los gritos de Priscilla y Kate llenaron la habitación; las pelotas del muchacho chocaban una y otra vez contra las nalgas de su tía. Era una escena más fácil de imaginar que de describir. Las jovencitas se taparon los ojos varias veces, pero no dejaron de mirar aquel espectáculo, tan insólito para ellas.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Herbert con una fingida expresión de alarma.

Pero su pregunta no impidió al muchacho continuar su tarea, puesto que yo le había informado previamente de cuanto iba a suceder en la sala, añadiéndole que las dos jovencitas estaban ansiosas por ver su verga en acción.

—Es uno de sus extraños vicios —le había dicho a modo de explicación.

El muchacho, ignorante de lo que sucedía en realidad, se lo creyó sin rechistar.

Las hermanas gritaron al mismo tiempo que alguien llamaba a la puerta principal.

—Dios mío, ¿quién será? —pregunté con una expresión de aparente angustia.

Corrí a abrirles la puerta a Selina y Emily que, al entrar en la habitación, representaron el mejor papel de su vida.

Entre tanto, el joven se entregaba a los balanceos de su pelvis, sin dejar de jadear. Es posible que se creyera el rey del castillo o el gallo del gallinero, presto a ensartar a la hembra que se le pusiera por delante. Como no encontraron otra solución, Priscilla y Kate se desmayaron, o eso me pareció, ya que no se movieron. Mi plan estaba

saliendo a pedir de boca.

—Llevalas al piso superior, rápido. Yo iré enseguida —les pedí a Herbert, Selina y Emily.

Estaba convencida de que las muchachas habían fingido un desmayo para cubrir las apariencias.

Las subieron y las introdujeron en un dormitorio apropiado. Me volví y vi a Esmeralda inundada de esperma. En efecto, al tiempo que el enrojecido joven se debatía en un postrer espasmo, resbalaban de su hinchado miembro varias gotas de espeso semen.

—Tumbala ahora en el suelo y haz lo que te plazca con ella, porque nadie te va a molestar durante bastante rato —le dije depositando en su mano las monedas que previamente habíamos acordado.

Él se apresuró a guardárselas en el bolsillo del chaleco con una sonrisa de complacencia. Antes de cerrar la puerta tras de mí, le oí decir:

—Yo nunca he estado aquí, señora —declaró.

—Ni tampoco volverás, a no ser que te llame. Haz bien tu trabajo y es posible que nos volvamos a ver.

Me dispuse, entonces, a subir al dormitorio con un sentimiento de júbilo en mi interior como nunca había experimentado hasta entonces. Llegaron a mis oídos los gritos de las jovencitas que, por lo visto, ya habían vuelto en sí en el corto espacio de tiempo transcurrido desde que las llevaran arriba. De repente, los gemidos fueron ahogados de tal modo que apenas se oían más allá de las puertas del dormitorio.

El cuarto elegido para la escena de las «donaciones» tenía un lecho grande y bastante alto, ideal para la batalla que iba a tener lugar. Habían retirado la colcha. Selina y Emily se habían encargado de amordazarlas, cosa que agradecemos porque los gritos iniciales habían sido demasiado fuertes y podrían haber estropeado nuestra diversión.

Priscilla y su hermana yacían desnudas de cintura para abajo y ya les habían quitado las bragas. Ese esplendor femenino es muy raro verlo en una copia tan perfecta como la que se ofrecía ahora ante mis ojos, la una junto a la otra. Sus piernas eran largas y delgadas, salvo a partir de las rodillas, que empezaban a dar forma a los muslos. Sus traseros eran como dos perfectas manzanas, con un aspecto delicadamente pálido.

Hubiera preferido verlas desnudas del todo, pero no había tiempo que perder. Ambas yacían con la cara tapada, mientras Selina «aleccionaba» a Herbert en su tarea.

—Ya ha visto que estas obscenas muchachas vieron la escena de abajo y podían muy bien haber incitado a su tía a hacer algo así mientras le entretenían en el jardín —dijo Selina, mirándolas—. Ha llegado la hora, señor, de que las castigue para que de ahora en adelante reconozcan su autoridad y la acaten. ¿Verdad que opinas igual que yo, Arabella? —me preguntó al tiempo que yo cerraba la puerta.

—Por supuesto. La propia Esmeralda me confesó que esperaba una visita secreta y me pidió que me ausentara durante un rato, y así lo hice. Ya te puedes imaginar el horror que sentí cuando vi lo que estaba haciendo. Este pobre hombre ha sufrido mucho por su causa y merece resarcirse de inmediato.

Yo había traído conmigo un maletín en el que había portado el vino y unas correas. Herbert, entre tanto, esperó a que acabáramos de hablar del asunto para justificar su inmediata actuación ante sus sobrinas. Se desvistió a toda prisa, dejándose puesta la camisa y se preparó para la acción.

Una especie de instinto femenino advirtió a sus sobrinas que ladearan la cabeza tanto como les fuera posible. De hecho, fue bastante divertido que chocaran al encontrarse a medio camino. Sea como fuere, observaron desde el centro y a sus espaldas la desafiante verga de su tío. Los ojos parecieron querer salirse de sus órbitas e intentaron gritar a través de las mordazas.

Selina y Emily cogieron por los hombros a las chicas y las obligaron a quedarse quietas, mientras yo les advertía lo mismo y sacaba las correas del maletín.

Sus caderas se rozaron, pero no las fustigué con furia, como esperaban Selina y Emily. En lugar de eso, empecé a aleccionarlas con voz suave, subrayando cada frase con un azote tras otro, hasta que las nalgas adquirieron un tono rosado.

Me sentí realmente orgullosa de mi habilidad para aleccionar a las señoritas, si bien yo era por entonces apenas seis años mayor que ellas.

—Vuestra tía ha hecho muy bien protegiéndoos del miembro viril hasta ahora, pero me temo que no va a poder seguir haciéndolo, así que preparaos para someteros a él. No tengáis miedo, ni forcejeéis cuando vuestro tío os ensarte, porque eso no haría sino empeorar las cosas.

En momentos así, el tono de voz suele ser monótono, lo cual me han dicho que resulta bastante hipnótico. No sabría decir con seguridad cuánto tiempo estuve hablando; en cambio, las palabras debieron ser contundentes, a juzgar por sus rostros enrojecidos de vergüenza. También intentaron gritar cuando hacía restallar las correas, mientras Selina y Emily les presionaban los hombros hacia abajo, con los ojos al rojo vivo no sólo por los «preliminares» sino también por la excitación que les producían mis palabras.

Al mismo tiempo que continuaba hablando con suavidad, empecé a fustigarlas con más fuerza y rapidez. Priscilla, que fue la primera en recibir un verdadero azote que le cruzó el trasero, dio un respingo y soltó un alarido que la mordaza amortiguó; Kate hizo otro tanto.

—Separad bien las piernas —ordené—. Si no lo hacéis, os fustigaré con mayor severidad. Ahora, pequeñas, vais a recibir una docena de latigazos en las nalgas hasta que sintáis una quemazón. ¡Aguantadlas con fuerza, muchachas!

La correa cortó el aire, aunque para los lectores que no lo sepan creo conveniente explicarles que el restallar de las cuerdas es mucho peor que la marca que deja sobre la piel. El cuero es grueso y pesado. Su caída es lenta, pero debido a su longitud, casi

quince centímetros en este caso, toda la zona de las nalgas siente una quemazón y una deliciosa punzada con el impacto. Alguien que ha de ser castigado con severidad podría recibir de tres a cuatro docenas de azotes, pero no era esa mi intención. Yo sólo pretendía que las muchachas se prepararan con las correas para que así sus contraídos orificios traseros fueran más receptivos al miembro que los aguardaba.

Con el pene estremecido, Herbert no podía esperar más tiempo a penetrarlas. Sin embargo, no le permití acercarse más a ellas; sólo cuando juzgué listas las rosadas nalgas de sus sobrinas, me aparté para dejarle paso.

Herbert acercó entonces su verga de quince centímetros al orificio de Priscilla, mientras sus pelotas se balanceaban con suavidad. Su pene creció hasta los veintidós centímetros.

En cuanto sintió el primer contacto de unas manos sobre las caderas, a Priscilla le pareció que eran las de su tío e intentó zafarse de ellas, cosa que evitó Selina al apoyar todo el peso de su cuerpo sobre el de ella.

—¡Nada de eso, señorita! ¡No se te ocurra moverte! —le espetó.

Su tío se sintió invadido por un estremecimiento de placer y palmeó las nalgas de su sobrina como si de un sueño se tratara, para separárselas y dejar al descubierto la abertura central que él se disponía a penetrar. Entonces, me pareció que Selina necesitaba ayuda y puse ambas manos sobre la espalda de Priscilla, que seguía gimiendo y sollozando. Ésa era la señal inequívoca de que el miembro viril había comenzado la inexorable penetración de su trasero.

YA he lamentado antes, y espero no haber aburrido a mis lectores, la desesperación en que a veces me he sumido al intentar describir los divinos momentos del combate amoroso en todos sus sutiles detalles. Ahora quisiera referir con fidelidad el momento en el que se hallaban inmersos Priscilla y su tío.

Con el semblante lleno de felicidad, éste se dispuso a efectuar la majestuosa penetración de su verga en el orificio posterior de su sobrina con la suavidad y calma con que le había instruido. Priscilla ladeó la cabeza con violencia y de no ser porque él le había asido las caderas fuertemente con las manos, ella habría evitado la ruda arremetida de su miembro.

—Despacio, cariño —le susurré al oído, viendo cómo tensaba los tendones del cuello y los ojos se le salían de las órbitas mientras gritaba.

Kate, a su vez, había vuelto la cabeza hacia el otro lado y ahora sollozaba bajo la mordaza, mientras Emily impedía que se moviera.

Herbert jadeó al sentir la presión del conducto de Priscilla alrededor de su hinchado pene recubierto de venas. La expresión de sorpresa y excitación en su cara no dejaba lugar a dudas. En efecto, su semblante sólo podía indicar delirio. Él, no obstante, se contuvo y hasta un minuto después no se la había metido toda dentro de aquel sedoso y succulento tubo que estaba destinado a recibirla.

—¡Quítale la mordaza! —le pedí a Selina, mientras Herbert se estremecía de placer al sentir su sexo totalmente embebido y los genitales meciéndose contra la vulva de ella.

Cuando le quitaron la tela que le oprimía la boca, Priscilla se deshizo en llanto, gritos y súplicas.

—¡No, no, no! ¡No le dejéis! ¡Quitádmelo de encima! ¡Quitádmelo de encima!

Selina se apartó a un lado y yo me apresuré a meter la cara bajo la de Priscilla. La rodeé con mis brazos acariciándola tiernamente, a pesar de lo cual sus alaridos resonaron con fuerza en mis oídos.

—¡Sssh, querida! Sólo es por tu propio bien —le murmuré mientras le lamía las saladas lágrimas y sentía el temblor de sus labios en mis mejillas.

—Herbert, no te muevas aún. Deja que esta señorita sienta bien la longitud y la fuerza de tu pene —le dije.

—Oh, no, por favor. ¡No le dejes, no le dejes! —balbuceó Priscilla.

Pero yo, más experimentada y conocedora de las sensaciones que ella estaba descubriendo, capté un casi imperceptible cambio de tono en su voz.

Entonces, entreabrió la boca y saboreó las exquisitas sensaciones que le producían aquella hinchada verga.

—Bésame. Vamos, cariño, sé una buena chica y bésame —le rogué entre susurros.

Durante un largo e incómodo momento, mientras se lamentaba, evitó encontrarse con mis labios. Entre tanto, yo sonreía, pues comprendía perfectamente su reacción.

—¡Ahora, Herbert! ¡Hazlo ahora! —le ordené al tiempo que le apresaba la boca, y el miembro viril se mecía de nuevo y sin prisa.

Priscilla jadeó de gusto dentro de mi boca. Como no pudo eludir por más tiempo ese sensual momento, se avino a entrelazar su lengua con la mía. Herbert tampoco pudo esperar más e intensificó la fuerza de sus arremetidas, haciéndola gemir con cada una de ellas. Sin decir una palabra, todavía pude oír el chapoteo característico de las nalgas contra el vientre y observé con placer la estrechez de sus caderas y la exquisita redondez de sus nalgas, que se balanceaban con sensualidad creciente.

Me abandoné a las sensaciones de que fui presa y permití a Herbert que se corriera dentro de ella. Conservé, sin embargo, el control y, esforzándome por incorporarme sin perder ese vértigo que me invadió, me las arreglé para gritar:

—¡Ah, Kate! ¡Ah, Kate!

Apenas sí fui consciente de la siguiente escena. Selina y Emily se entregaron a acariciar con solicitud a la otra sobrina de Herbert y, mientras sentía los últimos espasmos de él a través de las nalgas de Priscilla, miré de soslayo a Emily, cuya lengua se introdujo en el sexo de Kate al tiempo que Selina besaba con fruición los pequeños senos y la boca de la joven.

—Bésame, vamos, pequeña. Sé buena chica y bésame —le imploré entre delicados susurros—. ¡Tómala! —sonreí, pues como no tuve que forcejear con Kate le separé las piernas gozando del momento.

No obstante, la muchacha lanzó un inevitable grito al ver la enorme polla de su tío en plena erección sobre ella.

—¡No! —imploró.

Y habría huido si Herbert, más rápido de reflejos, no se hubiera puesto encima de ella.

Un brusco movimiento del trasero de Kate, un estremecimiento de sus piernas y brazos, y aquel poderoso pene se abrió camino entre los labios del sexo. La muchacha gritó asustada, pues una cosa era gozar con las atenciones de Selina y de Emily, y el hecho de tener a su tío encima era otra bien distinta. Su cara adquirió un adorable tono rosado al tiempo que, centímetro a centímetro, la desafiante herramienta le separó más y más los húmedos labios de la vulva hasta que se la metió toda y los gemidos de la joven anunciaron que su futura vara de placer había llegado, por fin, al clímax.

Todo era quietud en el dormitorio, como suele ocurrir a veces en estas ocasiones. Mientras la follaba, los muelles del colchón chirriaban al compás de sus arremetidas; no en vano éramos cinco personas sobre la cama. Estreché entre mis brazos a la desolada Priscilla.

—Has sido una buena chica —le murmuré cuando rompió a llorar de nuevo, como yo esperaba.

Parecía como si quisiera esconder la cara entre mis pechos, aunque al mismo tiempo miraba con picardía a la pareja que, como yo bien sabía, no iba a tardar mucho más en saciar sus apetitos. La respiración de Kate se hizo más agitada y supe que se iba a correr. Los gruñidos de excitación de Herbert, así como sus gemidos animales evidenciaron también que le faltaba muy poco para alcanzar el orgasmo.

—Tú también, amor mío. Muy pronto —le susurré a Priscilla en cuyos ojos pude descubrir una mirada vidriosa.

Le metí entonces el índice en la vulva y se la froté con delicadeza. Ella separó los labios y me metió la lengua en la boca. Un ligero temblor la recorrió y al cabo desparramó sus divinos jugos sobre mis dedos, al tiempo que Herbert expelía un chorro tras otro de semen en el orificio que ahora ocupaba. Oímos los inconfundibles sonidos del placer y entonces todo quedó en calma; sólo la respiración de nuestros compañeros traicionaba las profundidades del placer experimentado.

Retozamos unos momentos. Me levanté y di una palmada, diciendo:

—¡Venga, muchachas, levantaos! Priscilla, vamos. Kate, tú también. De ahora en adelante seréis unas chicas obedientes, ¿entendido?

Una gran insensatez se apoderó de ellas, como yo sabía bien que ocurriría. En un momento se azoraban y al siguiente reían, sin saber a quién mirar. Ambas, no obstante, evidenciaron un cierto interés por el miembro de su tío, a juzgar por sus furtivas miradas.

—¡Ahora ya no podré mirar más a la cara a mi tía! —objetó Priscilla, y su hermana se hizo eco de sus palabras un instante después.

—Perded cuidado, es más probable que ella no sea capaz de miraros a vosotras —repuse convencida—. Vamos abajo, y ya veremos qué pasa.

En parte, esta clase de *affairs* suelen ser una pantomima. En parte, digo, porque todas las cosas se suavizan pronto también. Esmeralda, como cabía esperar, yacía desnuda hasta la cintura en el sofá, con la seda de las medias salpicadas de esperma seco. Su campeón, o tal vez debería decir mi campeón, se había ausentado después de follársela al menos dos veces y pensar que sería mejor no tener que enfrentarse al «señor» de nuevo. Por lo visto, el sedante que le había puesto en el vino había dejado de surtir sus efectos, porque se sentó al oírnos entrar y se apresuró a cubrirse con las manos.

—Oh, Herbert, ¿dónde te habías metido? Me han atacado y violado con crueldad —declaró con redomada hipocresía, mientras Priscilla y Kate corrían a esconderse, estúpidamente, en una rincón.

—¡Ya! De modo que atacada con crueldad. Querida, nosotros sabemos la verdad, así que dejémonos de disimulos —respondió su marido—. Hubo una cierta sensatez en tus actos y nuestras queridas sobrinas se han beneficiado de tu ejemplo. Yo las he ayudado a saciar esas ansias de conocimiento, y lo habría hecho hace tiempo si no hubiera sido por tus estúpidos prejuicios. Fíjate en lo bien vestidas que vienen después de un asalto amoroso a sus traseros, mientras que tú, cariño, no has podido ni

cubrir tu desnudez.

—No les habrás hecho eso, ¿verdad? —gritó con la incoherencia de algunas mujeres cuando preguntan.

Mientras Esmeralda recogía a toda prisa las prendas del suelo, me pareció que había llegado el momento apropiado para intervenir.

—¡Priscilla y Kate, venid aquí! —ordené.

Las dos jóvenes acudieron de inmediato, tal vez al recordar los cardenales en las nalgas.

—¿Verdad que vuestro tío ha gozado con ambas arriba y le permitisteis que os ensartara? —les pregunté.

Dudaron un segundo, como era de esperar, pero a un gesto de mi mano, que sin duda les recordaba las últimas experiencias, conseguí arrancarles un tímido «sí» a las dos.

—¡Dios mío! —exclamó Esmeralda consternada, mientras se levantaba y se alisaba las faldas—. ¡Así que lo has hecho con ellas, Herbert!

—¡Tranquilízate, mujer! —espetó él, para sorpresa mía y de su esposa, mientras Selina y Emily observaban la escena como meras espectadoras—. Han aprendido a obedecer y a gozar de los placeres, Esmeralda, cosa que tú nunca has hecho. No obstante, te voy a dar tiempo para que lo aprendas también tú. ¿Te parece bien un minuto?

—¡Oh, Herbert!

Su grito parecía desesperado, aunque pocas mujeres llegan a perder la calma en tales situaciones. Se arrojó entre sus brazos y empezó a sollozar, como le pareció que la ocasión requería. Su marido, sin embargo, se mantuvo impertérrito.

—¿Y bien, Esmeralda? —preguntó mientras palpaba los turgentes traseros de sus sobrinas.

A la dama no le pasó desapercibido ese gesto, a pesar del aparente desconsuelo que sentía.

—Sí, Herbert —respondió en voz baja.

Era más que suficiente. Priscilla y Kate se mordieron los labios y disimularon una sonrisa. ¡Cuántos celos, deseos secretos, y pensamientos no compartidos! Debemos reflexionar sobre todos estos momentos.

Sin decir nada, me volví, recogí el maletín y me encaminé hacia la entrada, donde me aguardaban Selina y Emily. Ya no nos necesitaban. Aún nos esperaba el carruaje que las había traído, puesto que yo había despedido el mío en cuanto llegué. Un silencio reflexivo se apoderó de nosotras mientras nos adentrábamos en la campiña.

—Eran adorables, ¿verdad? —aventuró Selina al cabo de un rato.

Le sonreí, porque yo estaba pensando en lo mismo. De buena gana me habría acostado con Priscilla y Kate esa misma noche, y estoy segura de que a Selina también le habría gustado hacer lo mismo.

—No sólo adorables y con unos cuerpos perfectos, sino también muy interesantes

—respondí, mirando a través de la ventanilla del carruaje.

—Sigue, Arabella. Dinos en qué estás pensando —insistió Emily.

—Pienso en lo breves que pueden ser esas aventuras. En un momento estamos allí y al siguiente nos hemos ido —comenté—. Naturalmente, si tuviéramos una casa propia podríamos continuar educando a Priscilla y a Kate, en compañía de caballeros, claro está. Y no sólo a las gemelas, porque en el vecindario hay muchas otras señoritas que podrían beneficiarse de nuestras atenciones y viceversa.

Una vez dicho esto, guardé silencio y esperé pacientemente. La idea de tener mi propia casa de placer me empezó a gustar cada vez más.

—Si una tiene su propia casa, sí que se podría hacer —dijo Selina, y miró a Emily que, sin embargo, agachó la vista sin saber qué contestar.

Sea como fuere, en ese mismo instante, el destino vino en mi auxilio, pues el carruaje había alcanzado a tres jinetes que iban por el ancho camino. Yo los conocía vagamente y, pidiéndole al cochero que se detuviera, les saludamos. La primera persona a la que saludamos era una muchacha de veinte años cuya melena dorada la hacía parecer una diosa. Detrás vino su hermana pequeña, a la que conocía como Maude. Su compañero era un apuesto caballero que se presentó como Robert.

—¿Os gustaría venir a cenar a casa esta noche? —les pregunté una vez despachados los usuales saludos.

La mirada de Robert se cruzó con la mía. Nos entendimos enseguida, como ocurre a veces con dos personas que se acaban de conocer. Él aceptó en nombre de los tres.

Luego, les saludamos una vez más, despidiéndonos, y con el chasquear de las riendas de los caballos reemprendimos la marcha. Selina echó un rápido vistazo por la ventana para ver los redondos traseros de las dos jóvenes en sus monturas. Al cabo de un rato, se arrellanó de nuevo en su asiento y me dirigió una amplia sonrisa.

—Si tuviéramos una casa propia, estabas diciendo... —remarcó con una mirada maliciosa.

—Como la de lord C., sí —respondí, mientras Emily levantaba la cabeza.

—¿Estás hablando en serio? ¿Qué diría papá? Además, los has invitado a cenar —dijo como si no se hubiera dado cuenta de ello antes.

—No sólo a cenar, querida, sino a pasar la noche, aunque ellos todavía no lo saben —contesté, mirándola fijamente de manera que se sonrojó.

—¿Pero qué..., qué hará papá? —inquirió boquiabierta.

—Emily, ya basta de preguntas —sonrió Selina.

Entonces, las tres rompimos a reír. Yo volví a mis pensamientos. Estaba segura de que podíamos persuadir a lord C. Por la mañana invitaríamos a Herbert, a Priscilla y a Kate a que se unieran a nosotros. Si bien él no lo sabía aún, la mansión de lord C. se iba a convertir muy pronto en una verdadera casa de placer.